

356011

ENTREVISTA REALIZADA A LA SEÑORA JUANA DURA SOLERA EN LA CIUDAD DE MEXICO, LOS DIAS 7 DE SEPTIEMBRE, 25 Y 29 DE OCTUBRE, 16 DE NOVIEMBRE DE 1978 Y 7 DE MAYO DE 1980, POR CONCEPCION RUIZ-FUNES.

PHO/10/6

Dirección de Estudios Históricos.
Subdirección de Información y Biblioteca "Manuel Orozco y Berra".
Instituto Nacional de Antropología e Historia.
México.

Dirección de Archivos Estatales.
Centro de Información Documental de Archivos.
Ministerio de Cultura España.

BIBLIOTECA "MANUEL OROZCO Y BERRA"

Las entrevistas se realizaron en el departamento de la entrevistada, casi todas por la noche. Durante las dos primeras la informante confeccionaba flores de organza que debía entregar al día siguiente.

La posición económica de la Sra. Durá es holgada, de clase media, actualmente trabaja ya muy poco, depende económicamente de su hijo.

Su estado físico es regular, aparenta más edad de la que tiene. Su estado de ánimo durante las entrevistas fue bueno; siempre, al principio se ponía algo nerviosa, pero conforme avanzaba la entrevista se tranquilizaba y animaba.

Considera, y en esto hizo mucho hincapié, que su vida no tiene ningún interés para el proyecto, no obstante su colaboración fue magnífica.

En ocasiones costaba trabajo introducir la pregunta, por lo fluido de su relato, es por eso que quizá varias veces se sale del tema, o salta de una época a otra, no obstante la entrevista es muy interesante pues la informante lleva una vida dura y al mismo tiempo de lucha política intensa durante todo su exilio.

Cuando se termina la entrevista, la Sra. Durá se encuentra fuera del Partido Comunista Español por disidencias, pero a los pocos días vuelve a ingresar y en una fiesta le entregan su carnet, el primero de su larga militancia en este partido.

ANTECEDENTES.

Datos biográficos (p. 1). Ambiente familiar y primeros estudios (pp.2-3). Formación religiosa en Valencia [pp. 5-6). Matrimonio y traslado a Barcelona (pp. 7-8).

REPUBLICA.

Revolución de 1934 (pp. 8-9). Situación económica familiar y trabajo del marido (pp. 9-11).

GUERRA.

Levantamiento del 18 de julio y participación en el Socorro Rojo Internacional (pp. 11-13). El Manuel Arnús queda varado en Cuba y su marido es detenido en La Habana (pp. 13-17, 176-177). Ayuda del gobierno cardenista a la República (pp. 17-18). Afiliación de su marido a la UGT (pp. 39-40).

EXILIO.

Salida a Francia (pp. 17-19). Estancia en Toulouse (pp. 19-25).

Viaje a Cuba (pp. 19, 25). Militancia en el PCE (pp. 25, 50-53, 67-68, 78-82, 103-105, 133-134). Recuerdo de compañeros de travesía (p. 26). Estancia en Cuba (pp. 27-28, 29-31). Impresión de México a la llegada (pp. 31-32). Encuentro con la tripulación del Arnús en Veracruz (pp. 32-34). Estancia en el puerto y vida en el Arnús (pp. 35-38, 140-143, 147-148, 165-166, 174). Preparativos de recibimiento y llegada del Sinaia a Veracruz (pp. 38, 40-41, 140-178). Recuerdo de algunos pasajeros del Sinaia (pp. 155-156, 156-160). Comentario sobre el tesoro del Vita (p. 41). Primera impresión de la Ciudad de México (p. 42). Traslado familiar a Tepic, Nayarit (pp. 42-44, 169). Hostilidad inicial de la población (pp. 45-47). Comentario acerca de los indígenas nayaritas (pp. 47-48). Residencia en Culiacán, Sinaloa (pp. 48-50). Traslado a Guadalajara, fundación de la Casa de la República y primeros trabajos (pp. 51-52, 53-55). Residencia en el Distrito Federal (pp. 54-58). Reflexiones sobre el exilio (pp. 58-59). Recuerdo de su casa en Azcapotzalco D.F., (pp. 61-63). Separación matrimonial y escolaridad de los hijos (pp. 63-67, 86-87). Actividades dentro de la Unión de Mujeres Españolas Antifascistas (pp. 68-72, 109-111). Incorporación personal y de los hijos al medio mexicano (pp. 73-75, 138-139, 113-114). Contacto con antiguos residentes (p. 74). Con

sideraciones en torno a los partidos Comunista y Socialista de España; razones de su separación del PCE (pp. 75-83). Posible influencia ideológica en sus hijos (pp. 83-86). Visita Cuba al triunfo de la Revolución y residen en Gibara (pp. 87-91). Participación en la Federación de Mujeres Cubanas (pp. 91-94, 96-99, 101-103, 105-112). Adopción de la nacionalidad mexicana (pp. 92). Se incorpora a los Comités de Defensa de la Revolución (pp. 94-95). Estancia en la Bahía de Nipe, Nicaró y Victoria de la Tunas (pp. 95-101, 102-103). Relación personal con los cubanos y su gastronomía (pp. 99-101). Residencia en Santiago de Cuba (pp. 101, 103-105). Regresos temporales a México y trabajo en el Ministerio de Salubridad de Cuba (pp. 105-107, 112). En La Habana trabaja en un colegio femenino y una escuela de enseñanza especial (pp. 107-112). Regreso definitivo a México (pp. 112-114). Reencuentro in extremis con su marido (pp. 114-116). Participación política de sus hijos; consideraciones del Movimiento del '68 (pp. 116-118). Valoración de un posible retorno definitivo a España (pp. 118-121). Primeros viajes a España (pp. 121-123, 126). Reacciones a la muerte de Franco y viaje posterior a España (pp. 126-129). Significación del restablecimiento de relaciones diplomáticas México-España (pp. 129-130). Importancia y sentido de los partidos políticos en el exilio (pp. 130-131). La

nueva realidad política española en perspectiva (pp. 132-133). Pa-
sado y presente del PCE (pp. 133-135). Relación con Instituciones
Sanitarias del Exilio y de la antigua colonia española (pp. 135-
138). Presencia comunista en los campos de concentración franceses
(pp. 156-157).

ENTREVISTA REALIZADA A LA SEÑORA JUANA DURA POR CONCEPCION RUIZ-FUNES
EL 7 DE SEPTIEMBRE DE 1978 EN MEXICO, D.F. ARCHIVO DE LA PALABRA.
PHO/10/ 6.

CR.- ¿Nos puede usted decir por favor su nombre?

JD.- Me llamo Juana Durá Solera viuda de Ruiz.

CR.- ¿Dónde nació?

JD.- Nací en Valencia el cinco de julio de mil novecientos cinco,
por lo tanto en este momento tengo setenta y tres años.

CR.- Muy bien llevados por cierto.

JD.- Gracias.

CR.- ¿Cuál es el nombre de sus padres?

JD.- Mi padre se llamaba Severino Durá Vincens y mi madre se llamaba
María Solera Sánchez, un primer apellido bastante castizo.

CR.- ¿Fueron muchos hermanos?

JD.- Fuimos cuatro hermanas, a la mayor de las cuales yo no conocí
pues murió muy pequeñita de dos años, y yo soy la menor de las
cuatro, por lo tanto la última hija del matrimonio.

CR.- ¿Y de su familia cuántos vinieron a México?

JD.- Nada más yo porque vine con mi marido y mis hijos, el resto de
mi familia no vinieron, además no tenían motivos para venir,
por sus ideas vaya.

CR.- El status social de su familia en Valencia, ¿nos lo podría describir?

JD.- Sí, como no. Cuando yo nací mi padre era un pequeño industrial, tenía una fábrica de curtidos, no muy grande, fábrica que con mucho trabajo fue aumentando de categoría hasta ser una fábrica grande. Y, en mil novecientos doce, un par de años antes de la Primera Guerra Mundial, amplió su negocio y puso una fábrica de calzado también. Entonces en la fábrica del padre entraban las pieles en pelo, como suele llamarse, recién sacadas de los animales y secas, y salían los zapatos en las cajas. Era una fábrica doble. Pues nosotros pertenecíamos, pues, a la clase media, a una burguesía...

CT.- ¿Media, acomodada?

JD.- Acomodada, sí, acomodada.

CR.- Eh, ¿sus estudios dónde los hizo?

JD.- Yo me eduqué, bueno mejor dicho fui, porque eso de la educación está todavía por ver, fui a un colegio de monjas, a Jesús María, mi madre había sido educada en ese mismo colegio en Madrid, y nos quiso llevar allí. Mi padre que era liberal no estaba muy conforme, pero en fin; decía que, que bueno, que cuando fuéra-

mos mayores ya decidiría él donde haríamos los estudios. Yo a los once años ingresé en el Instituto, es decir, el colegio dependía también del Instituto de Segunda Enseñanza o tenía nexos con él, y estudiamos el bachillerato en el Colegio. Estando en tercer año de bachillerato, yo ya había decidido que no iba a seguir porque a mí lo de las raíces griegas y latinas no me entraba. Entonces estalló la... se provocó en Europa la crisis tan grande por la gripe famosa de después de la guerra, cerraron todos los colegios de España.

CR.- Perdón, de después de la Primera Guerra Mundial.

JD.- Después de la Primera Guerra Mundial, esto era ya como el año diecisiete, sí diecisiete. Entonces mi padre nos buscó un profesor francés para que no se nos olvidara el idioma, porque me olvidé de decir que las monjas de ese colegio son francesas, aunque nos enseñaban un francés macarrónico, y entonces seguíamos estudiando. Pues mis hermanas siguieron, la mayor estudiaba magisterio, siguió estudiando con ese profesor y, como decían allí, libre, un estudio libre, Y, al final de curso, pues iban a examinarse; mi hermana la segunda fue al Instituto, mi hermana fue a la normal a examinarse, y yo seguí estudiando también libre, porque también el Conservatorio de Música estaba cerrado, seguí

estudiando música. Yo tocaba el piano, pero el piano no era lo que yo conceptuaba mi estudio. Porque a mí eso no me gustaba mucho porque francamente no lo hacía muy bien, entonces tenía un poquito de complejo, pero me gustaba mucho estudiar teoría de la música, historia de la música, estudié un poquito de armonía y composición y estudié un poquito de contrapunto. Bueno, parece una pedantería pero así fue [risa] y después ya, dejé de ir. Después... ¿interesa que diga yo así lo que hemos hecho en la juventud y eso?

CR.- Todo, todo eso.

JD.- Después ya pasó el tiempo y como nosotros no hacíamos nada, más que como las niñas preciosas, las niñas de sociedad de la clase media de Valencia no hacíamos nada más que ir a pasear, a ver los calcetines que estrenaban los muchachos y ellos a decir tontería y media. Y yo ya me harté de esa vida, y convencí a mi hermana, y entonces las dos pusimos un negocio de modas, lo que nos... de modas de sombreros de señora, lo que nos permitió ir varias veces a París.

CR.- ¿Eso en qué año fue?

JD.- Eso fue en el año veintinueve ya. A todo esto se me ha olvidado decir que mi padre falleció el año dieciocho, entonces mi

madre liquidó la fábrica porque ella no sabía... ella no entendía absolutamente nada de negocios. Liquidó la fábrica y pues vivíamos de la renta del dinero que mi padre había dejado y de lo que había producido la fábrica. Se compró un departamentito, ya después, cuando nosotros éramos más mayores. Y, el año veintinueve, es que no sé si fue a finales del veintiocho o a principios del veintinueve, pero por ahí fue, entonces nos decidimos a poner lo del negocio, nos fue muy bien, nos divertíamos mucho y nos sentíamos un poco más útiles. Es decir, ya no éramos las niñas sólo de ir a pasear, sino pues teníamos un medio que era productivo, y a la vez, pues muy bueno porque viajábamos, íbamos cada seis meses a Barcelona y a París. Después yo tuve que... nos quedamos sin encargada y entonces yo quise aprender para dirigir yo el tallercito que teníamos. Y estuve tres meses en París en el año treinta, porque ese año es el año que se nos casó la encargada, y tres meses en la primavera del treinta y uno, y entonces pues yo ya me dediqué a dirigir el propio taller nuestro.

CR.- ¿En esta época de su juventud, fue importante para usted la formación religiosa?

JD.- Bueno, formación religiosa que no solamente nos habían dado

las monjas sino que en mi casa continuaba. Pero da la casualidad de que las dos que nos quedábamos entonces solteras, pues teníamos bastantes discusiones con mi madre y todo eso, a raíz de eso, hasta que mi madre que siempre ha sido una persona muy comprensiva y muy buena pues nos dejaba que dejáramos de ir a misa, que no comulgáramos y todas esas cosas, cuando a ella le parecía que lo debíamos de hacer. Y paulatina y además casi insensiblemente, pues fuimos enfriándonos bastante en cuanto a eso. Además, yo siempre, siempre he sido, pues un poco rebelde con las cosas de la iglesia porque me parecía que eso debía ser una cosa que se debía sentir muy tuyo, sencillamente no lo sentía. A pesar de todo, el día que me casé me tuve que casar por la iglesia, por las dos mamás, por la madre de mi esposo y por la madre mía, que se negaron a que nos uniéramos si no nos casábamos por la iglesia. Cosa que después de todo yo, pues poniéndome un poco seria, hubiera podido solucionar porque yo era mayor de edad y hubiera podido hacer lo que quisiera, pero como para mí digo que no tenía la mayor importancia, pues accedí y me casé por la iglesia, me dio igual.

CR.- ¿Cuándo se casó usted, en qué año?

JD.- Yo me casé en el año mil novecientos treinta y dos, en abril,

me casé.

CR.- ¿Con quién?

JD.- Me casé con un muchacho radiotelegrafista que navegaba en la Compañía Trasatlántica,* hacía viajes a aquí a América, y se llamaba Ramiro Ruiz Brú, hijo de un médico que ya había fallecido allí en Valencia.

CR.- ¿Entonces se casó usted y dejó su negocio?

JD.- Sí, claro, lo dejé en manos de mi hermana, éramos las dos socias y entonces haciendo una liquidación sin liquidar [risa], ¿verdad?, pues dejé todo en manos de ella y naturalmente pues a las pocas temporadas, aquello se fue perdiendo porque ella no podía atenderlo todo, no podía atender a recibir a la gente, a comprar las colecciones y eso. Para ella sola, que no tenía demasiada salud, pues era un poco pesado.

CR.- En esta época en España ya se planteaba una ideología muy radicalizada hacia la izquierda o hacia la derecha. ¿Cuál era su ideología respecto a esto?

JD.- Mi ideología absolutamente izquierdista, justo un año antes de casarme yo se proclamó la República y entonces pues yo estuve muy conforme con varias discusiones en la casa, por eso de ser republicano, mi padre lo era, le tenía gran respeto a mi madre que

*Compagnie Generale Trasatlantique Francaise.

era muy católica y los dos, en ese sentido, se llevaron muy bien porque cada uno hacía lo que quería.

CR.- ¿Y la ideología de su marido?

JD.- Mi esposo también. No pertenecíamos entonces a ningún partido, no militábamos, pero desde luego todas nuestras simpatías y todo nuestro pequeño esfuerzo que podíamos hacer se dirigía a apoyar a la República.

CR.- ¿Los pocos años que duró la República dónde radicaba usted?

JD.- Pues yo cuando me casé fui a radicar a Barcelona, y a los pocos meses de casada, bueno, a los pocos meses de casada no, ya tenía mi niña como un año y pico, cuando se produjeron los sucesos de Asturias, en el año treinta y cuatro, entonces pues sí, ya tomamos una determinación un poco más drástica de hacer un poco más de trabajo dentro de los presos, dentro de todas esas cosas, pero siempre sin militar en ningún partido.

CR.- Usted habló de su niña, ¿cuándo nació su hija?

JD.- Mi niña nació en marzo del treinta y tres.

CR.- ¿Hay más hijos?

JD.- Hay otro hijo, se llevan año y medio los dos, que nació en octubre del treinta y cuatro.

CR.- Cuando los sucesos de Asturias.

JD.- Exactamente, cuando los sucesos de Asturias. A los pocos días de los sucesos, yo creo que también por eso es tan revolucionario mi hijo.

CR.- ¿Su medio económico al casarse varió en algo del de su familia?

JD.- Sí, varió muchísimo, claro. Yo contaba con un sueldo muy pequeño, porque la gente que navega, pues lógicamente les consideran que como ellos les dan el medio de vivir, ¿verdad?, allí viven a bordo, allí les lavan la ropa, allí limpian, allí tienen su hotel, entonces los sueldos son bastante pequeños y no pueden darles mucho. Lo que pasa es que los primeros meses de casada hasta que ya tuvimos que comprar cosas extras para nosotros y nuevas para lo de la niña, pues teníamos pocos gastos, porque pues teníamos muchos regalitos, muchas cosas, las mamás de cuando en cuando venían a vernos y nos llenaban la despensita, tanto la mamá política como la mamá de verdad, y nos ayudábamos así como podíamos. Pero desde luego el cambio fue muy grande. También debió de ser para ellos, porque cuando él se casa conmigo, hacía diecisiete años que navegaba, no tenía ningún centavo ahorrado, lo cual me parecía perfecto. Eso quiere decir que disfrutaba su dinero, ¿no? Entonces, claro, también es muy duro. En vez de tener el dinero una persona para gastarla en ca

prichos, se puede decir, ya que su madre le proveía de toda la ropa que él necesitaba, porque llegaba a Valencia se encargaba trajes y como era la madre la que le recogía los uniformes, pues ella los liquidaba y ya. La madre tenía una posición bien, holgada. Entonces el hombre tenía que dar su dinero para que viviéramos la familia, y contar con muy poco dinero para llevarse él, pero como lo hacíamos agusto puesa todo se pasaba bien.

CR.- Al ser su marido radiotelegrafista en un barco, quiere decir que poco tiempo vivían juntos.

JD.- Sí, vivíamos cinco días de cada dos meses. El viaje duraba exactamente cincuenta y cinco días. Y tenía cada dos meses salida fija, de Barcelona, el barco donde él navegaba, que por eso fuimos a residir a Barcelona. Porque allí era donde él llegaba.

CR.- ¿Y qué sucede cuando estalla la guerra en el treinta y seis?

JD.- Cuando estalla la guerra, por casualidad él está en tierra, porque su barco estaba en reparación, en el último viaje había tenido alguna pequeña cosa en la máquina y entonces lo meten en dique seco para arreglar ese barco y, por casualidad, él estaba en tierra. Y entonces decidieron pasarlo a un barco cos-

tero, de los que van haciendo todo el cabotaje por España y por Portugal y luego llegan hasta Bilbao. Y luego regresan para dar tiempo a que el barco -que era el Marqués de Comillas, entonces- estuviera en condiciones de hacer el viaje. Pero en esto se acercó el dieciocho de julio y entonces el sindicato de radiotelegrafistas a donde él pertenecía opinó que era mucho más positivo que él se quedara en Barcelona haciendo las guardias de una estación republicana. Bueno, concretamente la estación esa era de la UGT pero estaba al servicio del gobierno de la República, y entonces querían contar con gente de toda confianza ideológica y ahí lo dejaron estar en Barcelona y no salió, él salió dos meses justos después de estallar la guerra, el día diecinueve de septiembre de mil novecientos treinta y seis, él salió en el Manuel Arnús, un barco que estaba destinado a repatriar cubanos y mexicanos, y también venía aquí a por armas que había ofrecido el general Cárdenas, en España se decía que venía por garbanzos, porque claro había mucha quinta columna y había que... Pero el barco venía a por armas, barco que llegó a su destino ya a deshora y mal por muchas cosas que pasaron después. Por eso yo pasé la guerra con mis dos hijos y, a veces, con la compañía de mi madre que venía de Va-

lencia a Barcelona a estar unas semanas conmigo porque pues a la pobre le daba pena que yo tuviera al marido a tanta distancia. Comenzaron los bombardeos en Barcelona ya en diciembre del treinta y seis, y entonces pues yo me quedé allí con los hijos siempre pues con muchísimo miedo de los bombardeos, pero bueno, aguantamos bastante. En la guerra yo tampoco me incorporé a ningún partido, pero si me incorporé a la organización que se llamaba el Socorro Rojo que dependía de los partidos comunistas del mundo, porque es una cosa internacional, ¿no? Entonces como yo tenía un departamento en Barcelona, en una casita en la cual había un garage y estaba vacío el garage, yo ofrecí al Socorro Rojo, en el barrio de Barcelona donde yo vivía, que si querían que podían emplear el garage como almacén de las lanas que se recogían, lo que aquí llamamos estambres, para hacer prendas para el frente. Entonces yo trabajé durante la guerra en eso que era pues tomar una nota de todas las compañeras tejedoras que había en el barrio, del estambre que se les entregaba, de las prendas que se recogían, eso, y de una vez a la semana pues cargar un camión, o una vez cada quince días, según como estábamos de género. La semana o el mes que se repartía estambre para guantes y bufandas pues era toneladas,

lo que llegaba allí; ahora, cuando eran cosas ya grandes, pues se hacían chaquetones para enguatarlos y todo eso, pues era más pesado eso. En fin, todo eso lo tuve yo hasta que salí de España para ver si podía reunirme con mi marido, eso es una cosa muy larga que a lo mejor a usted no le interesa que...

CR.- Cómo no, me interesa todo, pero yo aquí tendría una pregunta: ¿A usted nunca se le ocurrió cuando estalló la guerra, el volver a Valencia a su casa paterna, digamos?

JD.- Pues no, nunca se me ocurrió porque nosotros pensamos que el barco iba a tardar los cincuenta y cinco o quizá dos o tres días más en su viaje reglamentario. El Arnús estaba entonces cubriendo esa ruta con el Marqués de Comillas, es decir, los dos barcos cada uno salía un mes y entonces ese viaje el Marqués de Comillas estaban todavía arreglándolo porque cuando estalló la guerra dejaron de hacerlo todo lo que no era muy urgente, salió en lugar del Marqués de Comillas, yo pensé que eso iba a ser un viaje de cincuenta y tantos días y yo esperaba que mi marido volviera, y nunca volvió, no volvió porque lo mataron ni nada, pero si pasaron muchas aventuras, a él lo metieron en la cárcel porque era el único oficial que estaba en el comité de a bordo. Bueno mire, los barcos, creo que esto es interna

cional, los barcos aunque sean de la marina mercante, en el momento en que un país está en guerra, ya dependen del Ministerio de Marina, ya navegan como barcos, como barcos de la armada. Entonces, en el barco lógicamente había un comité de a bordo que creo que estaba formado por trece o catorce personas, de los cuales había dos de máquinas, muchísima gente de cubierta, que son los marineros, y había dos oficiales. Cuando el barco tocó el primer puerto extranjero que tocó, que fue La Habana, de treinta y ocho oficiales que iban desertaron treinta y uno, no quedaron más que siete oficiales leales a la República. O sea, pidieron amparo, pidieron derecho de asilo, entonces, el presidente de Cuba entonces era Laredo Brú un señor desde luego derechista, no tan fascista como luego Batista pero sí muy de derecha, y este señor hacía maniobras con el capitán del barco, que era el que había encabezado la deserción, y hacía maniobras para ver si le devolvían el barco a Franco. Entonces del comité de a bordo, de dos oficiales que había, el otro también desertó, y el único oficial que quedó en el comité, leal, fue mi marido, entre los siete oficiales que quedaban. Entonces esta gente apelaron al Tribunal Marítimo Internacional, que es el JOI* que está en Inglaterra. Entonces el JOI, parece que

*Probablemente.

quería deshacerse un poco del barco, es decir del asunto, pues to que el barco estaba ya clasificado como un barco de una armada, no de una flota mercante sino ya de una armada, en cuyo caso ellos ya no tienen nada que ver, ellos son el Tribunal Ma rítimo Comercial Mundial. Pero entonces éstos dijeron que eso era por una cosa que había pasado por la guerra, pero que ellos lo que defendían era un barco que era de una compañía mercante. Y bueno, total que el JOI se hizo cargo de todo esto, pleitearon en In glaterra y esta gente ganó el pleito, es decir, consiguió que el barco no saliera de aguas cubanas, pero todo esto se tardó ocho o nueve meses y todo ese tiempo el comité de a bordo estu vo encarcelado en el Castillo del Príncipe en La Habana. Yo no creo que allí lo pasaran demasiado mal, sino era la cosa moral, ¿no? No lo pasaban demasiado mal porque la embajada de la Repú blica española en Cuba, pues pidió permiso, les llevó catres, les llevó... no, mantas no, porque hacía mucho calor, les lle vaba comida todos los días una vez, les llevaban cigarrillos, se llevaban la ropa de todos a que la lavaran, en fin, se porta ron bien. Pero eso a mi marido lo volvió neurasténico, pero trastornado. Entonces cuando ellos salieron de la cárcel, pues ha bía una serie de juicios y una serie de cosas también allí que

tardaron otros seis o siete meses en solucionarse en Cuba. A todo esto, ya nosotros estábamos bajo los bombardeos, mi madre estaba conmigo cuando cortaron en la guerra, los fascistas, cortaron el, cortaron el Mediterráneo por el Ebro. Bueno, entonces no había medio de que mi madre volviera a Valencia, a mí me ofrecieron, por un primo que yo tenía en Hacienda, me ofrecieron un puesto en un submarino para que pudiera atravesar por ahí, pero ni ella se atrevió ni yo la dejaba ir tampoco, pues era peligrosísimo, ¿no? Se encuentra con una, unos buzos, no sé cómo se llama eso, de dentro del agua, pues se mueren todos. Entonces mi madre forzosamente se tuvo que quedar en Barcelona conmigo, y pues pasamos la guerra con muchísimos apuros, con muchísimas privaciones sobre todo de comida, y sobre todo moralmente pues muy mal porque teníamos los bombardeos continuamente en Barcelona. No se atrevía uno a salir de casa porque no sabía si cuando volviera iba a encontrar la casa, o no iba a volver, había dos peligros. Entonces, hasta que en el año mil novecientos... a principios del año mil novecientos treinta y ocho, yo recibí una carta desesperadísima de mi marido en la que decía que fuéramos... Ah, a todo esto el general Cárdenas en enero del treinta y ocho logró sacar el barco de La Habana por medio de su em-

bajador y traérselo aquí a Veracruz. Y entonces ya desde aquí mi marido nos llamó y dijo: "Venir porque yo estoy neurasténico, estoy muy mal, os necesito, y además así sacaremos a los niños de los bombardeos". Entonces nos pareció, pues, bastante fácil eso, y yo salí de España hacia Francia, en un autobús suizo, en una expedición en la que íbamos cuarenta y dos entre mujeres y niños menores de once años, no había ningún hombre ni ningún chico adolescente ni nada, todos eran niños pequeños y mujeres.

CR.- Antes de que sigamos hablando del exilio, eh... usted ha mencionado en dos ocasiones al general Cárdenas. Por aquel entonces, ¿ya tenía usted conocimiento de quién era Cárdenas, de cómo era México?

JD.- Bueno, cómo era México no, quién era Cárdenas sí. Porque Cárdenas había ayudado muchísimo a la República española con armas, con técnicos; porque precisamente en ese barco, en el Manuel Arnús, cuando se fue mi marido, volvía un ingeniero que trabajaba aquí en la Secretaría de Comunicaciones, que había ido a llevar otro barco con armas, y no fiándose el general Cárdenas de los radiotelegrafistas que iban en ese barco, lo mandó a él como jefe de telegrafía, entonces ese señor pues hizo muchísima amistad con mi marido.

CR.- ¿Usted recuerda el nombre?

JD.- Sí, como no, se llama ingeniero Tallabas, hoy creo que ya debe de estar retirado porque ya debe de ser un hombre pues de setenta y tantos años, sí, si yo tengo setenta y tres y él es mayor que yo. De modo que si vive le he perdido la pista, estuvimos mucho tiempo en contacto, pero luego él se separó de la señora, su esposa, se divorciaron, se casó con otra señora y se enfriaron un poco las relaciones, no por nada, sino por esas cosas del Distrito Federal que se va dejando todo y hace mucho tiempo que no... que no sé nada de él; y este señor le contó a mi marido que eran infinitos los barcos que habían ido de México a España llevando armamento, llevando balas, llevando cantidad de cosas y voluntarios, en el frente de España había muchos mexicanos, pero muchísimos. Entonces todo esto se hacía con una facilidad del gobierno de aquí.*

CR.- ¿Cuándo usted salió de Barcelona, eh, la ciudad todavía no había caído en manos de los fascistas?

JD.- No, no. Esto fue a finales del mes de abril del treinta y ocho,

* Se refiere al Gobierno Mexicano.

cuando yo salí de España para pasar a Francia. Porque allí había unos parientes lejanos nuestros que eran los que tenían que responder ante las autoridades francesas, responder, pues, económicamente de mí. Porque yo llevaba un pasaporte en el que decía: "Esta persona no puede trabajar en Francia", entonces yo en Francia no podía trabajar legalmente, pero cuando llegué... Entonces elegí Toulouse por eso, y además en Toulouse había un consulado mexicano, cosa que a mí me hacía mucha falta estar en contacto con los mexicanos, porque mi marido aquí estaba gestionando mi entrada en el país. Yo no entré aquí como exiliado político, yo entré aquí en el país como emigrante, porque entonces todavía no se había dado orden a los españoles que quisieran venir a refugiarse en México, lógicamente todavía duró la guerra ocho meses y pico.

CR.- ¿Y cuánto tiempo permaneció en Toulouse?

JD.- Estuve desde el día veintinueve de abril que llegamos, salimos de Barcelona el veintiocho, hasta el dieciséis de diciembre que salimos de Francia.

CR.- ¿Y si no llevaba usted permiso de trabajo, de qué comía?

JD.- Pues de que trabajaba aunque no llevara permiso [risa], porque conocí por medio de esos exiliados que había allí también, co-

ces él pues me miró así, no se lo creyó, y se quitó el que-
pí y se lo puso debajo del brazo y dijo: "Y es que si esto no
me lo quito -bajo el brazo- yo la puedo detener a usted, por-
que usted está trabajando y usted no es legal que usted traba-
je en Francia". Pero me lo decía con una cara de goma, y dice:
"Pero ahora me lo quisto esto". Y se lo puso debajo del brazo y
me dijo: "No se dejen ustedes explotar, esta señora está explo-
tándolas a ustedes, que les pague lo mismo que a mis paisanas".
Pero, hasta eso. Y llegar un día también por el Grand Rond que
era el parque y acercase un guardia: "Les papiers"*. Sí como
no". Y sacando yo mi pasaporte y mi licencia de estar, allí por
que cada quince días me tenía que presentar en la prefectura.
Y me decía: "Ah, no, porque cuando yo digo eso es... si usted
no lleva les papiers pues corra, corra". Le digo: "No, si
los llevo, yo estoy legal, estoy lo más legal, estoy muriéndo-
me de hambre pero estoy legal". Hasta que un buen día recibí
un giro de París sin saber de quién era, y era pues por un ge-
neral que yo no conocía, que era padrino de mi cuñado, con el
cual eran socios en un negocio de exportaciones de frutas, y mi
cuñado le telegrafió y le dijo que yo estaba allí y que estaba
muriéndome de hambre, y aquél señor me giró dinero; y después el

*Los papeles.

importe de los pasajes me lo giraron también, pues de un sindicato de radiotelegrafistas francés.

CR.- ¿Por qué dice usted que estaba muriéndose de hambre, comían mal?

JD.- Bueno, comíamos regular de mal, pero vaya, pues, no comíamos así todo lo que... no, mis hijos sí comían bien por que por lo menos allí había más cosas que en España, pero lo que yo ganaba era tan poquito. Allí en Francia, se puede decir... bueno, hasta yo fui a una carnicería que me dijeron que necesitaban una persona para que lavara la ropa, entonces yo le tenía mucho miedo a esa ropa francesa de lino gordo que no se puede lavar, ¿no?; y entonces el tipo de la carnicería -que ya le digo yo allí he encontrado gente muy buena-, me decía: "Bueno madame, ¿usted cuánto quiere por lavar toda esta ropa?", -era ropa de la carnicería, los trapos manchados de sangre, los delantales, bueno, cosas que ellos usaban, no las chaquetillas y eso, no, nada más las cosas pequeñas-, yo le dije: "Yo no quiero que usted me pague, yo quiero que me dé usted carne para los niños". Ya le tenía que decir: "No me ponga más que yo no tengo congelador, yo no tengo refrigerador, yo no tengo donde guardarlo". Iba dos veces a la semana a por los trapos y los delantales y

sí, sí, cuando yo levantaba a mis hijos, tenía todo esto con un esparadrapo puesto [risa] aquello era muy duro de lavar. Pero los chicos sí comieron carne allí, se pusieron bien, menos el niño que empezó a adelgazar y a no querer comer, lo llevé a un pediatra valenciano que había allí, me lo recomendaron, me lo recomendaron en el consulado de la República Española. Y fui y me dijo: "El niño no tiene nada, absolutamente nada, ¿el niño ha dejado a alguien a quien quiera mucho en España?" Digo: "Pues sí, a mi madre, estaba muy encariñado él con su abuela". Y dice: "Pues el niño no tiene más que eso y que no entiende el idioma". Digo: "Pero si yo los llevo al jardín y juegan con grupos de niños españoles". "Pues sí, pero el niño no entiende a la gente". Y efectivamente, conforme el niño iba comprendiendo lo que decían, a fuerza de oírlo, pues ya se puso muy bien, se puso otra vez gordito, le salieron los colores y todo, Pero en realidad, pues si había que comprarle unos zapatos, pues había que hacer muchísimos números, hasta que el señor ese mandó el dinero desde París. Y ya después, ya digo, ya me mandaron el dinero para los boletos, me los mandaron, porque la radio española que era la compañía donde trabajaba mi marido, lógicamente estaba en manos del sindicato, ¿no?, y ese sindicato tele

grafó a un sindicato de radiotelegrafistas en Marsella, diciendo lo que pasaba -mi marido había sido alguna vez, en la dirección del sindicato había tenido algún cargo, no me acuerdo qué, pero en ese momento no-, que estaba una compañera y los hijos ahí en Francia y que tenía que hacer un viaje a México, que me mandaran los francos, y me mandaron veinticinco mil francos y el viaje costó veintiséis mil. En tercera, de tercera, pero es que eran dos medios... eran dos viajes completos, los niños que pagaban medio viaje y yo que pagaba uno entero.

CR.- ¿Su marido por ese entonces pertenecía a algún partido?

JD.- Todavía no, mi marido y yo empezamos a militar en el Partido Comunista de España en el año cuarenta y uno, no, cuarenta y dos. Porque en cuarenta y uno estábamos todavía en Culiacán. En el año cuarenta y dos ingresamos en el Partido Español en Guadalajara.

CR.- ¿Entonces usted salió de Toulouse...?

JD.- Yo salí de Toulouse en la Navidad del treinta y ocho, y llegué, llegamos a Cuba... Este barco en el que yo embarqué era un barco inglés que hacía la travesía desde Inglaterra, no sé de qué puerto salía, tocaba Francia, tocaba La Rochelle, y de La Rochelle iba... bueno, luego se detuvo aquí cerquita en Las Bahamas,

pero una mañana nada más, y de ahí a La Habana. En La Habana yo tenía que desembarcar porque el barco ya tomaba para el sur, para pasar el Canal y andar Pacífico adelante, porque iba a Chile, era un barco que iba Inglaterra, Francia, Cuba y Chile. Entonces la tripulación del barco, casi todos, sabían hablar algo de español. En la clase que yo venía, que era la tercera, venía un cura antifranquista que se había escapado, y no sé, se conoce que lo detuvieron los republicanos y lo mandaron al frente, y en el asedio a Madrid de las tropas de ellos, pues no sé lo que pasó, la cosa es que lo pescaron los fascistas, o él fue en alguna avanzada o algo, él nos lo contaba todo eso y además llevaba un retrato con una viejita muy viejita, muy viejita, que dice que era su mamá y él de sotanas y todo y era más revolucionario... Venía él, venían dos chicas asturianas y veníamos nosotros de refugiados, y lo demás todo refugiados judíos que... Todavía no había estallado la guerra, pero ya ellos ya estaban arriba de Bélgica y todo, y toda esa gente, judíos holandeses, todos los judíos del centro de Europa que podían, salían.

CR.- ¿Y usted llegó a Cuba, a La Habana?

JD.- Yo llegué a La Habana con unas cuantas horas de retraso y perdi

mos el barco de la Ward Line que sale de Nueva York, entra en el Golfo, toca un puerto ahí en el Golfo y luego sale hacia, hacia el Caribe, toca La Habana y toca Progreso y Veracruz, y luego al revés hasta Nueva York. Y en ese barco yo tenía que haberlo tomado ese día a las tres de la tarde, porque nuestra llegada era a las doce del día; llegamos a las seis de la tarde y el, y el barco se había ido. Entonces no había otro barco hasta el lunes siguiente, nada más salía los lunes. Yo, me había quedado, creo que tenía un chelín y tres peniques, o algo así, no tenía nada de dinero, [risa] porque como daban muy raro de comer en ese barco, todo hecho a base de grasa de carnero y todo, mis hijos nada más querían comer fruta, íbamos a la cantina del barco y comprábamos fruta, pero una manzana valía un dineral y todo así, un racimo de uvas ya no digo nada. Entonces llegamos allí y yo dije: bueno, qué le vamos a hacer, si somos emigrantes, me dicen: "Irás a triscornia*". Digo: "Bueno a mí eso no me asusta ya, pues iré a triscornia". Que es la migración allá, ¿verdad?, en La Habana. "Pero es que en triscornia hay que pagar y no te dan de comer". Dije: "Ah, no tengo dinero para pagar. Bueno, ya veremos". A todo esto, el niño, la víspera, en las Bermudas se había

*Así se escucha.

pienso yo: qué barbaridades-, les tiraban monedas y los niños iban buceando a coger las monedas. Entonces, mi hijo que era pequeñito, tenía tres años y medio o así, entonces cogi'ó una monedita y se la tiró y el negrito que recogió su monedita, cuando salió, le dijo que le diera el gorrito. Y éste se quitó su gorrito blanco, que se lo había regalado un marinero del barco para que no le diera el sol en la cabeza, y se lo regaló al negrito y pilló una insolación. Fíjate, de venir con un metro de nieve de Cuba... de Francia, que veníamos, al llegar aquí... y entonces pues llegó allí con fiebre y todo. Total -para no hacer largo el cuento-, que como mi marido había trabajado en el contraespionaje, en la oficina de contraespionaje en la Embajada Española en La Habana, cuando ya acabaron los juicios y todo eso, pues él se enteró de que nosotros llegábamos con retraso, porque claro, en los barcos pues enseguida se comunican unos con otros.

CR.-¿Su marido estaba en Veracruz?

JD.-Estaba en Veracruz a bordo del barco, sí, había como siete oficiales famosos, menos uno que ya se había muerto, pobrecito, y... la mitad de la tripulación porque la otra mitad se la habían llevado para barcos que hacían falta en España. Entonces, pues mi marido se enteró que habíamos perdido el barco

y pidió, desde tierra, pidió una conferencia con La Habana, con la Embajada y les dijo: "Mi mujer y mis hijos acaban de llegar y tienen que estar allí ocho días, a ver lo que hacen". Entonces fueron de la Embajada por nosotros, -es un poquito de cuento de hadas-, nos recogieron y nos metieron en un buen hotel, en La Habana.

CR.- Y así estuvieron ocho días.

JD.- Así estuvimos ocho días, nos pillaron allí el día de reyes y todos los sindicatos se volcaron a llevarles juguetes a mis hijos. Porque resulta que, claro, bueno, en La Habana son muy noveleros, los cubanos son muy noveleros, pero además es un pueblo muy revolucionario, mucho antes de esto, porque entonces tenían un gobierno bien malo. Y, estando allí mi marido, cada vez que salía a algún sitio o algo: "¡Ay! los del Arnús, los del Arnús", como el único oficial que iba era él se hizo pupularísimo y entonces todo el mundo lo conocía. Entonces, cuando yo llegué por la noche me dijeron, estábamos cenando, y me dijeron: "Vamos a poner el noticiero porque va usted a oír una cosa que le va a impresionar". En pleno comedor pusieron la radio y en la CMQ famosa, de Cuba, dijeron: "Acaban de llegar desde Francia la compañera y los hijos del radiotelegra-

fista del Arnús". Así que nosotros éramos la compañera y los hijos del radiotelegrafista del Arnús. Nos llevaron unos, unos compañeros de la Juventud, nos llevaron a varios sitios y nunca pagamos en ningún espectáculo...

CR.- ¿De la Juventud quiere usted decir?

JD.- De la Juventud Comunista Cubana, que entonces estaba en la clandestinidad. Y a todo esto, era una muchacha y un muchacho que íbamos a bordo del coche de la Embajada Española, de la Embajada Española y decían ellos: "Si supieran que somos comunistas". "Bueno, pero el embajador también es de una República". "Sí, sí, sí, pero es que nosotros estamos en contra de este gobierno y el embajador, pues, por la diplomacia o por lo que sea tiene que estar bien con el gobierno, y si supiera a quien lleva". Y así nos paseamos por toda La Habana y a dos o tres espectáculos que fuimos pues nunca se sacaron localidades. "Usted es la compañera y los hijos del radiotelegrafista", y nos colábamos los cinco, así que era muy divertido.

CR.- ¿Y desde La Habana se embarcó usted a Veracruz?

JD.- De La Habana embarqué en un barco de la Ward Line y entonces me cambiaron graciosamente, también los de la Embajada, el boleto que yo traía que era pues del, de allá, del soldado

aquel en que veníamos, porque había sido las bodegas. El barco ese inglés antes era de una sola clase y luego lo habían hecho barco de lujo o de... muy malo, era lo que eran las bodegas antes, y ahí habían hecho los que veníamos en tercera. Entonces en la Embajada me cambiaron ése por un boleto de primera. Entonces yo de Cuba aquí vine pues a cuerpo de rey, con una sola falda y una sola blusita que tenía y un frío, un frío que estaba pasando porque no tenía nada más. Yo cuando salí, ah, cuando salí de La Habana, la víspera o algo así, me dijeron: "Va a salir un barco [barco que ya no se llegó a recibir en, en Barcelona] va a salir un barco con ropa para los niños españoles", me quedé con una blusa y una falda, y mis hijos con lo puesto o dos cositas o algo así; todo lo demás para España, todo. Abrigos que ellos tenían en Francia porque allí hacía un frío de los demonios, todo, todo, todo. Todo lo dimos y yo iba con una blusa y una falda, y así fui los dos días que duró la travesía a comer a cenar y a todo. Pero bueno, todos eran lindos, daba igual, ¿no?

CR.- ¿Cuál fue su impresión al llegar a México?

JD.- Pues una impresión tremenda, una impresión muy grata. Una impresión de un, pues un pueblo que tenía una libertad enorme,

entonces, pero, y sobre todo, pues es que en Veracruz, en Veracruz creo yo que está el gremio de trabajadores más próspero de toda la República,* que son, ¿cómo se llaman estas gen...? los estibadores. Los estibadores de Veracruz tienen un sindicato potentísimo y tienen unos sueldos muy buenos. Entonces, pues claro, yo venía de España con la visión aquella-que eso no se quita, han pasado muchísimos años y a mí no se me quita, la visión aquella del hambre, de la miseria, de las bombas; después en Francia, desarrollándome en un medio, luchando contra todo, y después el viaje tan espantoso. Y después, pues llegar a México, claro, encontrar a mi marido, encontrar la tripulación de un modo muy raro, incluyéndolo a él, todos se creían héroes, todos se creían que eran, bueno, las víctimas de la guerra. Y a los dos o tres días de estar allí le dije a mi marido: "¿Oye, tú me das permiso para que yo dé un mítin?" Y me dijo: "Pues si te sientes lideresa". "Si niño, pues sí". "¿Qué es eso?". Me fui al oficio que era donde cabían todos, los ochenta y tantas gentes que quedaban, los reuní a todos antes de la comida, me subí en una mesa y les dije todo lo que había que decir y acabaron muy mansitos, porque les dije que cualquier esposa de ellos, cualquiera, había sufrido mucho más

*República mexicana.

que ellos. Muchos de ellos eran extremeños y andaluces, porque hay mucha gente en la minería de estas regiones. Figúrate esas gentes que estaban debajo de la bota de Franco desde el primer día, sabiendo que los maridos estaban, pues eso, defendiendo un barco de la República. Pues esas gentes estaban señaladas, y esas gentes estaban perseguidas, y esas gentes... Como la esposa del maquinista, que había llegado un mes y medio antes que yo, canjeada: llevaron a Ceuta unos republicanos y a ella la llevaron también a Ceuta, para canjearla, gracias a que un tío o un primo, o no sé quién de ella, era de la Falange; pero esa mujer se pasó cerca de dos años señalada con el dedo y sin hablarle nadie, el marido era jefe de máquinas. Y entonces vivíamos las dos familias allí a bordo y entonces ella, que era una sevillana muy graciosa, me decía: "Tú diles, diles a ellos, porque oye ¿qué se han creído?, pero si yo he pasado mucho más que ellos, pero si yo cuando estaba allí, pero..." Pues nada, ellos creyéndose, creyendo que eran... yo qué se, unas víctimas. Yo decía: "¿Pero de qué os podeis quejar?, estáis cumpliendo con vuestra obligación y a seis mil millas de la línea de fuego, si fuerais unos desertores entonces yo ni os miraría a la cara, pero si lo que pasa es que sois unos hombres con suerte

porque estáis en el sitio en que os necesita la República y además ha sido... -que eso entonces ellos no lo sabían, porque después de llegar yo, que esto fue, ya te digo, a primeros de febrero... de enero, después de llegar yo-, a Franco se le han devuelto muchos barcos y el único barco mercante que Franco no ha podido conseguir ha sido el Arnús". Así que para ellos fue una honra, es tuvieron guardando pues una cosa que al final pues no era más que un símbolo, pero era un símbolo muy bueno. Era un símbolo de que cuando los hombres se unen y defienden una causa justa, pues pueden llegar a triunfar. Pero ellos se creían así qué bueno, pobrecitos, el que más y el que menos, yo me encaraba con aquellas gentes que no sabían ni qué había ido a decir: "¿Y tú cuántas heridas tienes, y tú cuántos días te has quedado sin comer, y tú ya sabes que tu mujer y tus hijos no lo están pasando mal?" "No, pues mire usted es que... pero por qué no nos han llevado a nosotros también como se han llevado a los otros". "Bueno, porque han elegido". Entonces el, el cónsul, pues, se enteró de un mitin y me tuvo miedo. Allá en Veracruz había un cónsul de la, un cónsul de, de la República Española que era de nacionalidad mexicana. Entonces, este cónsul era hijo de españoles, pero nacido aquí.

CR.- ¿Se puede saber el nombre?

JD.- No, fíjate que no me acuerdo, puede que si yo buscara algún documento o algo lo encontrara, pero así ahora, de memoria no me acuerdo. Y entonces en el tiempo que estuve allí, o sea desde enero hasta junio que fue el primer barco* de refugiados que llegó, no podría asegurar en qué mes fue, pero fue ya lo menos como mayo, nació la primera niña hija de refugiados españoles que nació en México. Como nosotros vivíamos a bordo del Manuel Arnús que por obra y gracia del general Cárdenas todavía izaba la bandera republicana todos los días, y se arriaba todas las tardes a toque de corneta que, cuando ya no quedaba una rep... una bandera republicana en el mundo, en Veracruz se izaba y se arriaba todos los días una bandera republicana. Entonces, eso quiere decir que nosotros no estábamos en territorio mexicano, estábamos en territorio español, un pedacito, porque además no estábamos ni siquiera estábamos a un costado del muelle, estábamos fondeados en medio de la bahía. Y a las dos y media de la madrugada, agarramos a la señora aquella en una lancha y nos la llevamos al hospital y la niña nació en territorio mexicano y se llama América.

CR.- ¿Y, económicamente...?

* El Sinaia.

JD.- Bueno, económicamente...

CR.- ¿Cuál era su situación?

JD.- ...pues no teníamos sueldo, porque el sueldo mi esposo me lo había dejado a mi cuando, cuando él salió, bueno, como siempre. El, como nunca estaba allí, la que cobraba siempre era yo; entonces al salir de España con idea de volver, pues dejamos las cosas como estaban. Cuando yo salí de España, yo, a la familia de este señor que iba a responder económicamente por nosotros, le dejé el sueldo de mi marido a cambio de que ellos, pues nos solucionaran a nosotros el modo de venir, pero como ellos eran fascistas y la cabra tira al monte, cuando yo llegué aquí, hacía cuatro o cinco días que se habían ido a San Sebastián. De modo que todo eso me encontré.

CR.- ¿Y en Veracruz?

JD.- En Veracruz, el consulado les daba a ellos, y a mí me pusieron como si fuera de la tripulación, igual que a la mujer del jefe de máquinas, la mamá de la niña, nos pusieron como de la tripulación. Entonces yo me dedicaba, pues a... había una máquina allí muy vieja, y entre las dos cosas así, lo que se les rompía a todos, a los marineros y a todos. Y nos daban nuestros cinco pesos a la semana y jabón, dos pastillas de jabón a cada uno y

una pastilla de jabón de lavar a cada uno, y a los hombres les daban cigarrillos y cinco pesos semanarios, y entonces eran dos dólares, porque entonces un peso valía dos ochenta, entonces eran dos dólares.

CR.- ¿Y cómo era la vida en el barco?

JD.- Pues muy rutinaria pero muy agradable, muy tranquila. Los hombres se levantaban a las seis de la mañana, igual que siempre, calafateaban si había que calafatear algo de cubierta o de los barcos, calafatear es eso de meter estopa y poner pez y todas esas cosas. Los que eran del, del cuerpo de maquinistas, pues engrasaban máquinas, todo esto en seco, vaya en seco, quiero decir sin estar en actividad porque por eso estábamos fondeados, entonces no teníamos luz, no teníamos electricidad a bordo, nos alumbrábamos con estos, quinqués, no sé cómo se llaman, eso como un primus que da un, una luz muy blanca y muy preciosa, había unos ya instalados en el comedor, había otros en un fumador que nosotros habíamos hecho cuarto de guardar las gandulas en las que nos sentábamos después de cenar. Y pues nada, por la mañana, a las seis de la mañana, izaban bandera y nosotros oíamos el toque de corneta y sí, pero con muchísimo respeto nos quedábamos en la cama, a las siete y media o a las

ocho desayunábamos.

SEGUNDA ENTREVISTA REALIZADA A LA SEÑORA JUANA DURA EL DIA 25 DE OCTUBRE DE 1978, PHO/10/6.

CR.- Eh... la última entrevista que tuvimos, fue hace tiempo, como usted recordará, y usted, lo último que nos dijo, bueno, de lo último que nos habló fue de su vida en el barco, en el Arnús, ya en Veracruz. ¿En qué fecha aproximadamente abandonaron ustedes el barco?

JD.- Bueno, nosotros abandonamos el barco el día último de junio, o sea el día treinta de junio de mil novecientos treinta y nueve, porque mi marido había encontrado ya una colocación y además todo el mundo, digo todo el mundo porque entonces el barco estaba ya muy lleno... El barco Sinaia, francés, llegó con cerca de mil ochocientos refugiados españoles, después de navegar una parte a la deriva por el Caribe, porque tenían una falla en un motor y no encontraban donde se lo podían arreglar, y estuvieron yendo de una isla a otra, y llegó el trece de junio con muchísima gente. Allí a bordo se estableció una especie de agencia de gobernación en donde todo el mundo se inscribía

para que le dieran la tarjeta de exiliado político, que me acaban de decir que es una FM-2,* ¿no?

CR.- Efe eme...

JD.- FM-2, esa era. Yo, esta tarjeta también me la dieron, o sea me cambiaron la documentación de emigrante, con la que yo había entrado al país y la cual amparaba a mis dos hijos pequeños, por una tarjeta FM-2, hasta doce o trece meses después que ya nos la cambiaron por la nacionalización mexicana. Porque el general Cárdenas ofreció a todos los exiliados políticos que quisieran que se nacionalizaran, sin demasiados trámites, ya que él, en diciembre del año cuarenta, dejaba la presidencia, y así lo hicimos muchísima gente.

CR.- Ya que es usted viuda, yo quisiera ver si podemos sacar aquí algunos datos que, en otra ocasión, nos hubiera podido ofrecer su marido.

JD.- Sí.

CR.- ¿Su marido en algún momento, antes de salir de España ya definitivamente, se había afiliado a algún partido político?

JD.- No, él pertenecía nada más al sindicato, pertenecía a la UGT en donde militaba y sirvió bastante en los dos meses exactos que estuvo en Barcelona, ya que tuvo una guardia diaria de ocho a

*Forma legal migratoria que permite trabajar al emigrante en México.

diez horas, dadas las circunstancias de estado de guerra que había en Barcelona, en la radiodifusora que instaló la UGT en lo que era antes el Comité de la plaza de Cataluña, en Barcelona. Y este fue el trabajo de guerra que él hizo allí. Y después, cuando ya embarcó, creo que ya dije anteriormente que pasó a formar parte del comité de a bordo; había dos oficiales nada más en el comité, Daniel y un oficial de...

CR.- Y los marinos.

JD.- Y los marinos.

CR.- Mientras ustedes permanecieron en el Arnús, en Veracruz, ¿qué barcos llegaron allí?

JD.- Muy pocos barcos porque, -de España ninguno, absolutamente-, porque no había ya en la República, no tenía casi barcos mercantes y los que tenía pues los mandaba a países que no tuvieran que atravesar un mar de añame como el Atlántico, porque pues a la salida de España y, bastante después, a la salida también de Canarias y en varios sitios pasarían muchísimo, muchísimo peligro de un ataque por parte de barcos alemanes que, claro, se confundía por los españoles, navegaban con bandera española pero eran barcos de guerra alemán e italianos. Entonces, barcos de España no llegó ninguno, en el tiempo que yo estuve allí.

CR.- Usted habló antes del Sinaia.

JD.- El Sinaia es un barco francés...

CR.- Ah, es francés.

JD.- ...que los refugiados españoles contrataron a través de la embajada de la República Española, que todavía funcionaba en París, contrataron a la Trasatlántica Francesa.*

CR.- ¿Y usted recuerda algo del Vita?

JD.- Yo no, yo recuerdo muchísimos comentarios que se hacían aquí, que decían que habían llevado el oro de, el oro a Moscú, y que la Unión Soviética estaba muy imbuida por los españoles. Otros, menos bien pensados, decían que ciertos políticos y ciertos banqueros e industriales, que esos se habían quedado con todo el oro. Cosa que pues yo no creí, ni una cosa ni otra, nunca.

CR.- El tiempo que usted permaneció en Veracruz, ¿ya estaba organizado allí el SERE?

JD.- No...

CR.- ¿O la JARE?

JD.- No. Eso se organizó todo, y se organizó aquí en el Distrito Federal, a partir, como digo, del barco Sinaia, porque fue el primer, el primer contingente colectivo que llegó. Es decir,

* Compagnie General Transatlantique Francaise.

organizado por los representantes del gobierno de la República. Habían muchísimas familias que ya habían llegado, pero habían llegado por su cuenta, vía Estados Unidos, entre ellas creo que la familia de usted. Así que... estoy enterada.

CR.- ¿Usted, o sea, su familia recibió ayuda del SERE o de la JARE?

JD.- Nosotros, como de familia, no, nunca. Afortunadamente no, y además hubiera sido un poco vergonzoso pedir ayuda cuando desde el principio le ofrecieron a mi esposo un trabajo, un trabajo poco remunerado, pero es que entonces todo era poco remunerado. Afortunadamente nos mandaron a un sitio donde la vida era extraordinariamente barata y mi sueldo te... mi marido tenía un sueldo, me acuerdo ahora con un poquito de risa, de ochenta y siete pesos mensuales más casa-habitación...

CR.- ¿Entonces ustedes salieron de Veracruz, hacia dónde?

JD.- Nosotros salimos de Veracruz para ir hacia Nayarit, a las costas del Pacífico, pero lógicamente tuvimos que pasar por el D.F.* Y esa fue mi primera visita al D.F., que duró tres días, y me pareció entonces una ciudad preciosa porque tenía...no llegaba a los dos millones de habitantes, un millón seiscientos o un millón setecientos mil habitantes, y sí me pareció muy bonita. Nosotros veníamos tristes y todo eso, pero contentos de

* Distrito Federal.

ver que habíamos solucionado un poco el problema, y que no éramos una rémora tampoco para los representantes del gobierno puesto que el... ¿puedo decir qué trabajo le dieron a mi esposo?

CR.- Como no.

JD.- A mi esposo... Este señor ingeniero Tallabas, que ya en la entrevista interior nombré yo, montó una estación, él montó una estación de radio en Tepic, Nayarit. Una estación muy singular porque se dedicaba a fines comerciales, pero la estación era del gobierno del estado. Todos, todos los ministros y el gobernador eran los accionistas, eso no quiere decir nada que, que anunciaban la Coca Cola y todo, igual que en todo el mundo, ¿verdad? Como podían se apoderaban de una parte, pues eso era lo que se repartían entre ellos. Entonces nosotros nos fuimos, entonces Tallabas le dijo: "Mira Ruiz, si a tí te gusta el trabajo, vente conmigo y acabas de ayudarme a montar la estación y yo voy a hacer que te quedes allí, en el mantenimiento de la estación, ¿verdad?"

CR.- ¿Por qué su...?

JD.- De responsable.

CR.- ¿Por qué su marido podía montar una estación?

JD.- Bueno, porque él era radiotelegrafista. Y además, en el tiempo que estuvimos en Veracruz...Y después continuó, porque él hizo un examen en Guadalajara de eso, por allá por el año cuarenta, a finales del cuarenta, Pero él estudió radiotelefonía un poco -claro, con la preparación que él tenía, pues eso era muy fácil, porque él ya sabía que la radiotelegrafía pues ya no le iba a servir para nada y que lo que estaba en el candelero pues era la radiotelefonía; entonces estudió electrónica, un poco, estudió pues un poco los sistemas, y como además, pues claro, él era un hombre que llevaba diecisiete años en el oficio pues muy pronto... el año cuarenta, ya digo, se fue a, se fue a Guadalajara y se examinó de eso, y quedó muy bien. Entre tanto, y como todos éramos... es que ahí la ventaja enorme fue que todos éramos protegidos del presidente de la República, absolutamente todos. Uno decía: "Yo soy refugiado español" y se le abrían todas las puertas posibles. Allí en Nayarit, nadie le dijo: "¿Y usted por qué viene... y no viene un mexicano?" Nada, nada. "Lo ha dicho el ingeniero Tallaba, pues está muy bien; véngase usted para acá". Y lo dejaron allí. Nos dieron una casa primero, que había sido una escuela secundaria que creo que tenía dieciocho o veinte aulas, entonces yo pedí que

aunque fuera con madera, o como fuera, que nos tapiaran un recintito y nos dejaran para vivir, porque a mí me daba un miedo aquello... Pero en Tepic la gente era muy buena, había muy pocos robos, absolutamente ningún atraco por la calle, ni crímenes, ni cosas de esas. Solamente había -y esto ahora ya, pues lo recuerdo sin ninguna pena y sin ningún rencor ni nada-, pero al principio había, pues, una hostilidad enorme en contra de los refugiados españoles, el pueblo. Porque habían leído en periodiquitos que allí editaba un señor que era fascista perdido, un señor mexicano, era un maestro, pero que era fascista perdido, y entonces pues la gente se lo creía. Y nos miraban... y a mí me llamaban la roja y decían: "Mira, mira, la roja y los niños, oye, fíjate bien, y los cuida ma... y los lleva de la mano, pero que cosa más graciosa esta señora". Entonces es que aquí les habían contado que matábamos a los niños, que nos los comíamos. Había una vez, en una tiendecita que había... bueno, esto, ¿quieres que te cuente yo esto, la cosa de...anécdotas?

CR.- Claro, sí.

JD.- En una tiendecita de esas que aquí llaman misceláneas y que allí se llaman almacenes, pomposamente, pues en la esquina de mi casa había una y, entonces, los dueños eran muy católi-

cos, y muy buenas gentes. Iba un cura vasco, iba allí algunos días a jugar en la tienda al dominó con otros amigos del señor de la tiendita y todo eso. Mis hijos les llamaban los feos porque, desde luego, eran horrorosos los dos y me decían que tenían muy buenas gentes. Y entonces, pues un día le dijeron al padre: "Ay padre, oígame, fíjese, esta roja es lo más mal hablado". Fíjate si vieran las películas españolas de ahora, se iban a reír [risa]. "Esta roja es de lo más mal hablado, porque había ido un niño y no quería estarse quieto y entonces le dijo: Ah, o te estás quieto, o te doy un azote, y la buena mujer se persignó para decir, para explicar que no quería decir donde yo le daba el azote al niño. Entonces el cura vasco dijo: "Esa palabra la decía mi madre todos los días y era una santa, y no sé qué. Quiero conocer a esa señora". Y la mujer de la tiendita y el cura vinieron a mi casa y nos hicimos grandes amigos, el cura y yo. Y luego cuando le conté a mi marido, decía que no es posible que aquí haya venido un cura esto qué es.

CR.- ¿Y era un cura refugiado o no?

JD.- No, no, era un cura antiguo residente, simpatiquísimo, alto como un torreón, que no hacía más que terminar de decir misa, co

gía el perro y se iba a cazar, era divertidísimo este señor. No, no, no se portaron muy bien, al principio, pues nos miraban con muchísimo recelo, muchísimo... Luego es una gente muy afecta a regalar. Y el día que yo salí de allí, que ya no sa lí con mi marido porque ya mi marido estaba en Culiacán hacía un mes y pico, pues venían las gentes a despedirnos a la estación y yo tuve que guardar veintidós pollos en el carro del tren, facturar veintidós pollos vivos que me habían traído a la estación a regalar. Y al principio cerraban las puertas y nos miraban por la cerradura, no se iba a poder... Allí yo llevé una, una sorpresa, pués por un lado muy bonita, muy pintoresca, muy agradable, de ver aquella gente cómo se desenvuelve, cómo viven. Creo que hoy día, a los treinta y ocho años siguen viviendo igual. Pero me dolió un poco ver que el resto de la población les hacía el vacío. Allí el mercado era los domingos, y era muy precioso ver bajar a los huicholes y a los coras, al mercado a vender sus productos. Todos con sus trajes típicos, que en los huicholes sobre todo no se puede diferenciar quién es una mujer y un hombre si no se les mira muy fijamente. Los hombres son absolutamente lampiños, nada más aquí en medio de la barbilla tienen unos pelitos y otros pelitos en cada lado de la

boca, todos van peinados con trenzas y todos llevan trajes de manta bordados en todos los colores. Y todos llevan los mismos sombreritos con su cruz que señala los cuatro puntos cardinales y con muchos colgajos de distintos colores que quieren decir [interferencia].

TERCERA ENTREVISTA REALIZADA A LA SEÑORA JUANA DURA, EL DIA 29 DE OCTUBRE DE 1978, EN SU DOMICILIO PARTICULAR, PHO/10/6.

CR.- Lo último... de lo que usted nos contó fue algo de su vida en Nayarit, ¿hasta que año estuvieron viviendo en Nayarit?

JD.- Estuvimos viviendo hasta diciembre del año mil novecientos cuarenta y uno, o sea en total estuvimos allí dos años y medio.

CR.- ¿Y a dónde fueron después de Nayarit?

JD.- Después fuimos a Culiacan, la marcha fue porque, como le dije a usted el otro día, la estación de radio era del gobierno del Estado, y el gobernador, que se llamaba general Espinosa pero no me acuerdo de cómo se llamaba más, pues fue tan noble y tan honesto que llamó a mi marido y le dijo: "Mire usted, yo el día primero de diciembre me voy y conmigo se va toda la gente que yo he metido aquí, así que yo ya sé hasta quién va a susti

tuirle a usted, búsquese usted otro sitio". Entonces, mi marido, pues por medio de la RCA, encontró que en Culiacán, Sinaloa, había una estación montándose y entonces él se fue. Nosotros nos quedamos unos cuantos días más, en Tepic, los dos niños y yo, hasta que él encontró una pensión de una familia donde estuvimos como en nuestra casa, muy bien, muy a gusto porque dormíamos en una casa independiente, o sea eran dos casas contiguas, y dormíamos en una casa independiente y allí había un cuarto de estar, y pasábamos el día allí y nada más pasábamos a, a la otra casa, al comedor. Estuvimos muy bien, sólo que Cualiacán tiene un inconveniente grandísimo, por lo menos para mí, hace, durante seis meses, pues alrededor de cuatro a seis grados, cuando anochece y cuando amanece, porque en la madrugada hace mucho más bajo todavía. Seis meses, cinco o seis meses, y el resto del año en treinta y nueve o cuarenta grados, sin ninguna transición. Entonces, los meses de treinta y ocho o cuarenta grados no se pueden aguantar.

CR.- ¿En Culiacán trabajó usted?

JD.- No, yo en Culiacán no trabajé nada. Nada más pues las cosas propias de la casa.

CR.- ¿Vivían del sueldo de su marido?

JD.- Vivíamos del sueldo de mi marido, sí. Es una gente muy agradable, la gente de Sinaloa, una ciudad muy adelantada, ahora ya tiene hasta una universidad, entonces no, había bastantes escuelas secundarias. La gente muy, muy agradable. y también pues, un Estado que depende de la agricultura, muchísimo, exportar-tan a Estados Unidos una cantidad enorme de jitomate y de chícharos y de garbanzos, de eso viven.

CR.- ¿Cuánto tiempo permanecieron en Cualiacán?

JD.- Allí nada más un año. Después nos trasladamos, precisamente, porque era imposible en... los niños estaban, pues, molestos, todo el día sudábamos. Con decirle que ha habido películas allí que yo me las he visto siete veces, porque en el único sitio que se estaba bien era en el cine, que había aire acondicionado. Así que íbamos a la sesión de la tarde, volvíamos a la casa, cenábamos, y nos volvíamos otra vez al cine para estar fresquitos, porque en casa desde luego era una cosa muy molesta, y ni esperanzas de tener aire acondicionado. De allí fuimos a Guadalajara, en donde también mi marido fue contratado, también para el montaje de una estación, y para quedarse después al servicio de la estación. Hasta que los dueños de la estación que eran unos señores muy católicos, muy católicos, se enteraron

de que mi marido era del Partido Comunista y lo botaron de mala manera.

CR.- ¿Cuándo ingresó su marido en el Partido Comunista?

JD.- Ingresó pues en el mismo Guadalajara, en el año mil novecientos cuarenta y dos.

CR.- ¿Y usted ingresó también?

JD.- Yo también.

CR.- ¿Por qué ingresaron al Partido Comunista?

JD.- Bueno, porque nos parecía que era la meta de la humanidad, ¿no?, vaya, el socialismo era la meta de la humanidad...

CR.- Perdón, un momentito. ¿Ingresaron al Partido Comunista Mexicano...

JD.- No... no...

CR.- ...o al Partido Comunista Español?

JD.- Al Partido Comunista Español. En Guadalajara había un grupo bastante grande de refugiados, éramos alrededor de treinta y tantas familias. Entonces, con la cooperación de todos, bueno, no monetaria, pero sí de ayuda y eso, con mucho entusiasmo pusimos un [interrupción] repito, con la cooperación y el entusiasmo de todos los refugiados pusimos un centro que se llamaba "Casa de la República" [interferencia] que era inmejorable por

que allí había pues una mesa semi nueva de billar y jugaban y tenían ajedrez y dominó y radio, y ahí nos reuníamos casi todas las noches todos los refugiados. Entonces, había un grupo grande, que eran del Partido, que no teníamos casa social ni mucho menos y nos reuníamos allí para charlar, para cambiar impresiones, para hacer vida con los demás. Pero las reuniones eran en casa cada vez de uno de los que formábamos parte del grupo. Dimos una fiesta a beneficio de los niños y las viudas y los huérfanos de España, que fue en el Estadio de Guadalajara, una fiesta española, tuvimos bastante éxito monetario y [inaudible] vida política. No fue muy intensa porque no éramos mucha gente. Y allí estuvimos... ¿quiere usted saber el tiempo que estuvimos en Guadalajara? En Guadalajara estuvimos pues como, otra vez, tres años o algo así. Finalmente llegamos aquí en diciembre del cuarenta y cuatro.

CR.- ¿Aquí a México?

JD.- Aquí, al Distrito Federal, en diciembre del cuarenta y cuatro.

CR.- ¿Y en todo ese tiempo que estuvieron en Guadalajara, su marido y usted, eh, tomaron parte... una, una... llevaron una vida activa dentro del Partido Comunista?

JD.- Pues sí, lo poco activa que se podía llevar allí porque, desde luego, nosotros no pertenecíamos al Partido, el Partido de aquí, nosotros pertene...-que por cierto, entonces estaba en la ilegalidad el Partido Comunista Mexicano, Nosotros pertenecíamos al Partido Español, que nos podíamos desenvolver muy poco pues no tenía mos por qué meternos en la política del país. Entonces, pues nosotros, más que nada lo que hacíamos era campañas económicas. Entonces la vida nuestra en Guadalajara fue bastante pintoresca porque, como le digo, mi marido pues lo corrieron del trabajo por eso. Y entonces se nos ocurrió que había una tiendecita, lo que aquí llamarían una miscelánea, pero unos poquitos más de abarrotes que en una miscelánea, que estaba al lado de una iglesia, allí en Guadalajara, la Parroquia de los Angeles; en tonces, el señor que tenía la tiendecita la quería vender, co mo nosotros teníamos los centavitos que le habían dado de indemnización a mi marido, pues yo dije: "Vamos a comprar la tiendecita y yo la voy a atender. Y así pues tú trabajas en otra cosa y tendremos un poco más de ingresos, porque los niños pues ya van a necesitar más cosas". Entonces me quedé con aquella... nos quedamos con aquella tiendecita que atendía yo. Pero a la vuelta de aquella casa, estaban construyendo una ca-

sita sola, como llaman aquí en México, bueno, una casa de dos pi sos. Entonces nos quedamos con la casita, vivíamos allí, eh, en lo que era la entrada de la casa pusimos una pastel... la sucursal de una pastelería muy buena que había en Guadalajara, que se llamaba la Brioche, en lo que era el garage de la casa pusimos la tiendecita de abarrotes. Y entonces mi marido se en cargaba de la pastelería, que tenía menos trabajo porque sólo era más bien por la tarde, y yo me encargaba de la tiendecita de aba rrotes. Pero así pasaron como dos años o dos años y pico, hasta que un día, el cura que estaba allí, al lado de donde yo compré la tiendecita, de la Parroquia de los Angeles, pues subió al púlpito, se conoce que ese día tenía fobia contra algo, y dijo que no viniera la genta a comprarnos porque todo eso era para los, los rusos y nosotros ganábamos el dinero para man darlo a Rusia y que los buenos católicos no podían comprarnos a nosotros. Total, que entre que teníamos ganas de venirnos al Distrito Federal por la escuela de los chicos y todo eso... allí era muy difícil mandar a los niños a una escuela que no fuera católica. Había escuelas laicas, las del gobierno, pero ellos empezaron a ir a una que era mixta. Y, de pronto, esa escuela nada más se hizo de niñas y quitaron a los varones. Y entonces

su padre dijo: "Bueno, y por que no tienen que seguir yendo, da igual". Entonces empezaron a dar clases de matemáticas con el coronel Bayo, era un señor... bueno, que dio, que dio mucho que hablar, en plan favorable, cuando la República, ayudando mucho dentro de un proyecto que ojalá y se hubiera llevado a cabo y quizá no nos hubieran bombardeado los italianos tanto. Y este señor daba clases a los chicos cadetes de la Escuela Militar, clases de matemáticas, y a mis hijos empezó a darles clases de matemáticas. El resultado fue que a los nueve o diez meses mis niños se sabían las tablas pitagóricas de memoria, pero escribían con faltas de ortografía [risa] o sea no sabían más que matemáticas. Pero en fin, ya cuando vinimos aquí, pues ya los chicos ingresaron en un colegio español, el Luis Vives, y ya todo se normalizó. A mí se me acabó la época de ser tendera, que era muy desagradable por cierto, porque a las seis y media de la mañana ya tenía yo que estar bañada y en la tienda, porque los niños entraban a las siete y media o a las ocho nos cuarto al colegio. Entonces iban las muchachas o las mamás o lo que fuera para comprar azúcar y chocolate y esas cosas. Entonces yo tenía que estar allí a las seis y media, me levantaba muy temprano. Por eso ahora no me gusta levantarme temprano.

CR.- ¿Cuando vinieron a México, vinieron ya con algún trabajo o tuvieron que buscar?

JD.- Pues no, vinimos, vinimos un poco a la aventura, a buscar algo. Entonces estuvimos viviendo con unos compatriotas, muy buena gente, aragoneses, estuvimos viviendo con ellos un par de meses. Y mi marido también buscaba, pero es que yo creo que él nunca llegó a entrar bien en lo, en lo que era un exilio. El creía que se podían elegir los trabajos y cuando nosotros vinimos aquí no se podían elegir los trabajos. Es más, un día hubo un señor que llamó a la puerta de la casa, del pisito que nosotros teníamos, yo le abrí y me dice: "Oiga, ¿aquí vive un señor que se llama Ramiro Ruiz?" Le digo: "Sí, sí, aquí es". Dice: "Es que yo soy Ramón Rodríguez". Digo: "Pues son muchas erres". [Risa] Eran cuatro erres. Dice: "No, no, pero se lo digo por eso, no es ningún chiste, yo lo conozco a él de Cuba". Entonces resulta que ese señor era cónsul de España en Cuba y a mi casa había venido a vender chorizos. El hombre iba de puerta en puerta, recorría domicilios de refu... de refugiados, iba a vender chorizo y a vender jamón y a vender esas cosas con una maletita en la mano. Entonces, esto es para explicar pues que cada uno se ha defendido como ha podido aquí. Entonces, pues mi marido hasta que no encontrara una cosa que

fuera de radiotelefonía o de radiotelegrafía, cosa imposible en el Distrito Federal, pues... no, él no quería otro trabajo porque decía que no servía él para eso. Bueno, entonces pues hasta estuve yo de encargada, pocos meses por fortuna, nada más dos, dos y medio o algo así, en una tintorería por allí por un barrio de Tepito. Empecé a trabajar así porque nos hacía falta trabajar algo. Entonces era muy poco lo que nos daban pero nos daban casa. Y así empezamos y ya por fin él ya encontró algo, empezó a trabajar en una estación muy pintoresca que había, que se llamaba "la estación más española del mundo" o algo así, que era de un asturiano. Ya no me acuerdo qué sigla tenía esta estación. Después pues ya lo fueron conociendo y el hombre pues subió bastante de categoría y luego estuvo bastantes años de técnico en la industria. Pues así fuimos trabajando. Y yo, después de aquello de la tintorería, me negué en absoluto a hacer un trabajo así porque era horrible y muy pesado y además me hacían la vida imposible. Cuando a mí me dieron este trabajo, el que estaba allí de encargado o de planchador o como le llamen, en la tintorería, pues ese trabajo lo quería para una cuñada suya, como no se lo dieron pues procuraron que yo me hartara. Pero yo procuraba hartarme lo menos posible también

porque me hacía mucha falta. Entonces ya luego pues me dediqué a hacer punto y a coser en la casa, hasta que un día, por casualidad, en una casa en la que yo estaba trabajando haciendo vainicas y cosas de estas, una casa de ropa de niño, averiguaron que yo sabía hacer sombreros y me dijeron: "¿Bueno, y usted por qué no lo ha dicho?". Digo: "Pues porque no me lo ha preguntado y además porque eso no es el ramo de aquí". Y entonces me quedé allí en el mismo sitio, me quedé para hacer tocados de primera comunión, yo por mi cuenta comencé también a hacer tocados de novia y todo eso y poco a poco, poco a poco, pues así nos fuimos defendiendo. Tuvimos media beca para cada uno de los chicos en el colegio porque ya no había becas enteras, eran tantos los muchachitos que iban allí sin pagar. Entonces pues he tenido la suerte de que los dos hijos aprovecharon muchísimo, nunca les faltaba de... Bueno, ellos llegaron aquí todavía en primaria y aprovecharon muchísimo, al mismo colegio hicieron la secundaria y la preparatoria y aprovecharon mucho.

JD.- Usted antes dijo que su marido nunca había entendido lo que era el exilio, ¿qué ha sido para usted el exilio?

JD.- Bueno, pues un cambio de vida enorme. Y además, el exilio para mí ha sido, y creo que para mucha gente también, no tener un pro

yecto y poder llevarlo a cabo, sino vivir un poco pendiente de la circunstancia de aquel momento. Entonces no, no hacer un molde y decir "yo tengo que hacer esto curvo y lo otro recto", no, no, no. Como las cosas se fueran presentando había que tomar el paso curvo o recto, como la vida nos lo fuera marcando, porque no, lo que no se podía uno era decir: "No, yo no sé hacer esto". "No, no, no, yo tampoco lo sé hacer pero lo hago. No hay más remedio que éso". Ya el hombre, ya después, pues como ya encontró algo que le gustaba pues ya estaba más contento, ya trabajaba y ganábamos bien. Y seguimos viviendo en Azcapotzalco, más allá de Azcapotzalco, porque ellos montaron allí la planta transmisora, la XELA, y allí vivimos cuatro años también. O sea, es que hay que tener en cuenta que yo llevé treinta y ocho años en el exilio, así que [risa] he estado en muchos sitios, poco tiempo en cada sitio, pero en muchos sitios.

CR.- Sí, esto que nos acaba de decir de la planta de la XELA, ¿hacia qué año sucedió, aproximadamente?

JD.- Aproximadamente, esto fue como por el cuarenta y siete, o algo así, cuarenta y seis o cuarenta y siete.

CR.- O sea, ya había terminado la Segunda Guerra Mundial.

JD.- Sí, ya había terminado.

CR.- ¿Y ustedes en aquellos momentos tenían idea de una vuelta inmediata a España o ya habían cesado?

JD.- No, no, eso es... Eso lo hemos tenido siempre. Creo que es el punto en el que estábamos absolutamente de acuerdo mi marido y yo, es decir, en el que estábamos más de acuerdo mi marido y yo. Los dos teníamos una añoranza de España enorme, un hambre enorme de España. Porque no es lo mismo ir a un país porque a uno le guste o porque uno quiera o porque uno quiera cambiar de vida, que salir forzosamente a un exilio. Entonces, toda la, toda la idea y todo el porvenir estaba puesto en España, siempre equivocandonos los dos, como la mayoría de los exiliados, en la fecha de volver, porque nosotros decíamos: "Si ya van tantos años, esto no puede durar más que un año y medio más". Y poníamos, afortunadamente, poníamos nuestra idea en ese tiempo, claro, nunca pasaba. No sabíamos nosotros lo bien afincado que estaba el señor Franco. Pero así hemos ido pasando con la esperanza de volver. Es más, mi esposo se murió con la esperanza de volver, y nunca se le hizo. Yo ya he estado tres veces en España.

CR.- ¿Cuándo volvió a España por primera vez?

JD.- El año sesenta y nueve.

CR.- Todavía nos falta mucho para llegar al sesenta y nueve.

JD.- Bueno, yo digo que...

CR.- Ya llegaremos.

JD.- Ahí ya llegaremos. Todavía falta.

CR.- Bien, ¿entonces vivían ustedes en Azcapotzalco?

JD.- Sí, era horrible. Era horrible porque no teníamos dinero para tener un cochecito, que la compañía nos había prometido desde el principio ellos darnos el coche y nosotros poner los gastos del mantenimiento del coche. Pero nunca, nunca se llevó a cabo. Entonces había que caminar dos kilómetros, casi, y medio para llegar al pueblo de Azcapotzalco. Eh, yo tenía a los niños... pues, tenía mucha confianza en ellos porque han sido unos niños muy formales, muy serios. Y al principio pues yo me levantaba con ellos, los hacía bañarse y todo, salía al límite de la finca en donde vivíamos y les decía adios; Pero un buen día, cuando ya llevábamos un año y pico allí, volvía yo anocheciendo hacia la casa, es más, el aire venía en dirección a mí y yo ya estaba como a unos ciento... pues ciento cincuenta o doscientos sesenta metros de la casa, no estaba a más, y yo oía las risas y los gritos de mis hijos que estaban jugando, pero me asaltaron, me golpearon, me dejaron allí tumbada en

el camino y además lo que más me dolió fue pues la impresión aquella que la he tenido durante dos o tres años, ya no podía notar que una persona venía caminando rápidamente detrás de mí porque me espantaba, enseguida me tenía que arrimar a la pared, me creía que me iban otra vez a, a atacar. Y desde entonces pues hubo que salir a dejar a los niños al tranvía. Entonces nos hemos, nos hemos pasado todos muchas temporadas... En verano nada, porque era muy agradable, pero en invierno salíamos pisando hielo, por allí, claro, era tan descampado aquello. Y además, parece que no nos damos cuenta dentro de lo que tapan las calles, pero el campo, el campo en México aparece cubierto por una capa de hielo, No digo que sea gruesa, pero [inaudible].

CR.- ¿Mientras vivieron en Azcapotzalco usted trabajaba ya?

JD.- Entonces ya trabajaba yo. Ya le digo, comencé trabajando en esa casa de ropa de niños y luego, pues, o iba yo allí o me daban trabajo para la casa, pero siempre ese pequeño sueldecito pues hacía mucha falta. Allí lo que pasa es que como teníamos tanta, tanta extensión de terreno, teníamos muchas gallinitas, entonces mi marido se reía mucho porque el día que él veía que había hecho pollo para comer decía: "Te quedaste sin dinero,

¿verdad?" "Sí hijo, pero eché mano del gallinero, qué le vamos a hacer". Entonces, es que era muy raro el modo de cobrar de él, muy raro y muy poco lucidor. Cobraban-dicen que así es la costumbre de los Estados Unidos, a mí no me gustan-, por decenas. Entonces cobraba tres veces al mes, pero muy poco cada vez. En tonces no se podía uno hacer así muchos planes ni muchas cosas. Entonces mi pequeñísima aportación a la casa pues era necesaria, no era tampoco por darnos lujo, es porque había necesidad y nada más.

CR.- Eh... ¿vivieron muchos años en Azcapotzalco?

JD.- Sí, vivimos tres y medio.

CR.- ¿Y después ya se vinieron a la ciudad?

JD.- Ya, sí, ya luego nos vinimos para acá y ya luego pues a él le salió un trabajo, después, otra vez en Guadalajara, y se fue él solo y estuvo allí una temporada. Al ver que aquel trabajo... Bueno, me estoy dando unos saltos tremendos, ¿eh?, en la época. Al ver que aquel trabajo sí parecía que era estable y eso, pues... Se acercaba ya septiembre y era al principio de tener este ciclo de estudios que empiezan en septiembre y acaban en julio, porque hasta entonces había sido: empezaban en febrero y acababan en noviembre. Entonces ya alrededor

de septiembre los niños se fueron con él para comenzar ya el curso allí. Pero también hubo que sacarlos del colegio porque empezaron a... en fin a... pues a colgarles el marbete de rojos y cosas de esas. Y entonces pues su padre dijo: "Pues vaís a saliros, vaís a saliros del colegio". Entonces yo, cuando ya liquidé un poco, vendí los mueblecitos que teníamos y todo eso, me fui para allá. Entonces los chicos se comprometieron a terminar ellos los estudios, estudiando en casa, y venir aquí a presentar el final de bachillerato, a título de examen extraordinario, y lo hicieron muy bien los dos, así que estábamos contentísimos allí. A todo esto, había habido... -bueno, estas son cosas, pues, familiares íntimas, pero por si influye en algo en las cosa ésta que usted quiere que yo le cuente- a todo esto, mientras nosotros habíamos estado aquí en México, ya las relaciones entre mi marido y yo estaban un poco, un poco debilitadas. Y todo eso se debía pues precisamente a eso, a estar siempre pensando en una cosa que no podíamos conseguir. Todos teníamos mal humor, todos nos agredíamos -de palabra, claro-, nos agredíamos bastante constantemente, no insultos ni cosas de esas, pero sí contestaciones secas, desagradables, y el matrimonio se fue deteriorando. Enton

ces pues decidimos que lo mejor era que en vez de ir yo a donde él estaba, pues que mejor nosotros nos quedáramos aquí. A todo esto, a él se le terminó el contrato en Guadalajara y lo mandaron a Mexicali. Ese mismo año ingresaron mis hijos en la universidad y él dijo: "Bueno, en Mexicali no hay universidad pero pasando la alambrada, que es la frontera, está Caléxico que tiene una universidad. Y pensamos a ver si era bueno llevar allí a los chicos para que ingresaran, aprendieran el idioma de allí también, que les iba a servir porque el inglés es muy necesario, y estar... ver si podíamos reorganizar un poco la familia. Pero mi marido fue, pasó a Caléxico unos cuantos días y no le gustó absolutamente nada el ambiente de la juventud, todos los chicos y las chicas drogados, en una promiscuidad grande. Entonces a mi todo eso ya no me gustó, ahora ya no me asusta, pero, pero pues entonces decidimos que nos íbamos a quedar los dos chicos y yo aquí, y ellos siguieron estudiando. Mi esposo, como allí la vida es muy cara, pues sí nos enviaba, cuando podía, nos enviaba dinero, pero era muy poco porque repartir un sueldo que no es grande es muy desagradable. Y él no podía vivir en una casa propia, vaya, suya, él tenía que vivir de hotel y comer en restaurantes, que es carísimo.

Entonces, pues yo tuve que seguir trabajando, ahora ya en la casa. Y no sé por qué, no sé por qué, pero empecé a conocer gentes y empezaron a hacerme encargos y sin ser... que nunca hayamos estado muy bollantes, pero bueno, pudimos sortear un poco aquella temporada tan mala, y eso pues... Yo haciendo los tocaditos como dicen mis hijos, todavía riéndose de mí. Así que eso, como no sé hacer otra cosa, tuve que lanzarme por allí. Yo sí hubiera podido hacer otra cosa si nosotros no hubiéramos ido de aquí para allá, sobre todo esos años en provincia y todo eso, yo me hubiera podido dedicar, si no tuviera esta fonía tan grande, y aún con la afonía, me hubiera podido dedicar a enseñar música a los niños, porque en las escuelas, en las escuelas primarias ahora hay profesores de música, pero entonces no había. Había en las escuelas particulares, pero yo creía que yo no servía... no se, que mis conocimientos no servían para eso, luego he conocido cantidad de gente que porque saben tocar un poquito el piano están dando clases de música aunque no sepan una repajolera papa de la música, pero yo lo hubiera podido hacer. Pero siempre he sido un poquito acomplejada y yo creía que no, que no lo hubiera sabido hacer, y sí lo hubiera podido hacer. Pero ahora yo ya soy vieja y ya se

pasó y ya, y ya no sirvo para eso.

CR.- ¿Siguió usted militando en el Partido Comunista, cuando vinieron a México?

JD.- Sí, sí, seguimos militando los dos en el Partido Comunista. Cuando mi esposo se fue a la frontera de Estados Unidos, pues, yo le enviaba toda la prensa, él cotizaba o cotizaba yo por él, él cotizaba, estaba enterado, hacía todas las campañas, allí no podía hacer nada más, era el único que estaba allí en Mexicali. Entonces, pues, así es como él ha militado mucho tiempo, pero siempre con la idea de seguir al Partido Comunista.

CR.- ¿Y usted aquí llevaba una militancia muy activa o...?

JD.- Pues yo, en el Partido-Partido, en el Partido grande eh, pues sí, siempre... [interferencia].

CR.- Ya.

JD.- Eh, he trabajado bastante activamente, es decir, nunca he sido una, un miembro del Partido, pasivo. Siempre he estado bastante... dando todo lo que podía y, y dando las horas que yo podía, dándolas al Partido porque desde luego yo no es sólo campaña económica, sino campañas políticas, campañas de difusión de la labor del Partido, todo eso, había muchísimo que hacer. Y, luego, también yo pertenecía a otra agrupa-

ción, que esto ya no tiene nada que ver con el Partido, pero también era una agrupación antifascista: Mujeres Españolas.* Y también pues procuraba ayudar en todo lo que pudiera porque creo que es la misión de una persona que siente la política.

CR.- ¿Cuál era la función de esta organización de mujeres?

JD.- Bueno, esto era una cosa mucho más amplia que el Partido. No se le pedía a uno un criterio estricto en cuanto a política, nada más un antifascismo. Entonces ahí cabían señoras de todas las tendencias: apolíticas completamente, republicanas, socialistas, del Partido, anarquistas, todas las mujeres que quisieran ayudar. Y lo nuestro se ha dirigido siempre -nuestra campaña económica, que la hacíamos una vez al año, por Navidad, y nuestra campaña pues un poco fraternal y emocional de escribir a las compañeras de allá-, siempre se ha dirigido a las mujeres presas de España.

CR.- ¿En qué año se funda esta organización?

JD.- Pues esto se funda antes de llegar yo aquí al... antes de llegar yo aquí al Distrito Federal. Esto tiene tantos años como la propia emigración. Yo no pertenezco a ella hasta el cuarenta y cuatro que es cuando llegué yo al Distrito Federal, pero in-

*Unión de Mujeres Españolas Antifascistas.

mediatamente, inmediatamente me afilié, inmediatamente me puse a trabajar. Este es un trabajo que no era ingrato como el del Partido, en el Partido había que hacer un convencimiento político a la gente, éste era más bien un convencimiento sentimental, podíamos decir, no sé, más de cariño que de convencimiento, ¿no? Porque nosotros llegábamos allí, decíamos: "Es que tenemos una amiga que nos escribe, le vamos a leer a usted la carta". Y le leíamos una carta a una señora, de una presa que nos decía desde la cárcel: "He recibido vuestras medias de lana, qué gusto me da", o vuestras zapatillas, o lo que sea, pero a esta señora le tocaba el corazón y enseguida nos compraban nuestros boletos para nuestra rifa que hacíamos todos los años.

CR.- ¿Quién fundó esta organización, lo recuerda usted o...?

JD.- Pues esto fue una filial de la agrupación de mujeres antifascistas que se creó en España durante la guerra. Entonces aquí vinieron personas, mujeres, muy significativas dentro de este movimiento de mujeres antifascistas en España. Y esto empezó a dirigirlo -¿puedo decir el nombre?-

CR.- Mjh.

JD.- ...la profesora Emilia Elías, una gran mujer que ha fallecido hace como un año y medio, algo así, que se le ha sentido muchísimo

aquí.

CR.- ¿Recuerda usted a...otros nombres?

JD.- Pues sí, Regina Pons -estas estaban en la dirección-, Eladia Lozano, que vive, afortunadamente, de la dirección me acuerdo de esas tres. Ah, sí, una mujer socialista, muy buena, Matilde Cantos, buenísima, profesora también. O sea, era un grupo de mujeres intelectuales, casi todas dedicadas a la enseñanza, y que tomaron en sus manos pues el trabajo de hacer aquí una especie de sucursal de lo que había sido esto en la guerra de España. Agrupación que en España seguía funcionando pero en la clandestinidad, como es muy lógico y muy natural. Como nosotros siempre hemos tenido una moneda muchísimo más alta que la peseta, pues nuestra aportación económica lucía bastante en España, porque se traducía entonces a pesetas, y sí hemos podido hacer bastantes cosas. Además ellos nos daban nombres de gente que los maridos estaban en la clandestinidad o estaban en la montaña, cuando había todavía guerrillas, o algo. Entonces a estas mujeres, especialmente, se les mandaba mucho, ropa y eso. Sí se ha hecho un buen trabajo, un trabajo muy positivo, muy positivo. En otras ocasiones pues se ha ayudado también a familias de otros, de otras naciones, como por ejemplo aquí. Luego

ya se creó aquí un grupo, cuando ya lo España no fue ya tan tremendamente muy perentorio, pues entonces aquí se creó un grupo que sí se ayudó muchísimo a través del grupo de mujeres de aquí, que no sé cuáles, no sé cómo se llaman ellas, pero nosotros les decíamos las mujeres mexicanas, pero es una agrupación femenina también, y a través de ella también hemos ayudado bastante a niños y a mujeres de aquí, porque es nuestra obligación, este es nuestro país de adopción, así que es muy natural.

CR.- ¿Esta organización de mujeres españolas sigue funcionando en la actualidad?

JD.- eno, pues el membrete no queremos perderlo, pero de verdad, de verdad, casi se ha agotado y se ha agotado por inanición, la gente se ha ido muriendo, las que quedan, que quedamos, somos lógicamente muy viejas. Yo soy una de las que en cada reunión dicen: "Eso no se puede acabar aunque quede una, tiene que haber Unión de Mujeres". Pero en la práctica... en fin, nos reunimos, queremos reunirnos un lunes de cada mes, y efectivamente el lunes por la mañana empiezan a pasar recaditos: "Que esta tarde no hay reunión porque fulanita tuvo gripe, y porque la otra el marido se va de viaje". Total somos ocho, pero yo quiero que estos... Bueno, yo por mí quiero que prosiga. ¿Digo lo del bazar? El año pasado yo puse un bazarci-

to, de estos que se ponen aquí en Navidad o cuando uno quiere, pero en realidad lo pone todo el mundo, y entonces, aquí en la misma casa, se adhirieron las mujeres y el bazar... Ellas tenían su cosas y yo tenía las mías, y el bazar fue colectivo.

CR.- ¿Y esta organización todavía está realizando una labor de cara a España?

JD.- Pues ahora estamos ayudando a España, pero ahora este mes nos hemos puesto a ayudar a Nicaragua. Pero, sí estamos haciendo una labor de cara a España porque en España todavía las mujeres están pidiendo muchísimas cosas que no se les conceden, y los abogados, por muy laborales que sean, pues hay que darles dinero de cuando en cuando, y estamos mandando dinero allí. Estamos, por medio de estas personas que tú ya sabes, por medio de Marcelino* y eso, les estamos mandando el dinero y ya, sólo éso. Pero este mes hemos canalizado para Nicaragua, para la ayuda. Nosotros decimos que es para ayuda a las mujeres, pero si algún guerrillero quiere disparar una bala con nuestro dinero nos va a dar mucho gusto, la verdad.

CR.- Muy bien. Bueno, entonces, esto, nos quedamos en que su marido se fue a Mexicali y ustedes se quedaron aquí.

*Se refiere a Marcelino Camacho.

JD.- Nosotros nos quedamos aquí.

CR.- Eh, sus hijos entonces entraron a la universidad, ¿a estudiar qué?

JD.- Mi hija ingresó en Biología y mi hijo en Medicina.

CR.- ¿Los dos han terminado la carrera?

JD.- Sí, los dos, ya mi hija tiene un hijo de veintitrés años [risa]. Hace muchos años que terminaron la carrera, muchísimos. Hasta puede que se les haya olvidado y todo.

CR.- ¿Se ha relacionado usted con gente mexicana o su medio de amigos es más bien español?

JD.- Pues mire, yo no diría más, yo diría absolutamente español. Yo tengo muy pocas amigas y las que tengo son españolas. No soy mujer de muchísimas amistades, pero no sé... yo no quiero pues herir a nadie ni mucho menos, pero la idiosincrasia de la mujer mexicana pues me ha parecido muy diferente. Yo creo que para jovencitas que vinieron, para niñas... mi hija, por ejemplo, mi hija ha dejado de hablar con la zeta porque no quiere hablar diferente de lo que hablan las mexicanas, porque ella tiene muchísimo contacto con otras profesoras, con ayudantes, son todas mexicanas; hay muchos profesores en la Universidad que hablan con la zeta todavía, pero en fin ella no, ella

habla con la ese. Esto no quiere decir que lo mío, si sigo ha blando con la zeta, es una protesta, no, sencillamente es que yo tenía muchos más años cuando vine, que yo traía un criterio muy hecho, yo soy hispanófila, pues si digo cien por cien me equivoco, yo soy hispanófila mil por mil. Entonces, puede que esté muy equivocada, pero estoy convencidísima, muy convencida, he querido decir convencidísima y me ha salido muy mal, de que tenemos un pueblo, que es un maravilloso pueblo. Todos los pueblos del mundo son buenos, claro, pero cuando uno los ve en el brete de demostrar si son buenos o no es cuando se puede catalogar de verdad. Entonces, no sé, a mí me ha costado mucho. Luego, también da la casualidad de que en la primera población que vivimos, vivimos solos, entonces allí había dos familias españolas y son las que se acercaron a nosotros y nos dijeron: "Nosotros no somos republicanos, somos franquistas, pero somos españoles y nos damos cuenta de vuestra situación aquí de exiliados y todo eso, vamos a ser amigos". Eran españoles. Por eso, luego ya vine aquí, empecé a tra bajar en casa de unas españolas, todas las que habíamos allí éramos españolas. En fin, políticamente, pues también me desenvolvía en un sitio, no solamente que militábamos con la c, como

digo yo, no es eso, es que militábamos todas, teníamos la misma ilusión de la causa esa grande que era ver si podíamos liberar a España. Al final no lo pudimos hacer, frente a la historia no hicimos nada, pero en fin, lo hemos disfrutado, yo ya he ido dos veces y sí. Entonces no es que yo tenga, que yo elimine a las amigas mexicanas, no, no, es que yo creo que las mexicanas conmigo no coinciden. Yo soy una mujer que dice las cosas con mucha tranquilidad, yo pues no sé si sea muy fina, como son las gentes aquí ¿verdad?, nosotros somos mucho más bruscas, cuando hablamos decimos la verdad de lo que sentimos y eso siempre no cae bien, ni mucho menos. Además, es muy justo que no caiga bien. [Risa].

CR.- Eh, ¿su ideología política se la transmitieron usted y su marido a sus hijos?

JD.- Pues sí. En casa teníamos un gran culto por el socialismo, desde luego, pues es que tiene mucha gracia, porque decir... los que se llaman socialistas lo que piden no es, no es un socialismo, es una burguesía hecha ad hoc para ellos, pero una burguesía. Entonces yo, cuando hablo del socialismo, no me siento en plan de socialista, sino de comunis... de comunista...

CR.- La voy a interrumpir un momentito porque sino se me olvida lue

go esta pregunta. ¿Cuál es su concepto sobre el Partido Comunista y su concepto sobre el Partido Socialista?

JD.- Bueno, yo creo que el partido... de los de hoy hablamos, de los de hoy...

CR.- De los históricos españoles.

JD.- Ah, de los históricos. Yo creo...

CR.- Bueno, de los históricos y su evolución hasta hoy.

JD.- Yo creo que el Partido Socialista en España comenzó pues siendo un partido un poco más de trabajadores de lo que fue después. Porque luego, lógicamente, perteneció a la Internacional Socialista y entonces ese ya era un partido más de burguesía. El Partido Socialista puro, digamos, el creador, el que al principio se creó, era un partido también de trabajadores como el Partido Comunista. Lo que pasa es que la doctrina es muy distinta y la evolución, lógicamente, va hacia otro lado. Es decir, la evolución del Partido Comunista... El Partido Comunista en España se crea después que en México y, y evoluciona durante toda la antimonarquía, va evolucionando el Partido hacia la izquierda, el Partido Comunista, y va metiéndose en la clase obrera que hasta entonces eran anarquistas, pertenecían a la Federación Anarquista Ibérica, la clase obrera de España. En cambio

el Partido Socialista va evolucionando a adquirir las masas de la burguesía y de la clase media, que también les ayuda a combatir la monarquía, pero que no tiene ni como raíz ni como meta el socialismo que se llame Partido Socialista. Es decir, la meta no es un socialismo como hoy lo concebimos: llamamos países socialistas a los países que tienen gobierno comunista. Bueno, pues esa no es la meta de los socialistas, porque la meta de los socialistas es el programa de la Tercera Internacional Comunista, que es admitir burguesía, aceptar capitalismo, etcétera, siempre que a la clase obrera se le dé apoyo, mientras que el programa y el punto final del Partido Comunista es que sean los trabajadores lo que se tomen el poder, el pueblo. Hay que hacer una salvedad, en los países socialistas no se llama trabajador solamente al que tiene una piqueta en la mano o una pala para cavar el campo ¿eh?, el médico, [tose] perdón, el médico es un trabajador, es trabajador todo aqué que vive de su trabajo. Y entonces, el final es que el mandato pase a manos de este pueblo, desde luego no del pueblo inculto, no del pueblo que no sepa llevar, sino de un pueblo que sí, que pueda llevar una cosa, que sino se sigue estropeando [risa], pues Marx era muy grande. Ahora veremos a ver lo que ha-

cen estos señores que ahora nos llaman revisionistas, bueno. Yo tengo que aclarar, si es que se puede, que yo en este momento estoy fuera del Partido, estoy fuera del Partido no porque me hayan echado, que es del único modo que antes se podía salir del Partido, antes uno del Partido no se salía, lo salían, lo sacaban. Aquí en México y en todo el Partido Español en todos los países, que hay mucho en Europa hay más que tienen delegaciones del Partido Español, hubo un momento en que hubo una escisión, se partió toda la teoría en dos criterios. Entonces yo me fui con la minoría. Tengo que decir, pues, honrando a mis compañeros que se quedaron en la dirección del Partido, que me llamaron, que me hicieron entrevistas, que hicieron todo lo posible porque yo me quedara. No porque yo valga nada, sino porque desde luego, los años que he militado, pues había demostrado una fe ciega hacia la dirección del Partido. Pero ahora me parecía que, aunque en el fondo tuvieran razón, porque aún estoy yo muy en duda si tienen razón o no, me parecía que no era el procedimiento de hacer una escisión en ese momento, ni era el procedimiento de decir: "Pues ahora os tragaís esto porque lo piensa el secretario general". Entonces me fui con un grupo pequeño de gentes, los que no estábamos conformes y que

creíamos de buena fe, todos de buena fe, esto sí no hay que negarlo, que nosotros podíamos hacer una labor más eficaz de lo que lo estaba haciendo la dirección del Partido. Porque según nosotros, lógicamente, teníamos la razón, si no no hubiéramos sido comunistas equivocados, hubiéramos sido unos sinvergüenzas, ¿no?, si hubiéramos creído que lo que decidíamos no era verdad. Entonces yo me fui con este grupo, pero yo vi que nos dedicábamos, en lugar de crear una fuerza, de unirnos todos los que fueran disidentes -y ya es un poco reiterativo esto de la disidencia, pero es que no encuentro otra palabra-, me parecía que no hacíamos nada, que nos dedicábamos sólo a atacar, en vez de hacer, atacar sistemáticamente a la dirección del Partido. Y lo que era peor, no a la dirección en globo, sino a una persona, a la persona que dirigía el Partido.

CR.- ¿Este grupo estaba afiliado a la corriente de Lister o era independiente?

JD.- No, no estaba afiliado a la corriente de Lister. Lister hizo todo lo posible por atraernos, no porque le interesáramos como grupo, pero sí le interesábamos como aportación, como que teníamos un banquito en México.

CR.- ¿En qué año fue esto?

JD.- Esto fue hace cuatro años. Pero Líster no pudo enganchar el... el arponcito, pero sí lo pudo enganchar el otro disidente, que es Eduardo García. Es decir, el Partido se había dividido en tres fracciones. La grande de todos modos resultaba la primera, quedaba más gente porque a ello, para mí tuvieron mucha visión los compañeros que se quedaron allí, porque decían: "No estamos conformes con la dirección, pero tenemos fe en que a alguna meta tenemos que llegar, lo que no podemos es desmenuzar, lo que no podemos es quitarle fuerza al Partido". Yo en aquel momento no lo entendí, me creía que le dábamos mucha fuerza uniéndonos nosotros, los que estábamos en contra de ellos. Entonces hay otro grupo que es muchísimo más importante que el de Líster, porque políticamente la persona que lo encabeza es muchísimo más preparada que Líster. Líster estará muy preparado militarmente, pero políticamente no. La prueba es que no ha ganado nada más, estos en cambio sí están haciendo muchísimos adeptos. Ese señor que trabaja también en París, todos trabajan en París, trabajan también en Francia. Pero ya llegó un punto en el que yo veía que nos habíamos estancado y que ya lo nuestro era una comidilla, era un... porque sistemáticamente: "Que ha estornudado". "Pues sí, o porque sí, tenía que estornudar, si

como no cierra la ventana". "Que no estornudaban y tenían calor, fíjate si son idiotas que no abren la ventana". Entonces, esto ni era hacer, ni era crear, ni era seguir una doctrina. Entonces yo, pues sí, aquí obré un poco radicalmente, yo me sa lí de este grupo. Yo tengo invitación, y aunque no la tuviera yo diría que quería volver atrás, yo... pero tengo la puerta abierta cuando yo quiera volver al Partido grande, como yo le llamo. El Partido grande hoy está pasando también por unas cosas muy raras, porque la dirección se la llama vendida, porque dicen muchas cosas. Pero yo lo que sé es que el Partido grande hoy está reconocido en España. Tiene una legalidad en España que no la ha tenido muchos años, muchos años antes de la guerra. Es decir, el Partido Comunista en España no fue legal más que los pocos años que estuvo la República antes de la guerra, an tes nunca había sido legal. Entonces ahora con una monarquía el Partido es legal, al Partido se le hace caso, y el Partido está aglutinando los pequeños grupos que tiene en los distintos países. Pero hay otra cosa que a mí me hace más pensar to da vía, hay una fuerza que para mí es lo definitivo, lo más gran de, que es la gente joven, y esta gente joven, hoy, está ayuda ndo al Partido primero, al Partido que todos hemos dicho que ha me

tido la pata, al Partido que nosotros hemos dicho que estaba haciendo barbaridades, que iba a resquebrajar la unidad y lo monolítico, como se dice allí, del bloque comunista. Vamos que esta gente entra a darle una ayuda, a darle una inyección y a darle la vida, se puede decir, al Partido primero, al que era el Partido de verdad. Y hoy pues en España se ha conseguido la abolición de la pena de muerte; se tiene una minoría muy pequeña en el Parlamento, pero hay gente que se puede levantar y decir: "No votamos". Y eso se tiene que quitar e interpelar a la gente, eso no se hubiera logrado, hay que reconocerlo, sin la política tan hábil, yo no quiero decir tan recta, pero digo tan hábil de la dirección general del Partido Comunista. Esa es mi posición. Creo que si llego a vivir aunque sea cuatro o cinco meses más, así que se pase un poquito el frío, ¿eh?, yo volveré a entrar al Partido porque es lo que quiero, me ha llevado muchas horas de mi vida con mucho gusto y también tirar lo por la borda me parece un poquito... me da lástima, vaya, me da lástima.

CR.- ¿Y usted cree que hoy en día, tal y como está la situación en España, eh, un partido como el suyo en el exilio, tiene razón de ser?

JD.- Bueno lo que... razón de ser no sé si tiene, lo que no tiene es nada que hacer. Razón de ser siempre tiene un sueño, un nombre, hasta para las cosas en México, para las cosas de la izquierda, es un apoyo, allí hay una delegación, como los otros son un apoyo para nosotros. Pero creo que trabajo no hay, el trabajo está hecho en la Península indiscutible o por lo menos en países muy cercanos a la península; en Francia se puede trabajar, en Portugal se puede trabajar, hasta en Italia, si me apuran un poco, se puede trabajar, pero en México no. México, lo primero, estamos muy diluídos, aquí gente joven no hay en todo el Partido. Porque la gente joven lógicamente ha ingresado en el Partido Comunista Mexicano, los hijos de los comunistas españoles, porque aquí viven, aquí militan en el Partido. Entonces hoy el Partido de aquí, el núcleo de aquí, no creo que tenga ninguna importancia, tampoco hace ningún daño. Cuando hay una necesidad de llamar a un personaje de aquí, pues se le llama y ya está. Pero somos de los núcleos más diluídos, podríamos decir, por lejanía, por edad, somos todos unos carcama^{nes} llenos de cansancio, no cansancio de trabajar para el Partido, sino cansancio físico. El señor que si a las ocho y media hay una reunión estaría cansadísimo de haberse puesto los

zapatos, el pobre, a las nueve de la mañana, ya no aguanta, ya se tiene que poner sus zapatillas y ponerse a ver el televisor y al lado del calentador, lo digo por mí.

CR.- Bueno, antes de entrar en esta teorización sobre el Partido, mi pregunta había sido, si su formación política influyó en sus hijos.

JD.- Sí, mucho, cómo no, en mis hijos sí influyó. Ellos entraron en una agrupación entonces que era la juventud, juventud comunista del partido, Unión de Jóvenes Comunistas, éstas eran las siglas: UJC. Ingresaron los dos allí. Ellos siguieron también por su propio criterio. Nosotros naturalmente no no... no es que nos guardá**u** bamos de hablar delante de ellos, ni mucho menos, y les decía**u** mos: "Creemos que es lo correcto". Pero si uno de ellos hubie**u** ra dicho: "Yo me quiero meter de monja", o el otro: "Yo quie**u** ro ser padre", en vez de ser socialista, pues nos hubiera pare**u** cido bien, la vida de cada uno es de cada uno. Pero los dos... y la influencia nuestra tuvo que ver yo creo que también, yo creo que también. Más que el que nosotros les dijéramos, pues que veían ellos esa cosa que ahora ya, al cabo de tantos años, no resulta creer aquel amor, aquella atracción de España, aquella cosa, ellos lo han vivido cuando para nosotros era una

obsesión. Hoy ya no resulta, eso está diluido hoy, en la vida y en, en los años, desgraciadamente, son muchos. Yo llevo treinta y nueve años de exilio, de los cuales ya hablaré después de los seis que fueron buenos. Pero, pero que ellos han seguido una línea izquierdista por nosotros sí, ahora una línea concreta política no creo que haya sido por nosotros, creo que haya sido porque ellos han querido, creo. Desde luego, pues a mí me dicen: "No mamá, yo quiero rezar todos los días". Pues lo hubiera respetado mucho y les hubiera puesto un cuadrito de la virgen encima de su cama, ¿por qué no? Si tenían tanto derecho a que yo tuviera un gallardete con la hoz y el martillo, exactamente igual. Pero no, no lo hicieron así. No sé si fue casualidad o ejemplo [risa], la verdad.

CR.- Usted acaba de decir, eh, mencionar sus seis años mejores de exilio...

JD.- Ah sí, es que eso aún falta.

CR.- Ah, bueno...

JD.- Pero bueno, todo lo voy a decir.

CR.- Entonces, esto, sigamos.

JD.- Sigamos.

CR.- Eh, usted, eh, una vez... esto ya lo habíamos dicho antes creo, una vez que su marido se fue a Mexicali, usted siguió viviendo aquí, siguió trabajando para sacar a sus hijos adelante.

JD.- Ayudada por él, eh, tengo que decir.

CR.- ¿Ayudada por su marido?

JD.- Estábamos ayudados por él.

CR.- Y, y sus hijos siguieron sus estudios...

JD.- Mis hijos siguieron sus estudios y mi hija se casó cuando todavía le faltaba dos años de carrera y me dijo: "Yo me voy a casar, mamá". Le digo: "Muy bien, hija, pues me parece muy bien que te cases". Había tenido un novio, en toda su vida uno, del cual estaba enamoradísima entonces, y me dijo: "Yo me voy a casar y tengo que recordarte (porque eso me lo dijo antes del día de su cumpleaños) que el día cuatro de marzo voy a cumplir veintiún años y me voy a casar en junio". Le digo: "Mira, si esto es una amenaza, a mí no me va. Tú te casas porque te quieres casar, pero sin mirar el calendario, eso no tiene nada que ver". Ella me lo decía como diciendo: "si tú no quieres, yo soy mayor de edad y yo me caso de todos modos". Entonces se casó.

CR.- ¿Se casó con español o con un mexicano?

JD.- Se casó con un vasco, sí con un español. Pero para entonces, para la boda, para el día de la boda de mi hija, las relaciones de mi marido y mías, como esposos, estaban totalmente liquidadas, mes y medio justo antes de la boda de mi hija, justo mes y medio antes.

CR.- ¿Su marido seguía viviendo fuera?

JD.- Mi marido seguía viviendo en Mexicali. Entonces pues yo, no sé, pero entre mi gente he tenido muy buen apoyo, muy buenas amigas. Entonces tenía unas amigas y empezaron a contarme cosas de mi marido, yo me quedé muy preocupada, porque me dijeron que él vivía con una señora allí y que la señora iba a tener un hijo de él y todas esas cosas, y yo, al final, no dormí en toda la noche. Le escribí a mi marido y le dije: "Mira hijo, me acaban de hablar de esto, y me acaban de hablar con muy buena intención, pero como yo no quiero creer a nadie más que a tí, hazme el favor de decirme que es lo que pasa". Entonces ya él me contestó, cruzamos unas cuantas cartas en un tono un poco alterado... Bueno, fueron dos las alteradas, la tercera ya no era alterada. Se rompió aquéello, yo no tenía dinero para pagar un divorcio, él nunca lo quiso pagar, y así se quedaron las cosas. El siguió viviendo allí y yo me quedé aquí y ya.

CR.- ¿Recibía... siguió recibiendo ayuda económica?

JD.- No, no. Precisamente el día que yo le escribí esa carta a mi hijo, * acababan, por esa causa que a mí me habían contado, acababan de despedirlo del trabajo, se ve que eran muy puritanos, yo qué sé, y dije: "Estos lo han sentido más que yo, qué barbaridad [risa]".

CR.- Entonces usted ya nunca más se volvió a reunir con su marido
o...

JD.- No, nunca, no, ya no. Ya no lo ví más que un día antes de morir, y después de muerto ya no, nunca hablamos ya más; mejor para los dos.

CR.- Bien, entonces esto... se casó su hija y usted siguió viviendo aquí.

JD.- Sí, viviendo y trabajando, mi hijo siguió estudiando y trabajando y entre los dos pues seguimos, seguimos, seguimos y hasta que acabaron la carrera. Eso sí, me han ayudado muchísimo mis hijos, tanto económicamente, porque trabajaron, como moralmente, muchísimo, muchísimo.

CR.- Eh, ¿sale usted en alguna ocasión de México antes de volver a España o su primera salida es su vuelta a España?

JD.- No, no, mi primera salida es un viaje a Cuba, bueno un viaje,

* Se refiere a su marido.

un viaje para quedarme.

CR.- ¿En qué año fue eso?

jd.- Eso fue el año sesenta y dos. Es decir, mi hijo el año sesenta y uno pues estaba muy interesado por el movimiento revolucionario cubano, y un día dijo: "Sabes gorda qué, que voy a ir a la embajada a hacer una solicitud para ir a Cuba como médico". El había terminado la carrera pero estaba haciendo una especialidad, en aquel tiempo. Entonces fue a la Embajada y llenó un machote de esos y se quedaron allí con su teléfono y su domicilio, y el hombre pues a esperar. A los tres días llaman por teléfono a la casa y me dicen: "El doctor Ruiz". Le digo: "Mire, hoy está de guardia en el hospital". Yo sin saber quién era. "Ah, pues cuando llegue dígame que le hablaron de la Embajada Cubana, que vaya". Entonces, cuando él llegó, no sé si era por la noche o al día siguiente o qué, le dije: "Oye Ramiro, tienes un aviso de la Embajada Cubana". "¿Cómo de la Embajada Cubana? A ver si es que falta algún requisito". Total fue, le dieron el boleto de avión y le dijeron: "Puede usted tomar el avión cuando usted quiera". Y el hombre se fue. Yo me quedé ya sola definitivamente, porque ya mi hija, a todo esto, ya tenía mi hija pues un niño de cuatro o cinco años y una niña de dos o

de año y medio. Y entonces él me dijo: "Si yo veo que aquello está muy bien y que a tí te va a gustar, entonces te llamé". Y me llamé y a los seis meses me fui yo. El se fue el sesenta y uno y yo me fui en marzo del sesenta y dos. Y estuve justo hasta marzo del sesenta y ocho, así que seis años en Cuba.

CR.- Eh... como esta es una nueva etapa de su vida y es sumamente interésante, qué le parece si la dejamos para dentro...

JD.- Ah, me parece muy bien, muy bien, sí.

CUARTA ENTREVISTA REALIZADA A LA SEÑORA JUANA DURA, EN SU DOMICILIO PARTICULAR, EL DÍA 16 DE NOVIEMBRE DE 1978.

CR.- Eh... nos hablaba usted de su ida a Cuba. ¿Cuál fue su impresión al llegar a La Habana?

JD.- Bueno, pues una impresión imborrable, una cosa como de... En tres horas trasladarse de un mundo a otro. Es una cosa que no se puede decir, yo por lo menos no sé explicarla bien. Me pareció aquello tan, no sé, tan fuera de lo que yo tenía costumbre de ver, tan raro, que estuve por lo menos una o dos semanas creyéndome que estaba soñando o que aquéllo no era verdad, que yo no había ido allí, que eso no existía y todo. Es, bueno, es que además yo fui en un momento muy interesante de Cuba,

cuando estaban haciendo muchos pinitos todavía y estaban haciendo muchísimas pruebas, casi todas, por no decir todas, casi todas con bastante éxito, y aquéello estaba muy importante, muy interesante. Y a mí me hizo un efecto grandísimo. Una de las cosas que más me llamó la atención allí -que eso me dicen después, me dijeron después que me hubiera llamado la atención igual aunque no hubiera ido en plena Revolución - fueron los niños, los niños de Cuba están cuidadísimos, los niños de Cuba son gorditos, pálidos casi todos, porque... por el clima. No deja que tengan colores, pero muy bien cuidados y muy bien puestos, aunque las mamás sean guajiritas los niños van muy bien arreglados, y no sé, son unos niños muy gordos, muy nutridos, muy hermosos.

CR.- ¿Usted vivía en La Habana?

JD.- De momento no, nosotros fuimos a vivir, bueno, allí estaba ya viviendo Ramiro, a Gibara, en donde la Revolución había creado un hospital de unas... no muchas camas, yo creo que tendría como alrededor de treinta y tantas, o cuarenta camas, tendría aquel hospital. Pero era muy bueno porque daba bastante servicio a toda la costa de oriente-norte, había muchas enfermedades, muchas, pues como en todos los trópicos, hay muchas enfermedades,

y entonces ese hospital hacía mucha falta. Y a Ramiro lo nombraron subdirector de ese hospital, luego fue director. Y yo llegué allí, y mi debut como incorporarme a la Revolución fue, pues, fantástico, porque nosotros llegamos allí -hicimos el viaje en tres o cuatro días porque parábamos en varios sitios y eso-, y llegamos allí una tarde ya anocheciendo, yo estuve hablando con un pediatra que vivía con mi hijo, un médico simpatiquísimo, argentino, y le pregunté: "Oye, tú que llevas aquí tanto tiempo, ¿conoces alguna compañera de la FMC?". Dice: "Sí, las conozco a todas".

CR.- ¿Qué es la FMC?

JD.- Bueno, es la Federación de Mujeres Cubanas. Es la organización femenina revolucionaria, que en sus manos tomó cosas tan importantes como todo lo de guarderías de niños, lo de escuelas para adultas femeninas, de momento también lo de las escuelas femeninas de niñas, aunque casi todas eran mixtas, pero hay en algunos pueblos y eso, que había escuelitas pequeñas y que hacían una para varones y otras para niñas, las de las niñas casi todo ese trabajo lo tenía en sus manos la Federación. En el ramo de salud trabajaban muchísimo, porque todas las campañas de vacunación que entonces se hacían cada dos o tres meses las

llevaba en sus manos la Federación de Mujeres Cubanas. Y entonces mi dubut fue éste. Yo, ya digo, le pregunté a ese doctor eso, él habló con no sé quién y al día siguiente a las diez de la mañana aparecieron tres compañeras, con una... ¿cómo se llama esto de hacerse socia? [risa].

CR.- ¿Solicitud?

JD.- Con una solicitud que no faltaba más que la firma yo, ya estaba admitida de hecho, y que pusiéramos allí una fotografía. De modo que yo le...

CR.- ¿Usted con qué nacionalidad fue a Cuba, cómo española o como mexicana?

JD.- No, no, yo tengo la nacionalidad mexicana desde el año cuarenta...

CR.- Sí, eso ya lo había dicho.

JD.- Y con esa nacionalidad fui yo a Cuba y es como me desenvuelvo en el mundo, con esa. Y entonces pues ellos allí me llamaban "la mexicana", además. Y nada, a los tres días, pues me monté con tres o cuatro más en jipi como dicen ellos, en un jeep y nos fuimos al campo a vacunar.

CR.- ¿Qué edad tenía usted entonces?

JD.- Yo tenía cincuenta y seis años, pero tenía fuerza como si tu-

viera cincuenta. Ahora ya es que a esta edad, ya... Pero sí, trabajé mucho. Después, allí había organizadas unas clases para mujeres adultas que trabajaban y a mí me dieron un cuarto grado, porque el cuarto no sé por qué es el que estaba, tenía más nóminas, ¿no? Y entonces hicieron unos grupos y me dieron un cuarto grado. Y pues creamos banderines, eso allí era de mucha moda entonces, banderín que se daba cada mes a la mejor alumna, a la que había tenido mejores notas y más aprovechamiento y todo eso. Entonces yo tuve una mujer, bastante mayor que yo, de sesenta y tantos, sesenta y tantos años, cerca de setenta, que llevó cinco meses seguidos el banderín. Se le ponía en su pupitre el banderín y allí ella lo lucía delante, todo el mes, y cinco meses seguidos lo llevó ella, pero era emocionante porque yo le pregunté una vez: "Bueno María, y ¿por qué estudias tanto?, porque eres un ejemplo para todas las compañeras, pero a mí me extraña que tú que lavas ropa ajena y planchas [y cómo planchan las cubanas con aquel almidón] cómo te queda tiempo para estudiar". Y me dice: "Ah, es que yo tengo un nieto becado en la Unión Soviética y otro en Polonia y van a venir el verano y yo no quiero hacer el ridículo cuando vengan mis nietos, yo tengo que saber hablar con ellos". Esas son

las mujeres del pueblo de allí. Entonces pues yo, eh, hice muchísimo trabajo, también me incorporé a las CDR y hacía guardias por la noche.

CR.- ¿Los CDR qué son?

JD.- Eh... [risa] el comité, los Comités de...

CR.- De Defensa de la Revolución.

JD.- De Defensa de la Revolución. Eso es, es que eso se hace por cuadras, por vecinos. Entonces a mí me, me pilló un momento muy interesante en este pueblo, viviendo en Gibara. Bueno, he tenido dos momentos muy importantes de la vida de Cuba, en mi etapa de los dos primeros años, de los dos primeros años de estar en Cuba. Este momento interesante primero, que todavía estábamos allí en Gibara, fue la crisis de octubre, de mil novecientos sesentaydos, cuando los norteamericanos exigieron a los soviéticos que se llevaran los cohetes que habían depositado en Cuba, cohetes dirigidos para la aviación. Entonces estuvo en un tris pues que se desatara la guerra mundial y tuvimos a los compañeros en las trincheras. Bueno, quiero decir en... como a cuarenta metros de nuestra casa, estaban con el agua a la cintura porque las trincheras se habían cavado justo en el borde del agua en las playas, donde llegaba el agua cuan

do aumentaba la marea, cuando subía la marea, allí se habían cavado las trincheras. Entonces, estas pobres gentes estuvieron allí veinte noches, dieciocho o veinte noches, claro, el que estaba una noche allí ya no estaba la siguiente, pero hacían guardias de seis horas con el agua a la cintura. Y nosotros, la Federación, pues estuvimos trabajando mucho en llevarles café cada hora, durante toda la noche. A las nueve de la noche comenzábamos y hasta las seis de la mañana, cada hora, se les llevaba café. Entonces, como Ramiro y yo vivíamos en un departamentito que estaba en el borde casi del mar, pues la cocina de la casa es la que se convirtió en la cantina en donde se hacía el café para el pedazo de playa que nosotros cubríamos, que la Federación cubría.

CR.- ¿Todo el tiempo que estuvo en Cuba vivió en Gibara?

JD.- No, no, nada más un año. Al año nos trasladaron, bueno digo nos trasladaron porque, claro, yo era un apéndice de mi hijo, entonces lo trasladaron a él y yo también iba. Nos trasladaron a un sitio preciosísimo en la Bahía de Nipe, que es una fundición beneficiaria de níquel que tenían antes allí los norteamericanos y en la cual trabajaban los cubanos pero sin ningún derecho a nada. Por ejemplo, ellos tenían allí lindísimas

casitas, pero eran todas para los norteamericanos, el hospital para los norteamericanos, todo, todo, todo. Los cubanos estaban, pues, completamente marginados de... de todos ellos y no tenían derecho a casi nada. Entonces, Fidel siguió beneficiando el níquel y aquéllo estaba vigiladísimo, porque naturalmente se... tenían miedo de un desembarco por la costa esa, es una bahía muy grande en donde es muy fácil esconderse embarcaciones y poder hacer un desembarco muy importante aquí, para la industria cubana.

CR.- Y... y durante su estancia en Nicaro, ¿siguió trabajando para la Federación de las Mujeres...?

JD.- Sí, entonces todavía trabajé más, porque resulta que las pocas mujeres -este es un pueblo de pocos habitantes, no tiene importancia más que la fundición, pero todas las mujeres trabajaban, todas, todas, todas-, trabajaban casi todas en la industria, pues, en el plan de oficina, en donde procuraban que hubiera los menos hombres posibles para que ellos se incorporaran al trabajo de la producción. Y entonces resulta que la Federación allí no se abría de día, cuando abrían era ya las siete de la tarde o las siete y media, después de comer. Entonces yo dije: "Bueno, yo no estoy trabajando, si quereís yo

abriré y estaré aquí". Entonces se corrió el rumor por los barrios aquellos de por allí cerca y entonces las mujeres iban durante el día, cuando iban a hacer las compras, las mujeres del campo ya se podían acercar a la Federación. Entonces yo hacía: desde hacer nuevas afiliadas hasta barrer el despacho, todo, todo, todo, y tenerlo a punto para cuando las compañeras vinieran por la noche.

CR.- ¿Y ese trabajo era remunerado?

JD.- No, no, no, ese trabajo es voluntario en toda la Isla. Bueno, por ejemplo ellas tienen... pero no es trabajo de federadas, si no la Federación, como digo, tiene a su cargo pues las garderías de los niños y todo eso, lógicamente las empleadas que estan en las guarderías de los niños éstas sí cobran. Pero el trabajo de-la, de la mujer que está en la asociación, es un trabajo voluntario y por lo tanto no se, no se paga nada. Pero deja muchísimas satisfacciones, esa es la pura verdad, ya, ya está bien pagado con éso.

CR.-¿Después de Nicaro a dónde fue?

JD.- Después de Nicaro fuimos a, a Victoria de las Tunas, que es un pueblo horrible, horrible, feísimo, que queda justo en lo que antes era...porque ahora eso ya está dividido en otros munici

cipios y en otros estados y todo, que yo no lo sé. Porque eso se ha dividido mucho después de venirnos nosotros, pero queda justo en lo que es la frontera entre el estado de la Villas y Oriente. Allí queda enclavado Victoria de las Tunas, un pueblo bastante triste y muy feo, muy polvoriento. Está justo en medio de la Isla y por lo tanto está bastante alejado de las dos costas y hace un calor insoportable. Ahí en ese pueblo es donde digo que pasé la otra gran experiencia, pero ésta era geográfica, ésta, ésta fue un ciclón. Esto fue una cosa, tampoco se me olvidará nunca, fue una cosa tremenda, trabajamos una barbaridad. En un pueblo que creo que tenía siete mil u ocho mil habitantes, teníamos diez mil refugiados. ¿Cómo se les daba de comer a esa gente? ¿Cómo se les vistió? ¿Cómo se hacía todo? Pues no lo sé. Nada más que porque en los momentos que hace falta que uno trabaje, pues tiene que trabajar. Yo iba con el uniforme de la Federación y estuve tres días sin quitarme el melo, se me secó tres días encima, porque en cuanto uno salía a la calle le llegaba el agua al pecho, entonces [risa] tenía que ir a otro sitio y no había ni con qué cambiarse, ni agua para lavarnos, ni agua para cocinar, ni nada. Y en unas escuelas que son adelantadísimas en ese sistema, esas dos escuelas

que había allí, una de ellas era secundaria y la otra era primaria, tenían un sistema de hacer la comida por medio de vapor, que es rapidísimo, es como lo de las , como lo de las ollas de vapor, pero el vapor llega por tuberías. Es decir, el vapor se produce aparte en una caldera y con eso se cocina. Gracias a eso, que cada veinticinco minutos podían salir tres marmitas de aquéllas, que cada marmita daba de comer a doscientos cincuenta o trescientas personas. Y allí llevamos a todos los refugiados que había de los, de los pueblos. Mucha gente histérica, armando mucho alboroto con tonterías, yo vi tirarse del pelo a dos mujeres porque el cuellito de uno de los vestidos que le habíamos dado a una de ellas tenía un dibujito más, en oscuro, un bordadito más que el de esa señora. Entonces se pelearon, se tiraron del pelo, pero es que la mayoría de la gente se les había bajado de los techos de sus casas, donde estaban refugiándose de la corriente del agua que se llevó todos sus animales, todas sus cosechas. Bueno, una desdicha.

CR.- ¿Se identificó usted con la gente de Cuba?

JD.- Muchísimo, muchísimo desde el primer momento. Tienen un carácter muy parecido a nosotros pero además tropical, además de que son todos [risa] así apasionados, pues tropical.

CR.- O sea que independientemente de su ideología política...

JD.- Independientemente de eso. Yo allí también conocí mucha gente "gusana" como allí se les llamaba. es decir contrarrevolucionarios. Hasta esa gente nos trataba bien y admiraba, a pesar de que no fueran sus ideas, que nosotros extranjeros hubiéramos ido allí a, a compartir aquello con ellos. La verdad, que llegamos en un momento en que hacía falta muchísima gente.

CR.- ¿Ustedes llegan en un momento muy duro, sobre todo desde el punto de vista del racionamiento de la comida?

JD.- Bueno, pues sí, bastante duro. Pero nunca nos hemos... nunca nos quedamos sin comer. Es decir, en la primera estadía, aquella de, aquella de Gibara, pues el racionamiento es que no era así muy tremendo, porque siempre estaban los pescadores que llegaban a la caída de la tarde en sus lanchitas con el pescado. Entonces allí a la gente tampoco le gusta, así como aquí en México tampoco les gusta el pescado, comen mucho marisco pero el pescado, pescado no les gusta. Entonces, pues era muy fácil adquirir pescado y adquirir un conejito y adquirir un pollo, venían a ofrecérselo...

CR.- Y usted...

JD.- Y lo comprábamos.

CR.- ¿Y usted siguió con su misma costumbre de comida española o se adaptó a la comida cubana?

JD.- No, pues a la fuerza me tuve que adaptar a la comida cubana [risa]. Porque, bueno tienen unas cosas muy raras los cubanos, porque con unas temperaturas de treinta y tantos grados hacen potaje para comer en verano al medio día, bueno, y uno se acostumbra al potaje y a todo y sí. No se comía mal, yo nunca he pasado hambre en Cuba. Pues unas veces uno decía: "Hombre, ahora yo me tomaría ésto". Además estaban los restoranes que eso era del, del Estado, ¿cómo se llamaba? del INIT*. En los restoranes había bocaditos de jamón y queso amarillo, de ese tipo americano, que a mí eso sí no me gusta, pero todos los que uno quisiera. Es más, había unos carritos, que se llamaban "el carrito de las fritas", que vendían así unos bocaditos y eso, a pesar de, a pesar del racionamiento estos señores tenían un permiso especial, salían a la calle y vendían fritas. Y vendían todo lo que hacían, y si hubieran hecho más hubieran vendido más.

CR.- ¿Eh... después de Victoria de las Tunas a dónde fue?

JD.- Después de Victoria de las Tunas fuimos a Santiago de Cuba.

En Santiago de Cuba todavía hacía más calor que en Victoria de

* Instituto Nacional de la Industria Turística.

las Tunas. Ah, yo, se me ha olvidado decir una cosa que me importa decirla porque para mí fue una, una experiencia muy bonita. Yo en Santiago de... en Victoria de las Tuna hice una cosa que me dejó muy satisfecha y no fui yo la que lo solicitó, sino que fueron los tabaqueros, fueron a la Federación de Mujeres a pedir una lectora, porque tenían un lector por la mañana y le hacía falta una lectora para por la tarde, entonces la Federación me mandó a mí. Entonces como aquéllo era un galpón inmenso, pues bueno, me ponían un microfonito como el que tengo ahora cera y yo leí, leí durante, durante tres meses y medio o cuatro, estuve de lectora en la fábrica de tabacos, cosa que me llenó de muchísimo gusto, es uno de los trabajos más bonitos que yo he hecho en Cuba. Desde luego leíamos cosas revolucionarias y leíamos Lenin y leíamos algo de Marx y todo muy arregladito para que toda la gente lo comprendiera. Pero luego unos días dejé de ir y: "que venga la gallega, que venga la gallega". Y me llamaban para que fuera la gallega a leer y yo decía: "Pero con esta voz que tengo yo tan horrible cómo queréis que vaya a leer". "Ah, sí, que venga la gallega". Y entonces yo allí leía. Pero después estuve como veinte o veinticinco días yendo por la mañana y por la tarde, y eso ya era de

masiado.

CR.- Era muy cansado.

JD.- Sí, mucho, cansa mucho leer, cansa.

CR.- ¿Cuando usted se fue a Cuba seguía militando en el Partido Comunista Español?

JD.- Sí, sí, cómo no.

CR.- ¿Y al llegar a Cuba...?

JD.- Nos incorporamos al grupo del Partido Comunista Español que había en Cuba, pero que estaba dedicado exclusivamente todo a la Revolución Cubana.

CR.- ¿Usted nunca militó en el Partido Comunista Cubano?

JD.- No, nunca. No, no.

CR.- Y, ¿que labor realizaba el Partido Comunista Español en Cuba?

JD.- Bueno, pues ayudar en sindicatos y cosas así, mucho también. Bueno, dentro de la Revolución, pues estaban incorporadísimos a la Revolución cada uno dentro de lo que era. Pero sí había mucha actividad, más, más que entre el Partido Cubano, entre el Partido Cubano antiguo no, entre el Partido Cubano de, de después de la Revolución, o sea con Fidel. Estaban, pues, muy bien. También cuando estuvimos en Santiago de Cuba estuvimos militando, desde Gibara, lo que pasa es que en Gibara no ha-

había núcleo, no había nadie más que nosotros dos. Y de cuando en cuando, cuando así era una cosa muy importante, pues nos echábamos un viajecito a Santiago, a alguna reunión.

CR.- ¿Entonces realmente el núcleo del Partido estaba en Santiago?

JD.- Sí. El de Oriente estaba en Santiago, porque Holguín que es un pueblo muy importante, que es muy cerca de Gibara, se considera la capital de Oriente-Norte. Sin embargo, allí no había españoles, entonces... O por lo menos no había españoles comunistas y no había allí ningún núcleo. Entonces todo dependía de Santiago de Cuba, en Oriente.

CR.- ¿Y era un núcleo grande de españoles el que había en Santiago de Cuba?

JD.- No, no, no, éramos unos cuantos, seríamos como catorce o quince, nada más.

CR.- Y, ¿ustedes como Partido Comunista Español recibían alguna orientación del, del comité central del Partido?

JD.- No, no, porque la orientación del comité central, pues yo creo que la recibía la dirección de, de Cuba que estaba en La Habana. Y la orientación era ayudar a la Revolución Cubana a ultranza, como se pudiera y a como diera lugar y, y de todos modos. Ya que había pues una afinidad muy grande entre las dos ideo

logías, es decir la misma, aplicada en guaracha o aplicada en [risa] español de esos.

CR.- ¿Y en Santiago de Cuba, cuánto tiempo estuvo?

JD.- En Santiago de Cuba estuvimos, yo ya no me acuerdo, yo creo que estuvimos como un año y pico. Sí, porque nosotros fuimos allí el mes de mayo...mes de abril, el mes de abril llegamos allí, que sería del sesenta y cinco, del sesenta y cinco, del se... del sesenta y cuatro, entonces...

CR.- Eso no importa...

JD.- No sé, la cosa es que yo recién llegada me hicieron una operación bastante fuerte, luego me dieron radiaciones y, y pasé un veranito bastante molesto y bastante mal. Pero luego ya me pu se muy bien.

CR.- ¿Y siguió, por supuesto, en la Federación de Mujeres?

JD.- Sí, claro, eso desde luego. En la Federación de Mujeres yo es tuve trabajando siempre.

CR.- Y de Santiago de Cuba ya se vuelve usted a México.

JD.- De Santiago de Cuba yo vine a México y me estuve una temporada larga, como de tres meses, porque en ese tiempo mi hijo se había casado y se habían ido, el joven matrimonio, para allá. Y entonces pues yo no tenía ninguna gana de ir y de esta allí con

ellos al principio, no había posibilidades entonces de buscar acomodo en otro sitio porque lo de las casas estaba muy difícil de conseguir. Entonces sí yo luego volví y estuve allí una temporadita con ellos. Y luego me dieron de Salubridad, de la misma Salubridad me dieron un trabajo que es el único trabajo que he hecho a disgusto en Cuba. Pero no tenía la culpa la Revolución, tenía la culpa el medio, el ambiente aquél de allí. Y es que fui responsable de un albergue de muchachas todas con primaria nada más, con estudios primarios, que hacían pequeñas carreras de ayudantía en la Secretaría, en el Ministerio como dicen allí, de Salubridad. O sea, estudiaban ayudantía de dentista, de laboratoristas, de radiólogos... todas esas cosas, que no es concretamente la enfermería, pero todo dependía de la Secretaría de, del Ministerio de Salubridad. Y estuve trabajando allí unos cuantos meses en eso.

CR.- ¿Este trabajo sí fue remunerado?

JD.- Sí, éste ya era remunerado, éste ya era un trabajo remunerado. Y, sin embargo, el que más a disgusto he hecho en Cuba. Nunca he hecho una cosa que no me haya disgustado más que ésa, pero, ya digo, no tenía la culpa la Revolución, estaba aquello mal organizado, desde el principio. Y a mí me tocó, pues, las va-

cas flacas porque fue organizar todo aquello, en una casa en la que estaba tres, casi tres años cerrada, era también de un doctor que se había ido a Miami, para no variar. Y era una espléndida casa, pero una espléndida casa que se caía a pedazos, que no teníamos bastantes depósitos bastante grandes para que todas las chicas se pudieran bañar, eran cincuenta y tantas muchachas, que hubo que improvisar literas allí. Yo no estuve contenta, sin embargo pues estoy satisfecha de que procuré dar les bien de comer, procuré que estuvieran a gusto y hubo, pues, problemitas que nunca faltan donde hay tantas mujeres.

CR.- ¿Y de ahí fue a La Habana?

JD.- De allí ya me fui porque también a mi hijo y a su esposa, que estaba trabajando allí en la Universidad de Santiago de Cuba, pues lo trasladaron a, a La Habana. Y entonces pues yo también me fui a La Habana. Después de vivir unos cuantos meses, allí nació la primera niña de mi hijo, que nació hecha una preciosidad y ahora es más preciosidad todavía, pero en fin. Y yo estuve unos meses con ellos viviendo y después ya me fui a unos ca... a casa de unos camaradas del Partido Cubano. El era el camarada, la señora no militaba. Y estuve muy agusto viviendo allí entre ellos y también trabajé, trabajé en una organización

de, de un, un colegio de becas, quince mil muchachas había en aquella organización. Se llama Ana Betancourt, Ana Betancourt fue una de las heroínas de cuando todo el machadato aquel y todo eso, y muchas cosas en Cuba llevan el nombre de ella. Fue una mujer que la mataron. Entonces estas chicas, eh, trabajan muchísimo, estudiaban bachillerato y por las mañanas eran las profesoras de otra agrupación de niños pequeños, los Camilitos, y entonces eran unas chicas que trabajaban mucho. Yo para dar clase no servía porque no tengo preparación, pero crearon ellos unas cosas que les llamaban Círculos de Interés, que eran pues una cosa para que las chicas descansaran un poco mentalmente de tanto estudio y de tanto ser ellas las maestras también, entonces había acordeón, guitarra, dibujo, coros y tejido -allí le llaman tejido, igual que aquí, al punto-, tejido de ganchillo y tejido de agujas, entonces a mí me dieron una plaza de esas de los tejidos y trabajé muy agusto con las chicas aquellas. Era un poco cansado porque era todas las tardes, había tres días a la semana que tenía seis horas seguidas, y dos días a la semana que tenía nada más que cuatro horas y media. Pero estaba muy a gusto porque estaba entre gentes muy buenas, entre gente muy revolucionaria, las chicas eran

unos soles todas y yo, pues, tenía alrededor de, de doscientas cuarenta a doscientas sesenta chicas cada tarde, o sea eran grupos muy grandes, demasiado grandes para el tiempo que nos llevaba una clase, que eran cuarenta y seis minutos, entonces... no, cincuenta y seis, ya le quería yo quitar diez minutos de trabajo. Entonces, pues sí, estuve muy contenta, estuve muy bien, ya, hasta que ya nos vinimos aquí.

CR.- Durante su estancia en La Habana, eh, supongo que en La Habana habría una mayor concentración de españoles, de españoles refugiados...

JD.- Sí, claro.

CR.- Esto, eh, ¿sus amistades eran cubanas o eran preferentemente españolas?

JD.- Pues me da un poco de vergüenza decir lo que voy a decir, pero casi casi eran más cubanas. Bueno, pasa una cosa, yo en Cuba hice amistad, esto...ya desde la primera vez que llegué ya llevé yo un encargo de la Unión de Mujeres Españolas, -no sé si he hablado de esta agrupación-, Pues, nos dedicamos a apadrinar una escuela en La Habana de niñas, pobrecitas, que unas eran cieguitas, otras eran retrasaditas mentales, todo esto, nosotros estuvimos desde el principio de la Revolución, nos pusimos en

contacto con la Federación de Mujeres y nos dieron esa misión. Era muy agradable ver que aquellas niñas que no tenían inteligencia para poder aprender cosas, pues les daban trapitos y la ni tas y hacían muñecas y cosas de esas. Entonces, yo llego, cuando ya volvimos a residir en La Habana, aunque ya las co no ce ía a casi todas, pues me hice muy amiga de un grupo de mujeres que había en apadrinamientos de escuela, que es la organización ésta que, que buscan los padrinos para cada escuela y a nosotros pues nos tenían en gran consideración, al grupo español de Mé- xico, y fui muy amiga de muchas de ellas. Y además, en las ma ña nas trabajé bastante en el plan de una... Es que ahora no me acuerdo cómo se llamaban aquellas escuelas... escuelas diferen- ciadas llamaban allí a las escuelas de niñas anormales, y hu- bo una escuela diferenciada a la cual nosotros, la Unión de Mu- jeres Españolas de aquí de México, habíamos regalado dos máqui- nas de tejer, de las más sencillitas que había y todo eso. Pe- ro nunca pensamos que las... se las fueran a dar a las niñas cieguitas, sino creíamos que a las niñas retrasaditas mentales que les era más fácil ver los puntos, ver todo, pues resulta que no, que había un grupo de seis muchachitas ciegas y son las que aprendieron a tejer. Y entonces yo iba a darles... lo pri-

mero, a enseñarles cómo se desarmaba la máquina y cómo se volvía a armar, para eso yo tuve que llevarme una máquina a mi casa y desarmarla y armarla porque yo nunca había visto aquello. Después, darles la clase. Y de verdad que yo salía de allí asombrada todos los días, cada día más asombrada. Llegó un día que una de las niñas me dijo: "Maestra, se le ha escapado un puntico de muy cerca de la derecha porque yo he oído el ruidito". Yo que estaba con todos los ojos abiertos no había visto que había soltado un punto, y la niña ciega lo oyó, no lo pudo ver ni lo pudo tocar porque no estaba ella en la máquina, estaba yo. Y entonces empecé a buscar y era el punto noveno, el puntoto que de la derecha hacia el centro hacían nueve, que ella lo oyó. Y luego tejían unas cosas estupendas, porque ellas tenían... Estaba muy adelantado ese grupo, muy adelantado, y ellas no solamente te leían Braille, es que escribían ellas. Les dan una... como unas cartulinas, pero que eran.. era como un plástico, eso es, pero que era bastante dócil a una espatulita que ellas llevaban y ellas tomaban sus notas en Braille. Yo les decía: "Mira, aquí tenéis que menguar cuatro puntos, cuando empiece el escote de la manga..." Y ellas todo aquéllo se lo apuntaban. Que llegaban ya recto al escote de la manga, em-

pezaban a tocar aquéllo y cerraban sus cuatro puntos de cada lado, era una cosa notable.

CR.- ¿Entonces me decía que había hecho más amistad con cubanas que con españolas?

JD.- Pues yo hice mucha amistad con muchos cubanos. Además, pues, no sé, los encuentro muy parecidos a nosotros... Los encuentro muy parecidos a nosotros y sí congenié mucho y... todo eso, la amistad eran los ratos que a ellas les quedaban, porque esa gente que yo le digo también trabajaba muchísimo para la Federación y, concretamente, dentro de la Federación para apadrinamiento de escuelas. Entonces a ellas también les quedaba poco tiempo.. Pero son simpaticuísimas las cubanas.

CR.- ¿En qué año vuelve usted a México?

JD.- Volvimos el año sesenta y ocho, el día cinco de febrero, día de los...

CR.- ¿Cuando vuelve a México, cuál es su impresión nuevamente?

JD.- Bueno, yo he vuelto a México durante este tiempo cinco veces, pero para unos cuantos días, para quince o veinte días, pero sí cuando vuelvo ya para quedarme, es cuando noto, pues completamente diferente. Y, no sé, como que muy pesado, le

diré. No sabría explicar por qué, pero me costaba mucho acostumbrarme a esto.

CR.- ¿Entonces aquí nuevamente vuelve usted a tener un choque de adaptación, digamos?

JD.- Bueno, yo creo que eso lo he tenido siempre [risa].

CR.- ¿No se le ha ido todavía?

JD.- No, creo que ya no se me irá, ya no tengo yo las reacciones así como para acostumbrarme a una cosa...

CR.- Eh, dentro de este choque de adaptación, nunca le pregunté, ¿se adaptaron usted, tanto usted como su marido, porque en realidad sus hijos eran pequeños cuando llegaron...

JD.- Si, eran muy pequeñitos.

CR.- ...a la comida mexicana?

JD.- Bueno, esto sí es una cosa muy graciosa, yo a la comida sí me he adaptado. A la comida, quitado cuatro o cinco cosas, lo demás me gusta. Mi marido jamás, jamás probó una tortilla. Una vez que quiso probar una tortilla le hizo daño la comida, fue la gran catástrofe, estábamos invitados en casa de unos amigos y aquéllo fue horrible, porque se comió una tortilla... Nunca, nunca a él le gustó la comida mexicana, yo no sé al final. Pero, además, un poco de culpa de la falta de adaptación

mía la tiene él. Porque era, no sé, estaba equivocadísimo, el hombre llegó aquí y esto lo tomó como un apeadero, no como una cosa ya hecha en donde nosotros tuviéramos que estar y tuviéramos que crear nuestros intereses morales y nuestros intereses económicos y todo, no. El siempre ésto lo tomó como una cosa de paso y por lo tanto pues no le daba ninguna importancia. El le decía: "No, no, no -decía- pues si aquí vamos a estar unos meses". Bueno, todavía estamos aquí y afortunadamente estamos, esto es, estamos.

CR.- *¿Usted vuelve a ver a su marido cuando, esto, vuelve de Cuba?*

JD.- No, ya no lo ví. El estaba trabajando entonces por el Pacífico, creo que en Manzanillo. No era Manzanillo, no sé, creo que sí, Manzanillo. Ya no lo volví a ver. Bueno, lo volví a ver estando gravísimo.

CR.- *¿En qué año murió su marido?*

JD.- Pues murió... ¿en qué año nació el nene, Ramirito? Pues murió el diez de enero de mil novecientos sesenta y siete.

CR.- *¿O sea que estaba usted en Cuba?*

JD.- Sí. Y mis hijos, lógicamente, pues quisieron venir, porque precisamente estaba la hija casada, con sus dos hijos, estaba allí también pasando las Navidades con nosotros. Y le avisaron que

su padre estaba muy grave y que si quería verlo que se viniera. Lógicamente, también mi hijo quiso venir, él quiso venir y la esposa también, y yo también pedí venir. Todos pusieron unos ojos muy así, muy cuadrados, cuando oyeron mi petición, pero a mí es que me parecía que yo tenía obligación de venir. Ya no por él sino por mis hijos, porque mis hijos nunca habían llevado una pena grande en esta vida, era la primera que iban a llevar y era bastante duro.

CR.- ¿Sus hijos sí siguieron viendo a su padre?

JD.- Sí, sí, no con mucha frecuencia. Es decir, cuando el padre se desligó de nosotros, que él estaba en la frontera con Estados Unidos, estaba en Mexicali, entonces lo vieron poco. Pero después cuando ya bajó un poco más, ya estaba más cerca de México, y entonces, pues no con mucha frecuencia, pero sí lo vieron algo, sí lo vieron algo. Y sí se escribían, muy de tarde en tarde, pero se escribían, pero conmigo no, se rompieron por completo todas las relaciones. Pero yo quise venir pues por acompañar a mis hijos y porque me parecía que no, que no se puede llevar una actitud de arrogancia hasta el final, vamos, hasta allá, quiero decir, llevarlo a decir: "A mí no me interesa nada", no, pues sí. Yo lo sentí que se muriera porque era el padre de mis

hijos y porque era una persona que no era mala, era buena, entonces por qué no lo iba a sentir. Pero claro, habían pasado muchas cosas y no era el marido el que se moría; era un señor bueno al que tú habías conocido y habías tenido mucha relación con él, pero no era el marido.

CR.- ¿Usted entonces vuelve a México en el año sesenta y ocho?

JD.- En el año sesenta y ocho ya volvemos todos, y ya nos instalamos aquí, sí.

CR.- Su hijo también vuelve. Siguen militando, tanto usted como su hijo, en el Partido Comunista Español.

JD.- Sí.

CR.- ¿Su hija también milita en este Partido?

JD.- En ese momento no. Mi hija, en ese momento que usted dice del regreso nuestro, militaba en este Partido. Pero después ella pensó, y creo que no anda muy desencaminada, que puesto que vivíamos en México, que puesto que aquí había un Partido que representaba las mismas inquietudes que ella tenía y en el cual ella podría hacer un papel, pues si no más airoso sí más efectivo... Porque, desde luego, ya lo nuestro, lo nuestro en el Partido, pues no hay más que la relación y seguir lo que digan aquellos, pero en qué poco campo nos podemos nosotros desarrollar

Además, nosotros, el exilio en general en los distintos partidos he visto lo mismo, no precisamente en los que yo he militado, en los distintos partidos he visto lo mismo, tanto en Izquierda Republicana, como en los Socialistas, como todo, fue como una consigna: no meternos en la política de México para nada, la política interna es muy de México y los exiliados no teníamos por qué venir a remover una cosa que es pues de ellos y que nosotros no teníamos ningún derecho a hacerlo. Entonces, pues mi hija optó por pasarse al Partido Comunista Mexicano, que hoy están en la legalidad. Ahí ya, ya pueden... también nosotros -bueno, digo nosotros porque yo es casi como si estuviera-, estamos en la legalidad en España.

CR.- Usted llega en el sesenta y ocho que, desde el punto de vista político, para México es un año fundamental...

JD.- Es el año más nefasto que ha habido también.

CR.- ...y viniendo usted de Cuba, con esa conciencia, y habiendo colaborado tantísimo con el pueblo cubano ¿no se le plantea el problema de participar de alguna manera en el movimiento del sesenta y ocho o en algún otro campo?

JD.- Pues no, porque, precisamente, esto es lo que yo decía a usted antes, aún antes de hacerme usted esta pregunta, nosotros,

como tales refugiados españoles -aunque ya digo que yo tengo la nacionalidad desde el año cuarenta y ésa es la que empleo-, jamás, jamás nos hemos, nos hemos inmiscuido en política interior. Esos problemas del año sesenta y ocho eran internos, y muy internos y muy calando hondo, Entonces nosotros, nadie, nadie, ni el mismo Partido ni la dirección, nadie estaba inmiscui... inmiscuido en eso, nos limi... nos limitábamos a que había una manifestación, manifestarnos nosotros, siempre con nuestra pancarta y siempre diciendo que estábamos al lado de la gente revolucionaria de México. Y claro, pues este años sesenta y ocho, entre julio y agosto, fueron no menos de cuatro las manifestaciones que hubo y muy largas, entre ellas aquélla de, del silencio, aquélla del esparadrapo en la boca, que yo al final me lo quité porque ya no podía respirar, hasta el punto que [risa]... pero no hablé, y ¡para que yo no hablé allí hace falta algo! No hablé toda la manifestación. Pues sí, eh, nada más eso, pero tomar, recoger... ¡hombre! si recogían firmas para sacar los presos políticos, lógicamente ayudábamos a recoger firmas y esas cosas. Pero, tomar parte activa, es decir, tener nosotros una iniciativa propia, nunca la hemos tenido, esa es la pura verdad.

CR.- ¿Cuando vuelve usted a México se le plantea de alguna manera una

vuelta a España o ya piensa definitivamente quedarse aquí en México?

JD.- No, yo nunca, nunca, nunca había pensado quedarme definitivamente en México. No sé si al principio dije una vez que en lo único que estábamos de acuerdo mi marido y yo en la vida era en volver a España, siempre fue nuestro sueño y siempre pensamos en volver. Ahora, momento para volver no lo ha habido hasta la muerte de Franco, porque mi marido tuvo dos penas de muerte, yo como no era nadie no tuve ninguna, eso es una cosa muy lógica. Pero qué iba a hacer uno allí, a que lo metieran en la cárcel, o a que como... como extranjera tampoco podía actuar porque me hubieran puesto en el aeropuerto, me hubieran pagado mi boleto para México y me hubieran traído para acá. Y como española pues tampoco.

CR.- Bueno, pero el año sesenta y ocho ya las cosas eran diferentes.

JD.-, Ahora, en el año, el año sesenta y ocho ya mucha gente decíamos "cuando volvamos", "cuando volvamos", pero nunca, nunca, nunca habíamos pensado volver a... no digo con una democracia como hay ahora, pero aunque fuera que Franco hubiera levantado un poco más la mano, pero Franco nunca la levantó. Franco siguió fusilando gente, Franco siguió masacrando obreros, Franco siguió haciendo barbaridad hasta que... la barbaridad se la

hicieron a él, ¡qué bueno!

CR.- ¿Eh, usted ha sido de esas personas que se han planteado que hasta la muerte de Franco no volverían a España?

JD.- Ah, no, no, no, yo hubiera vuelto a España. Ahora que [tose] que por lo menos sí hubiera querido volver con garantía, imsibilitada de trabajar desde luego. Porque aunque creo que hubiera sido lo suficiente: llegar de América como para que, aunque tuvieramos otra nacionalidad de repente, pues se nos hubiera fichado y se nos hubiera vigilado y se nos hubiera hecho eso. Ahora, no, no dejó de ir la gente, hubo mucha gente del Partido que se fue, se instaló. Muchos han regresado, otros no. Incluso después de la muerte de Franco, es decir, gente que había ido antes de la muerte de Franco ha regresado después de la muerte de Franco, porque tienen intereses familiares aquí o porque pues ya nos hemos acostumbrado a vivir aquí. Y porque España ahora pues lógicamente no es la España que nosotros conocí-mos, nos es más ajena, en fin, más no, porque a mi España nunca me ha sido ajena antes, pero ahora sí nos es poco ajena, sobre todo la gente, ya no las cosas políticas y eso. Para mí España está en un momento muy importante de su historia, muy interesante, y vamos a ver qué pasa.

-CR.- ¿Usted no ha ido a España entonces?

JD.- Yo volví. Volví la primera vez el año sesenta y nueve, pero fui casi más que nada a ver a mi hermana, que es ya lo único... Tengo, tengo sobrinos carnales, pero, vaya, así de mi edad, pues casi es lo único que tengo yo allí, que está enferma. Me impresionó tanto, me impresionó tanto ver la soledad de aquella mujer, que yo le dije: "Yo voy a volver. Y voy a volver en cuanto pueda". Y efectivamente aquí arreglé, o desarregle las cosas, quien sabe, el caso es que año y medio después yo regresé con la intención de quedarme ya allí con ella. Yo aquí me dejé a los hijos y los nietos, porque es todo lo que tengo en el mundo, y claro que me tiraba muchísimo la familia, pero no sé, me parecía, me parecía que yo debía de sacar a aquella mujer de allí de su, de su sanatorio, y que hiciera una vida no conventual como la hace, se pasa el día rezando y todo. Comprenderá que en eso [no] estábamos muy de acuerdo, pero bueno. [Risa].

CR.- ¿Y cuál fue su impresión al volver a España?

JD.- ¿Cuándo volví la primera vez?

CR.- Sí, la primera, y luego ya la segunda.

JD.- Pues bueno, muy diferente las dos. Porque la primera vez yo

iba de turista, y a la gente la reciben muy distinto cuando va de turista que cuando va a quedarse allí. Esa es la impresión general que tengo yo, no solamente de mi familia sino de todos.

[Interrupción de la grabación].

CR.- Decía usted que de las dos veces que había vuelto a España había tenido dos impresiones completamente diferentes, me estaba explicando de su experiencia en...

JD.- Sí, bueno, la primera vez, cuando yo fui de turista, me dio la sensación -y además no es a mí sola a la que le ha pasado esto, he oído varias versiones muy parecidas- pues da la sensación de mucha alegría: la tía que viene de allá, la hermana que llega, tantos años sin vernos. Mucha emoción, todo lo que tú quieras: qué bonito es México, qué ganas tengo de ir a verlo; todo eso. Nosotros, pues... llegar allí para mí fue impresionante. Cuando, cuando las ruedas del avión tocaron tierra en España yo me eché a llorar porque... es que yo no me lo podía creer que es que yo volvía otra vez allí. Hubo dos compañeras de viaje muy graciosas, una muy jovencita y una mayor, muy amigas mías las dos, y se echaron a llorar conmigo, y les digo: "Vosotros de qué lloráis si ya habéis venido otras veces". "Ah, de verte a tí". [risa]. Era una contestación muy buena. Bueno, pues

no sé, te toman así como una novedad. Pero cuando ya vas para quedarte allí, es decir, ya te toman, a mí me dio esa sensación por lo menos, como el que se ha transcurrido un momento difícil, y dicen: "Tú en la posguerra te fuiste y estuviste allí muy tranquila", porque además se creen que todos aquí, en América, pues hemos atado los perros con longaniza, que esto ha sido así una cosa que todo el mundo ha hecho dinero a lo bestia y todas estas cosas. Y nosotros no hemos pasado todo eso. Y ahora, por sentimentalismo, por lo que sea, tú vienes y sí, te notas que es muy distinta la reacción, muy distinta. Además yo encontré a la gente muy dolida, absolutamente beatos, porque yo a eso no le llamo ya ser religiosos, un fanatismo enorme. Mi hermana por ejemplo era muy republicana, no más revolucionaria que republicana, pero muy republicana, y me la encontré diciendo que tenía mucho que pedir perdón al cielo porque se había portado muy mal en la guerra, porque era republicana. Entonces...

CR.- ¿Cuál fue su reacción al oírle decir eso?

JD.- Bueno, pues yo me quedé creyendo pues que lo de la arterioesclerosis, que tiene un poquito, pues que no era tan poquito, eso es lo que me pareció. Luego parece que no es sólo eso, pero... No, pues me hizo una... me hizo una impresión muy rara, por

que le dije: "Pero bueno qué es lo que..." "Ah, no, no, no, yo no he debido de pensar..." Como le dije: "Pues hija, para mí lo hiciste muy bien, porque a mí me ayudaste cuando yo estaba en Francia y todo, pues las cartas vuestras me servían de mucho consuelo y para mí era una ayuda" y todas esas. Entonces, no, no había porque estar tan seria, pero, en fín, ella pensó que no había rezado bastante.

CR.- ¿Y cuánto tiempo estuvo usted viviendo en España?

JD.- En el segundo viaje estuve trece meses.

CR.- ¿En dónde vivía?

JD.- Eh, yo viví en un pueblecito muy cerquita de Valencia que se llama Godella, Alquilamos allí un departamentito porque aquel pueblo tenía un ventaja sobre la ciudad, eh, mi hermana podía estar allí más cómoda, podía ir vestida de otro modo, incluso con zapatillas y con batica, podía pasear por allí cerca. Hay unas pinaditas muy agradables cerca de aquel lugar y mucho menos movimiento de coches y todo eso que en la misma ciudad. Y además está a doce minutos en un tren eléctrico, de modo que es muy cómodo vivir allí.

CR.- ¿Y allí trabajaba usted?

JD.- No, yo no trabajaba. Mis hijos me mandaron dinero como siempre

me han seguido dando y todo, mi hermana cobraba un retiro de cuando ella trabajó, cobraba de, del seguro, que no sé cómo se llama allí, del seguro creo que se llama también.

CR.- ¿Y por qué vuelve usted a México?

JD.- Bueno, yo volví a México porque vi que lo de vivir con mi hermana era imposible. Ella pa... Bueno, lo primero, le hicieron la décima cuarta operación en el abdomen, entonces ya es una cosa que, que uno pues ya no, nunca podrá reaccionar ya bien. Le pusieron el peritoneo de plástico, un pedazo de plástico que me enseñaron a mí y que yo tuve que firmar dando pues la autorización porque no había otra persona -ella no la podía dar, era yo-, entonces autoricé a que le pusieran aquella red allí encima, se puso muy mal, pero tiene una fortaleza enorme y reaccionó. Entonces ella se ha pasado conmigo, en el departamento, dos temporaditas, una de veintiún días y la otra de veintinueve, y en las dos me la he tenido que llevar en la madrugada al sanatorio: una vez en ambulancia incluso, que la tuve que pedir a Valencia; y la otra vez en un taxi, sencillamente. Pues no, pues es asmática, ahora mucho el sanatorio aunque ella diga que no, lo ahora muchísimo, se ha metido ya en aquel ambiente de tanto rezar, de tanto resignarse, resignarse a todo

lo que le pasa-se lo manda Dios, dice ella. Yo veo eso de un mal gusto, pero pobrecita.

CR.- Entonces realmente se volvió porque...

JD.- Porque no tenía objeto, es decir, yo me había separado de, de mi gente, ¿no?, de lo que hoy constituye mi familia, que son mis hijos y mis nietos. Eh, además yo salí de España hacia... yo salí de México hacia España, pues no es que ellos me dijeran "pues ahora te quedas", pero a ninguno les hizo muchísima gracia. Yo veo que casi tenía razón, pero un poco de quijotada eso de ir y decir: "Ahora verás que ahora voy a sacar aquella de allí". Pues si ella quiere estar allí, pues que esté allí. De todos modos este invierno pasado la volví a ver y me hizo la misma impresión: unas ganas de... no sé, de arrancarla de aquéllo, de ver que reaccionara de otro modo. Entonces estuve trece meses, después de la última vez que yo la tuve que llevar de noche al sanatorio pues yo esperé bastante más a ver si aquello se iba arreglando un poco... No, esto fue como por el mes de octubre y yo regresé en febrero, y ya quité el departamentito, y ya me fui a casa de una amiga a Valencia y estuve como veinte o veintitantos días allí. Iba continuamente al sanatorio a verla porque tenía un permiso especial [ruido], me aproveché cuando

ella estaba muy malita y me dieron este permiso.

CR.- ¿Y con sus amistades de Valencia, porque yo no le quedan otros familiares, con sus amistades de Valencia congeniaba usted, se sentía a gusto entre ellos?

JD.- No. Casi todas mis amistades o estaban nada más que preocupándose del dinero o eran fascistas, así que no, no había relación posible, no había relación posible. Luego tengo unos sobrinos carnales en la provincia de Murcia, pero pues también lo mismo: "la tía Juana, muy señora mía, se ha pasado treinta y ocho años en el otro lado del mar". A uno de ellos... uno de ellos nació cuatro años después de estar yo aquí, y el otro pues era muy pequeño cuando lo dejé de ver.

CR.- ¿Entonces pues regresa usted a México nuevamente?

JD.- Sí, ya.

CR.- ¿Cuando muere Franco cuál es su reacción?

JD.- Ah, bueno, pues mi reacción pensar, lo primero, la alegría grandísima de pensar pues cómo estaría el pueblo español en ese momento, ¿no? La, de la de planes que había, que habían proyectado todo el pueblo, unos con más intensidad que otros, pero todo el mundo, y que ya se iban a poder hacer realidad, eso lo primero. Y lo segundo, otra vez la sensación de gana de ir, pero una gana tremenda de ir. Sin embargo, me aguan

té bastante [risa] porque estuve pues más de dos años después de morirse Franco sin ir. Y luego fui porque mi hijo, bueno, el matrimonio y los niños y todo se habían ido a pasar una temporada a España, y yo fui a pasar las navidades con ellos.

CR.- ¿Cuál fue la impresión de...que recibe en España ya de...ahí, después de la muerte de Franco?

JD.- Pues mucho "destape". Encuentro muy inseguro todavía al pueblo español, creo que esto es una cosa muy lógica de haber estado tanto tiempo sin que lo dejaran pensar. Es decir, leyendo en los periódicos qué quería el fascismo que se escribiera, leyendo incluso la literatura que allí daban por buena y que se tenía que leer, con muchísimas cosas que les faltaban, y me parece que es una reacción, hasta cierto punto, en un pueblo tan vehemente como es el español, pues muy natural. Luego hubo una ola esa que han llamado del "destape", pues las chicas más destapadas que en ningún sitio del mundo. Ya no había, no, ya no hay ninguna revista que se pueda pedir más rara que las que venden allí. Pero todo eso, pienso, querrá irse quedando quieto. Ahora están las aguas muy revueltas, y políticamente me parece que, pues que todo va demasiado bien.

CR.- ¿Y en ese momento, cuando vuelve usted después de la muerte de

Franco, se hubiera usted quedado a vivir en España, a pesar de la primera experiencia?

JD.- Yo sí, yo sí, a pesar de la primera experiencia y, además, quizá sin hacer tanto hincapié en que mi hermana tenía que cambiar de régimen. O sea, dando por sentado que si ella lo elegía así, pues eso sería lo mejor para ella. Pero de todos modos, ya le digo, cuando fui a verla salí de allí con la misma sensación de angustia que cuando yo decidí eso, la primera vez que yo regresé a México, con una sensación de angustia y de decir: "Bueno, pero si no puede ser que la familia se separe así, aquí está esta mujer porque no tiene con quién estar". Porque allí no tiene nada más cercano que sus sobrinos, sus sobrinos tienen sus intereses familiares, sus preocupaciones, sus hijos, su trabajo. Y, la verdad, uno cuando ya es anciano pues da muchos dolores de cabeza, y si los chicos ven que ella allí está a gusto y eso, pues le han mantenido el gusto. Yo llegué así: "No hombre, eso no puede ser -muy don Quijote-, ahora verás tú, ésta la sacó yo y va a vivir conmigo". Y aquella toda emocionada también de pensar que ella... pero una emoción pues que pronto se le pasó. Pero es que, además, no podía por su salud, si no está muy cuidada o en una casa en donde la persona que

viva con ella sepa mucho de enfermería, pueda en un momento dado ponerle un suero, o pueda en un momento dado hacer algo así, pero yo eso soy negada, para eso soy negada.

CR.- ¿Qué sintió usted o qué opinión dio cuando México reanuda relaciones con España a la muerte de Franco?

JD.- Bueno, me pareció muy lógico, me pareció muy natural. Es decir, creo que en el fondo el... los gobiernos mexicanos, porque ya se han sucedido muchos desde la ruptura ¿verdad? que los gobiernos mexicanos, en el fondo, pues creían que era beneficioso para España y para México mantener relaciones entre sí. Sin embargo, pues ha sido un gesto muy gallardo, como no ha habido otro en el mundo, el de decir: "Nosotros con ese señor no queremos nada y nos mantenemos firmes en esto". Y es verdad, no ha habido otro gobierno en el mundo que lo haga, mucha gente que primero no lo quería y lo despreciaba y todo eso, al fin cayeron, o por compromisos diplomáticos o por compromisos comerciales o por los... lo que sea, y México no. Y entonces, a mí me pareció una ocasión muy buena, una ocasión muy buena para volver a, a que se entendieran las dos naciones.

CR.- ¿Entonces no se termina en usted... -bueno, yo sé que no-, persiste en usted el sentimiento de refugiada española?, ¿o este senti-

miento, este status tan peculiar, se ha terminado?

JD.- [Risa]. Para mí no se ha terminado, yo me sigo sintiendo [¡úy! perdón por el cajoncito, perdón [risa],] me sigo sintiendo igual de refugiada, por ejemplo, que en el año cuarenta y uno o cuarenta y dos, sí me sigo sintiendo. Desde luego que oficialmente pues no, yo no soy ninguna refugiada ya, desde el año cuarenta, ya no soy una...

CR.- No, bueno, oficialmente no, claro ¿Pero de sentimiento?

JD.- Pero, pero sí me siento, me siento, y quizá ahora me siento de un modo más peculiar, porque ahora me siento refugiada voluntaria [risa]. O sea, es de otro modo, ¿no? Ha cambiado, pero yo sigo siendo refugiada, pero es que ahora es que quiero estar aquí; porque yo quiero estar con mi familia, la verdad. Si hubiera podido ser que todos hubiéramos estado allí o la mayor parte o lo que fuera, pues muy bien. Pero no puede ser; pues todos aquí.

CR.- Eh, sigue usted participando...porque ya nos dijo que no, que de momento no militaba en el Partido Comunista Español por una serie de problemas... Eh, ¿Considera usted que todos estos grupos que quedan de los partidos españoles en el exilio -concretamente del Partido Socialista y del Partido Comunista, que pienso

que han sido los dos únicos partidos que se han mantenido con una cierta coherencia-, ¿considera usted que estos partidos tienen razón de ser hoy en día en el exilio?

JD.- En absoluto, en absoluto. Es más, yo creo que la muerte de Franco debió de acabar con esa, con esos grupitos. Y digo la muerte de Franco, porque antes, como ya lo he dicho en dos ocasiones anteriormente, pues políticamente nosotros no teníamos nada que hacer en España, pero hoy sí. Hoy tenemos que buscar la unidad, agrupar a cuanta más gente mejor, y me parece que esto no solamente ya es que es dañino sino que además es impropcedente políticamente, ya no se puede tolerar lo de los grupos. Por eso yo, que no estoy cien por cien, -pero sí estoy noventa y tantos por cien-, cien por cien con el Partido de hoy, prefiero no militar en ningún sitio que no lastimar a este Partido, al que en el fondo quiero muchísimo porque allí empezaron todos mis trabajos y allí empecé yo a sentir una responsabilidad política que, más o menos bien, pues he procurado mantenerla.

CR.- ¿Y entonces, según esto, participaría usted de alguna manera en actividades o eventos que llevará a cabo la nueva Embajada de España en México?

JD.- Bueno, por qué no, por qué no, sí. Bueno, eventos sociales y

eso no, ahora, cosas pues de un fondo más político o más cultural o lo que sea pues sí. Ahora, eso de que están buscando a la gente ahora que tenga un pasaporte español, y todo el que tenga un pasaporte español puede ir a saludar a los Reyes determinado día, pues a mí eso me parece un poquito de ridiculez, pero en fin, como son los únicos reyes del mundo... los únicos reyes en el mundo que son tan demócratas, pues a lo mejor vale la pena conocerlos ¿sabes? [risa].

CR.- ¿Iría usted entonces a conocer al Rey?

JD.- No, no, no. No sé, no me llama la atención ese personaje. Me gustaría, por ejemplo, conocer a Suárez, pero al Rey no.

CR.- ¿Simplemente porque no le llama la atención o porque todavía queda algo de rencor o resquemor?

JD.- No, no, no le tengo ningún rencor ni ningún resquemor, pero de todos modos creo que es un señor, pues, bastante discreto, para no echarle flores más fuertes ¿verdad?, bastante discreto, que está levantando a uno la mano más bien que el otro, pero de todos modos yo he considerado un rey en cualquier país un poco figurón, un figurón. Entonces, nada más eso. Es decir, mi sentido de los sistemas políticos hoy, pues es otro que la monarquía. Veo que aquí pues el monarca es muy mono y que deja

a todos los partidos que salgan a la legalidad y que, que se vendan los periódicos y que todo. Es muy mono, la señora es también muy mona, pero pues... nada.

CR.- Usted en México, eh, en un principio, sobre todo cuando estuvo en provincia, habló de que tenía amigos mexicanos, ¿ya cuando llega a vivir al Distrito Federal, y a partir de entonces, sus amigos en su mayoría son mexicanos o en su mayoría son españoles?

JD.- En mi mayoría, en mi mayoría son españoles y del Partido, porque el trabajo aquí no dejaba tiempo. Y ahora yo ya no trabajo, ya de cuando en cuando digo que hago algo pero no hago nada, pero cuando uno tenía que trabajar y asistir a la reunión y hacer campaña como hacíamos, pues campañas económicas más que nada porque políticas pocas podíamos hacer aquí ¿verdad?, pero venta de bonos para recoger... para pagar abogados, para sacar presos de la cárcel, para pasar a las familias, cosas ésas que hacíamos, con eso ya se te iba toda la vida, toda la vida, aquí no quedaba tiempo para nada. Mucho tiempo tirado a la calles, pues sí, porque luego nos convencimos, el dinero siempre ha hecho mucha falta para cualquier cosa política, pero luego nos convencimos de que nosotros allí...nues-

tro papel político que hacíamos aquí, allí no tenía nada. Y la prueba de que no tenía nada qué hacer, es que el día que Carrillo tiró de la manta, tiró de la manta sin consultar a ninguna delegación de ninguno de los refugiados que había en el mundo. El señor era secretario general del Partido y dijo: "Esta es la línea, el que quiera que se quede y el que no que la deje". Y a pesar de no aprobarlo cien por cien y todas esas cosas, yo hoy tengo la seguridad de que hoy el Partido está representado en el Congreso, por la política de él sencillamente, más buena o más mala, eso yo ya no lo voy a discutir.

CR.- Y hablando de Carrillo, ¿está o no está usted de acuerdo con la nueva teoría del eurocomunismo, cómo militante comunista?

JD.- Es que yo no entiendo por qué se tiene que llamar eurocomunismo, porque no en todos los países de Europa se tiene la misma ley. Porque, no sé, es un comunismo diferente, pero es un comunismo que tiene la misma raíz, por qué le vamos a cambiar el nombre, lo del "euro" yo no lo veo, es un comunismo. Para mí los yugoslavos no se llaman más que comunistas y los rumanos igual, y si me apuran mucho ahora pues los húngaros, así que... Y no se llaman más que comunistas, por qué nosotros no tenemos que poner el "euro" delante, porque parece que es que toda

Europa esté con la doctrina ésta, no. Hay tres naciones, dos de ellas muy importantes, con unos Partidos muy antiguos, que son Francia e Italia, que sí, que siguen esa misma doctrina, pero eso ya no, no es toda Europa, ni mucho menos. Ahora, a mí, el programa tal y como lo lleva este hombre, me parece que lo lleva muy habilidosamente...

CR.- ¿Este hombre, Carrillo?

JD.- Ese hombre, Carrillo, sí. Ese hombre que es el secretario general que, que me parece que sí, que hoy él no está conforme con otros sistemas más antiguos, bueno. Eso no importa, lo que importa es ver si ese sistema en España puede hacer el papel para lo que se creó, para lo que lo inventó Marx y Engels. Eso es lo que interesa, con un nombre o con otro, yo lo del eurocomunismo es que no lo entiendo que se llame eurocomunismo porque hay muchos más, muchos más países que ya son comunistas, entonces que en Europa que, que siguen esa doctrina, entonces me parece muy raro llamarles eurocomunistas.

CR.- Eh, ustedes en México, ¿han consultado siempre médicos españoles o han recurrido a médicos mexicanos?

JD.- No, también médicos mexicanos. Pero en general médicos españoles. Bueno, primero, porque hubo una agrupación que la lle-

vaba... bueno, que la pagaba un señor, búlgaro creo que era él, este Barsky, yo no sé si era bu... creo que era búlgaro, que pusieron aquí una clínicita, aquí en la Avenida Tacubaya, y todo, y eso lo llevaban médicos españoles.

CR.- ¿Y para qué se funda esa clínica?

JD.- Bueno, se funda como, como una clínica gratuita para todos los refugiados españoles.

CR.- ¿Recuerda usted el nombre de los médicos que participaron allí?

JD.- Uy, pues recuerdo algunos. Recuerdo al doctor Moré, fallecido ya; el doctor Soriano, que vive; el doctor Mas, que vive; un doctor dermatólogo, que no me puedo acordar cómo se llamaba, el doctor Comesaña. Pues muchos, muchos, pero... [risa] ahora se me escapan, pero muchos. Entonces ya nos quedó eso de que "ah, pues vas al Barsky o no vas al Barsky"

CR.- ¿El Barsky le llamaban a la institución?

JD.- Barsky, sí, porque ese señor se llamaba Barsky.

CR.- ¿Y, y, y esa institución era para todos los refugiados?

JD.- Para todos los refugiados españoles.

CR.- Y los médicos que colaboraban, porque realmente...

JD.- No cobraban.

CR.- ¿No cobraban?

JD.- No cobraban.

CR.- ¿Eran todos militantes del Partido Comunista?

JD.- No, no, no. Eran varios militantes del Partido Comunista pero otros no.

CR.- ¿Usted nunca ha hecho uso de la Benéfica Hispana o del Sanatorio Español?

JD.- No, nunca, nunca.

CR.- ¿Por qué?

JD.- Pues no sé, no me ha convencido mucho, nunca. Si me hubiera afiliado a alguna creo que hubiera ido a la Benéfica, más que el Sanatorio. El Sanatorio encuentro que es un poco así en serie, no sé, hacen las cosas un poquito en serie. Fui yo una vez, sin ser socia, a que me hicieran unos análisis, y era un análisis de sangre, entonces nos metieron a seis señoras en la misma habitación, así. Y todas con las braguitas bajo y pasaba la señorita, ¡pum! un pinchazo a una, ¡pum! un... Pero bueno esto qué seriedad. A todo esto, el tubito de ensayo donde iba a ir la sangre lo teníamos nosotros en la mano, así, sin más tapar y sin más nada, no. Y luego sí he ido al Sanatorio Español, precisamente una vez, a donar sangre, que por cierto me trataron estupendamente bien, a donar sangre para una amiga mía que es

taba muy mal, había tenido una enorme hemorragia, que ya ha muerto, esta mujer ya ha muerto, una amiga francesa.

CR.- ¿En algún momento ha tenido usted relación con antiguos residentes españoles en México?

JD.- No. Bueno, he tenido relación pero no una relación de amigos, he tenido relación con una señora que, que tenía una casa de ropa de niños y yo le trabajaba algo a esta señora. Pero así, amigas y eso, no, antiguos residentes no, yo no tengo a nadie. Conocí a esta señora y luego la sobrina se casó y ella a su vez puso otra tiendita de ropa de niños y también le trabajé, se portaron bastante bien conmigo, siempre muy gentiles, muy, muy católicas ellas, muy fervientes y todo lo que tú quieras, pero con mucho respeto para los demás.

CR.- No recuerdo si le hice la pregunta de, ¿en qué colegio habían estudiado sus hijos?, creo que no.

JD.- Ah, mis hijos estudiaron en el Instituto Luis Vives, de aquí, creado por los refugiados también, un patronato.

CR.- Sus hijos... bueno, ya habló antes de que su hija se había afiliado al Partido Comunista Mexicano...

JD.- Sí.

CR.- ...lo cual quiere decir que está asimilada al país.

JD.- Sí, mucho. Ella está, afortunadamente, ella está muy asimilada y digo afortunadamente porque es mucho más grato vivir así, ¿no?, que vivir en contra de la corriente.

CR.- ¿Y su hijo se ha asimilado de igual manera?

JD.- Pues yo creo que también. Yo creo que sí [risa], no sé si tan to, pero yo creo que sí.

CR.- ¿Milita en algún partido?

JD.- Bueno, yo no lo sé, yo sé que él tenía idea, ahora cuando vino de España, que tenía idea también de militar en el Partido Comunista Mexicano, pero no sé si habrá efectuado ya su traslado o qué, eso no lo sé.

CR.- Bueno, pues yo creo que hemos terminado, ¿no quiere usted añadir nada que a mí se me haya pasado?

JD.- Pues no sé, no se me ocurre nada, ya ve que yo soy mujer de po cas palabras [risa].

ANEXO A LA ENTREVISTA DE JUANA DURA. PHO/10/6, REALIZADA POR CONCEPCION RUIZ-FUNES, EN EL DOMICILIO PARTICULAR DE LA ENTREVISTADA, EL DIA 7 DE MAYO DE 1980.

CR.- Bueno, estoy realizando esta entrevista porque al releer la tuya, que ya está transcrita, terminada, etcétera, nos damos cuenta de que tuviste una gran relación con la llegada del Sinaia. Entonces, para irte ordenando un poco la mente, cronológicamente, yo voy a ir por partes, independientemente de que luego tú amplíes o... ¿Tú llegas a Veracruz y te quedas a vivir en el Arnús, en el mes de febrero de treinta y nueve?

JD.- De enero.

CR.- De enero, bueno. Cuanto tú llegas a Veracruz en el mes de enero de treinta y nueve, ¿ya estaba funcionando el SERE?

JD.- No.

CR.- ¿Cuándo empieza a funcionar?

JD.- Pues yo exactamente no sé, porque el SERE funcionaba desde aquí, desde la capital, pero...bueno, y desde París, pero... pero yo creo que el SERE vaya a ponerse a funcionar, pues cuando empiezan a contratar los barcos para sacar de los campos de refugiados, de los campos de concentración, a los refugiados que tenía que venir aquí. Y eso todavía no se... todavía no se estaba ejecutando.

porque el Arnús, bastante antes de llegar el Sinaia que fue el primer barco como ya hemos dicho varias veces, pues sí sabemos de las gestiones que se estaban haciendo, y de la gente que estaba ya a bordo pues preparando la llegada y todo, mucha gente enviada por el presidente de entonces, Cárdenas.

JD.- ¿Gente enviada por el gobierno de México?

JD.- Porque el gobierno de México para preparar la llegada...

CR.- A ver, entonces vamos por partes. ¿Entonces, desde enero que tú llegas, hasta junio que llega el primer barco, el Arnús no tiene ningún contacto con el SERE o con el gobierno de la República en México?

JD.- No, ni el gobierno... tú dices el gobierno mexicano.

CR.- No, no, el gobierno español.

JD.- El gobierno de la República todavía no estaba instalado en México.

CR.- Pero ya había representantes.

JD.- Pues sí habría representantes, pero que yo sepa no había nada, hasta, como te digo, ya, yo creo que eso sería finales de abril o primeros de mayo que ya empezó a llegar gente allí, por ejemplo, estuvo gran temporada Lombardo Toledano.

CR.- ¿Gente del gobierno mexicano?

JD.- Gente del gobierno mexicano. Estuvo también Indalecio Prieto, o sea gente que estaba ya preparando la llegada del barco, políticamente, o sea en el plan político, podríamos decir. Pero durante los primeros meses que yo estuve, el Sinaia no era más que el hotel, digamos...

CR.- El Arnús, el Arnús.

JD.- El Arnús, perdón, el Arnús no era más que el hotel, podríamos decir, de dos familias de dos tripulantes de dicho barco y de la mitad de la tripulación que se quedó. La función del Arnús no era ninguna, política ni no política ni nada. Había una cosa muy singular, que no recuerdo si la contamos en la primera entrevista, pero que era que hasta lo menos, lo menos mediados de marzo, o quizás finales de marzo, la bandera de la República se izaba a bordo del Arnús y se retiraba a las seis de la tarde, como si, como si la bandera estuviera vigente.

CR.- Sí, eso me acuerdo que lo contaste.

JD.- Era la última del mundo que se izó.

CR.- Bueno, entonces tú dices que empiezan a llegar represent... políticos, españoles y mexicanos.

JD.- Sí.

CR.- ¿Y qué hacen estos políticos?

JD.- Ah, pues no sé, ellos tenían allí sus conferencias, y yo sé... Pero fíjate, por ejemplo, la estación de telegrafía no funcionaba, así que todo eso no se podía... es decir, directamente con Francia, a bordo del Arnús... -porque nosotros estábamos fondeados en medio de la bahía, las dinamas no funcionaban, no teníamos electricidad a bordo, nos alumbrábamos con mecheros de esos de gasolina, que dan una luz tremenda, pero que no sirven para otra cosa-, y, y todo se haría, pues quizás a través del Consulado, que había en Veracruz, de la República Española había un consulado.

CR.- ¿Y vosotros, desde el barco bajábais al puerto o...?

JD.- Sí.

CR.- ¿Con frecuencia?

JD.- Casi todos los días, porque además, había como... lo menos como catorce o quince marineros...

[Interrupción de la grabación]

JD.- Sí, que bajábamos, porque había unos cuantos marineros que se habían hecho lo que ellos llamaban unas cachuchas, que eran unas barquitas sin quilla ni nada, con el piso plano, y nos cobraban quince centavos por persona para llevarnos al malecón. Y entonces bajábamos todo lo que queríamos, a lo mejor a tomar un agua de limón, bajábamos; pues ya, por aburrimiento también.

CR.- Entonces cuando empiezan a llegar estas autoridades mexicanas y del SERE o del gobierno, llamémosle, ¿vosotros ya empezáis a tener noticias de que va a llegar un barco?

JD.- Bueno, nosotros sí. Empezamos a tener noticias de que va a llegar, eh, de que van a llegar varios barcos con refugiados, y la misión oficial del General de que todo mundo que quisiera que viniera y todas esas cosas. Pero a bordo, preparativos, cómo te diré yo, materiales, yo no sé políticos los que se haría, pero como te digo, no había* funcionando la telegrafía, así que directamente de allí no podían ser, pero los...

CR.- ¿Y qué recuerdas tú cuando empezaron a llegar estas noticias, que supongo que además también las daría la prensa, la prensa local?

JD.- Sí, sí, también decían algo.

CR.- ¿Cuál, cuál fue...a la tripulación que había en el Arnús se le informa esto de una manera oficial, o no?

JD.- Ay, yo no sé si les av... pero sí estaban enterados ellos porque, desde luego, vino el reparto de trabajo.

* Quiere decir: estaba.

CR.- A ver, esto me interesa mucho.

JD.- La tripulación no estaba completa, como te digo, porque la tripulación, como a finales del treinta y ocho o por ahí, el gobierno de España pidió la mitad de la tripulación. Todos hubieran querido irse, pero, claro, aquí tenían que quedar gente de mantenimiento. Entonces, a esa gente que quedó, concretamente, había que distribuirla para que hubiera bastante personal. Naturalmente que un barco que está fondeado o anclado, no necesita tantísima cantidad de gente como uno que está navegando; ahora, las máquinas se pusieron, se encendieron las máquinas para poder producir electricidad cuando llegó la gente, y el barco pasó a atracar a un muelle.

CR.- ¡Ah!, el barco pasó a atracar a un muelle.

JD.- El barco estaba fondeado en medio de la bahía, con una estacha* en la proa y otra en la popa, pero el barco pasó a funcionar; pero esto pasó como cuarenta y ocho horas antes de la llegada. O sea, ya se había hecho limpieza, ya se habían preparado, habían llevado cantidad de catrecitos, así, pero cantidades como

* Cabo.

de ochocientos o de novecientos o... para que la gente pudiera...

CR.- ¿Y cuál fue la reacción de las dos familias que vivíais allí y de la tripulación que quedaba allí, al saber la llegada del primer barco?

JD.- Ah, pues estábamos muy contentos de saber que nuestra gente pues tenía un país en el mundo que le hubiera abierto las puertas y que los acogiera, y que estuviera dispuesta a buscarles trabajo y acomodo para todos.

CR.- ¿Y tú concretamente, realizaste algún trabajo cuando, cuando se plantea que el Arnús va a...?

JD.- No, no, porque las dos señoras, que éramos las únicas que estábamos, bueno sin dorarlo [risa]...la verdad no servíamos para nada en aquel momento. Unicamente, ya el día que llegaron todos, sí -bueno, si quieres esto te lo cuento un poco más ordenado, que aquel día servimos para bañar bebes, que venían deshidratados todos, pero bueno...

CR.- Bueno, a ver, entonces vamos a ver: ¿se le comunica a la tripulación del Arnús que va a llegar el Sinaia?

JD.- Bueno, y se le comunica sobre todo a su comandante...

CR.- ¿Quién era?

JD.- Pues era... fíjate que no me puedo acordar del nombre, era un señor mexicano que era teniente de navío en la escuadra mexicana.

CR.- ¿Y por qué era él el comandante del barco?

JD.- Bueno, porque cuando se llevaron a la tripulación, a finales del treinta y ocho, se llevaron también al capitán español que había. Al perderse la guerra, estaba mucho más protegido el barco así ¿verdad?, por Cárdenas, y entonces él puso como capitán del barco a un teniente de navío.

CR.- ¿De la Armada Mexicana?

JD.- De la Armada Mexicana, que lo teníamos allí al lado cuando estábamos fondeados.

CR.- ¿Y vivía, vivía arriba, vivía en el barco?

JD.- Bueno, hacía, la misma vida que él hubiera hecho a bordo de su barco, la hacía en el Arnús. Sí, comía al medio día, comía por la noche, la señora venía a veces a comer también. Y, pues despachaba, no sé lo que despacharía porque las cuentas, la administración, eso no lo llevaba el capitán. Es decir, económicamente el barco todavía dependía del consulado español en Veracruz; y me acuerdo que nos daban un sueldecito y todo, semanario, a todos los que estábamos, tanto las dos mujeres, menos a los niños, nos da

ban nuestro, creo que eran cuatro o cinco pesos...

CR.- Cinco pesos decías.

JD.- Semanarios, para cigarrillos y jabón y todo eso.

CR.- Bueno, entonces ya se le informa a la tripulación del barco que va a llegar el Sinaia.

JD.- Y se organiza todo el trabajo de a bordo, como de un barco receptor, nunca de un barco que va a navegar, o sea de un barco hotel. El trabajo que más tenían que hacer, aparte de los de máquinas, los demás, pues era un trabajo de mantenimiento y cocina, que se metieron muchísima gente o la cocina, porque claro, los de la cocina...

CR.- ¿Se aumentó el personal con mexicanos o...?

JD.- Sí, porque... No, no, no, no, no, entonces eran ciento y pico de hombres los que quedaban todavía, aparte de los poquitos oficiales que había de la tripulación, eran ciento y pico de hombres los que quedaban.

CR.- ¿Que vivían todos en el barco?

JD.- Que todos vivían allí, claro, todos.

CR.- ¿Y el barco tenía capacidad para albergar a los que venían?

JD.- No, no, en absoluto. Ese barco era un barco de lujo y estaba preparado como para seiscientas personas, entonces los primeros

días, sobre todo, que fue fatal, la gente dormía en cubierta, en la cubierta de arriba y en todas las cubiertas, con unas lonas protegidos, porque además era tiempo de aguas, en catre citos. La suerte es que era Veracruz y hacía mucho calor, y no se necesitaban mantas ni nada, una sábana para abajo y una para arriba a cada persona y vámonos.

CR.- Bueno, entonces durante cuarenta y ocho, cuarenta y ocho horas, dices que el barco lo mueven...

JD.- Cuarenta y ocho horas o por ahí, más de dos días no creo que fueran.

CR.- ¿Lo mueven al muelle?

JD.- Y atraca, atraca a uno de los muelles.

CR.- Y entonces empiezan a subir todo lo necesario para dar alojamiento...

JD.- Y entonces empiezan a subir y a sacar de cosas que había guardadas, pues para alojamiento para tanta gente. Se hacen contratos también con una panadería o dos panaderías, porque en el horno de a bordo no se podía cocer pan para tantísima gente, aunque estaban los hornos trabajando a toda la capacidad.

CR.- Pero sí las cocinas, sí tenían capacidad.

JD.- Las cocinas sí, por eso, por eso se tuvieron que poner a andar las dinamos, porque hubiera electricidad, porque hubiera moto-

res, porque hubiera de todo. Tú, fíjate tú, si no los baños cómo iban a haber funcionado sin agua. Entonces se necesitaba que todo el barco estuviera trabajando, y por eso fondeamos.

CR.- Y mientras vivíais vosotros ahí, ¿cómo funcionaban los baños entonces?

JD.- Con cubitos de agua que tirábamos; había unas bombas, pero unas bombas que, que funcionaban con motorcitos de esos chiquitos, como de barca, y eso era lo que daba agua en distintas cubiertas.

CR.- Bueno, entonces llega el trece de junio y atraca y llega el Sinaia.

JD.- Bueno, antes de que llegara el trece de junio -por eso te digo que eran como cuarenta y ocho horas o algo así-, se pone la telegrafía, se pone al aire, y se comunican con el Sinaia, que venía por el Caribe, bastante estropeado porque estuvieron... Es que yo no me puedo acordar dónde estuvieron ellos, pero sé que estuvieron intentando arreglar el barco, y lo que hicieron fue pues hacer un parche para que pudiera llegar a Veracruz, y ya en Veracruz arreglarlo del todo. Entonces navegaban muy lento, y desde el punto y hora que la telegrafía salió al aire, pues cada media hora o cada veinte minutos ha-

bía un telegrama de comunicación con el Sinaia. A todo esto ya había aquí...

CR.- ¿El telegrafista seguía siendo tu marido?

JD.- Sí, y otro, otro muchacho Ugarte, que por cierto ha muerto aquí en el exilio, vasco; que ese ya iba de cuarto radiotelegrafista. Y los habían dejado a los dos, el cuarto y el primero, entonces los dos estaban siempre, siempre pues pendientes de todo lo que pudiera haber. Y por la radiotelegrafía se enteró, se enteró el doctor Barnés, el pediatra, de que venían... El doctor Barnés estaba allí porque lo mandó el general Cárdenas para recibir a los niños que llegaran.

CR.- ¿Aparte había otro practicante a bordo?

JD.- Eso yo ya no... ¿el practicante que ya estaba en el Arnús?

CR.- Creo que sí, pero bueno, da igual.

JD.- ¡Ah!, bueno, yo eso no lo sé.

CR.- Entonces, ¿el doctor Barnés llega antes de que llegue el Sinaia?

JD.- Y antes de que fondeamos... antes de que atraquemos. Cuando aún estamos fondeados llega un día el doctor Barnés, o sea, cuatro o cinco días antes de la llegada del barco.

CR.- ¿Y qué labor realiza el doctor Barnés?

JD.- El doctor Barnés se entera por la telegrafía de que los niños vienen muy mal, vienen deshidratados porque es un calor horrible lo que hace en el Caribe. Viene el barco muy despacio, y entonces él pues organiza toda la cosa para salvar a esas criaturas, que lo que traían no era más que falta de agua, vamos, esa era la verdad. Ahí es donde la compañera mía y yo empezamos a bañar niños. Porque el tratamiento era un biberón de agua glucosada, dentro de una tina de baño, o sea, estando el niño sumergido en el agua le dábamos el biberón con agua y azúcar, y revivían así como las flores que se están secando, y a dormir.

CR.- Bueno, y ahora dime: ¿cómo recuerdas el trece de junio, la llegada del Sinaia? ¿Tú dónde estabas?

JD.- Yo estaba desde las seis de la mañana, que me levanté muy temprano, pues estábamos todos en la última cubierta, por ver si veíamos llegar al barco. Efectivamente, lo vimos llegar y a los diez minutos estábamos viendo el barco. Los muelles estaban desde las siete de la mañana, o seis y media, llenos de gente de sindicatos con pancartas de saludos de obreros. Todas las sirenas de los barcos que entonces estaban, en cuanto el barco tocó el agua territorial de México -que entonces eran

menos millas-, empezaron a sonar, y estuvieron sonando. Bueno, una cosa que emocionaba muchísimo, porque estabas viendo pues que aquella gente iba a tener un recibimiento que no se lo esperaba, ni nos lo esperábamos nadie, yo no me figuraba que iba a ser una cosa así. Entonces pues el barco llegó muy rápido, no tuvieron que hacer todos esos trámites de que el capitán vire, con los silbatos, que vayan los prácticos; los prácticos estaban dispuestísimos, y antes de que el barco pidiera entrar al puerto, ahí ya estaban a por él. Entonces lo llevaron, lo remolcaron, lo dejaron en, en otro muelle, encarado a donde nosotros estábamos; o sea que ellos bajaban, hacían así como una "u", y entraban en el Arnús. Pues aquello fue el acabose, el acabose, porque además cuando entró el barco en el puerto, se puede decir, ya dentro del puerto en Veracruz, pues la Banda Madrid, que iba a bordo, iba tocando y canciones de la guerra y la gente lloraba y... Bueno, aquello fue muy emocionante. Y yo tengo tan malísima memoria que no me puedo acordar cómo se llamaba el ministro, puede que tú ya lo sepas, ¿no?

CR.- ¿El ministro de qué?

JD.- El ministro de aquí de, de México, que llevaba la represen-

tación del general Cárdenas para darle la bienvenida al barco.

CR.- Era García Téllez, era el Ministro de Gobernación.

JD.- ¡Ah!, pues eso, yo no recordaba el nombre.

CR.- Y Negrín también fue.

JD.- Yo a Negrín no me acuerdo de haberlo visto.

CR.- Esto, por lo visto, se presentaron en un acto que hubo después. Bueno, entonces llegó el Arnús Y..sígueme contando.

¿Qué hicisteís los...? llegó el Arnús, no, perdón...

JD.- No, llegó el Sinaia.

CR.- Llegó el Sinaia. ¿Y qué hicisteís los del Arnús?

JD.- Pues los del Arnús, amontonarnos junto a la pasarela por donde iban entrando la gente, a ver la gente, a ver si nos pedían algo. Así como luego el doctor dijo: "Vengan las mujeres que puedan, vengan aquí a bañar niños", había como veintitantos niños, metidos en filas, a la vez. Pues esperando a ver si podíamos servir algo, en algo. Entonces pues, claro, naturalmente que había algunos pasajeros que por su edad y por su condición política y por su condición revolucionaria y por todo lo que habían hecho, pues eran, podríamos decir, los pasajeros de honor del barco, Esos llegaron primero. Estaban todos los

de la Marina formados en las cubiertas de los barcos que estaban cerca. No, no, fue un recibimiento, una cosa apoteósica de verdad. Y pues, mientras, sonar sirenas, llorar la gente... Porque todos llorábamos, los que estábamos aquí y los que llegaban, los que llegaban, figúrate, con qué emoción, ¿no? Pues yo vi a dos o tres gentes que conocía y les hice así: "¿Y qué haces aquí?" Digo: "Yo llegué antes y..." Así, esas cosas.

CR.- ¿A quién conocías, recuerdas alguno?

JD.- Sí, conocía a Antonio Ballesteros y a Emilia Elías y los vi llegar; conocía también a Rómula^o García Salcedo y a su mujer, también los vi llegar, con su hermana, también la vi llegar, también los conocía; conocía a un chico pintor que enseguida se lo llevaron a Estados Unidos, que se llamaba Rigoberto Soler, un valenciano, que estuvo aquí muy poco tiempo, y no sabemos... bueno, yo no he sabido nunca por qué se fue a Estados Unidos, algún contrato que le saldría o algunos amigos que él tendría allí o algo, se lo llevaron, era un especialista en retratos ese muchacho, muy buen pintor.

CR.- Bueno, entonces...

JD.- Conocía también Arturo Perucho, el periodista, que tam-

bién era valenciano.

CR.- Venían muchos valencianos.

JD.- Sí, venían muchos valencianos, o sea, pues a bastante gente que venía...

CR.- Venían muchos valencianos y venía mucha gente del Partido Comunista.

JD.- Sí, sí venían también.

CR.- ¿Tú sabes, tú oíste algún comentario o sabes a qué se debió esto, a que viniera tanta gente del Partido Comunista?

JD.- No, yo no sé, ni quién estaría haciendo allí las gestiones ni nada. Porque a todo esto...

CR.- ¿Pero a la llegada no se comentó nada de lo...?

JD.- No, yo entonces no tenía contacto con el Partido Comunista Español. Pero no sé... Claro que aquí ya había gente de ellos, bueno, de nosotros quiero decir, pero, pero yo entonces no sabía nada. Ahora, yo sí sé que la plana mayor de los del Partido ya no estaban en Francia, esa gente ya había salido para la Unión Soviética. Así que no sé. Pero sí que sé que en Colliure y en algunos otros campos muy del sur, pues había un setenta y tantos por ciento de comunistas. Entonces nada más que eligieran, dijeran: "Bueno, vamos a vaciar ese campo por las condiciones

o por las mareas", porque es que había campos en los que les llegaba el agua a la cintura cuando subía la marea, o por algo así, y fuera uno que estuviera muy lleno de comunistas, pues, sí...

CR.- Que fuera coincidencia, ¿verdad?

JD.- Que fuera coincidencia.

CR.- Puede ser cierto, porque no hay otra explicación.

JD.- Porque si no, por qué. Lo que sí que creo es que para meterlos en los campos de concentración, ahí sí, como pasaban relativamente todavía en grupos la frontera, pues ahí sí que era más fácil que los fueran llevando. Nosotros, como te digo, nosotros, el día último de junio, dejamos Veracruz ya para pasarnos al Pacífico...

[Interrupción de la grabación]

CR.- Bueno, me estabas contando algo de tu salida de Veracruz, pero eso lo veremos después.

JD.- Dí.

CR.- A mí me interesa que me sigas contando, eh, qué sucedió el día de la llegada del Sinaia. Llegaron todos...

JD.- Llegaron todos, se acomodaron los que pudieron allí, alguna otra gente que traía seguramente algún centativo o algo, salió para poder acomodarse en la ciudad. Se acomodaron algunos, co-

mieron como desesperados, porque venían los pobres, hacía ya varios días, a media ración.

CR.- Aquí te quiero hacer unas preguntas.

JD.- ¿A ver?

CR.- Esta primera comida en el Arnús, ¿fue para todos los pasajeros que venían en el Sinaia, o nada más para los que se iban a alojar en el Arnús?

JD.- Bueno, es que, de hecho, todos los que venían en el Sinaia llevaban como meta al Arnús, una cosa es que luego no cabían todos, pero la primera comida fue para todos.

CR.- ¿Y cómo recuerdas esta primera comida?

JD.- Bueno, pues yo la recuerdo que yo ese día comí pan y chocolate y mis hijos también, porque no había bastante comida para todos, la gente venía hambrienta...

CR.- ¿Recuerdas en qué consistió la comida?

JD.- No me acuerdo en que consistió, pero sí recuerdo que había carne y que había pollo y que había supongo que ensaladas y alguna sopa, que era lo que se tomaba a bordo todos los días.

CR.- Te voy a contar el menú que me han dicho.

JD.- A ver, qué te han dicho.

CR.- Carne, mucha carne...

JD.- Sí.

CR.- Mucho pan...

JD.- Sí, pan sí.

CR.- Y mucha cerveza.

JD.- También puede que fuera lo de la cerveza. Yo lo que recuerdo es... en el oficio enorme que había al lado del comedor...

[timbre]. [Interrupción de la grabación].

CR.- A ver, estabas, estabas hablando de que en el gran oficio que había en el barco...

JD.- Sí, eh, entre el comedor y la cocina, era un oficio enorme de grande. Ahí sí me acuerdo que había instalados, este... ¿cómo se llaman estas cosas de donde está en la cerveza, como una bombita?, bueno, pues eso es lo que había, y que había mucha comida, sí, y también [ininteligible]. No sé si te lo con té ya, pero recuerdo que don Antonio Zozaya, que era una de las personalidades que venían a bordo y que, al subir, no sé si ya te lo conté, pero a mí aquello me impresionó muchísimo...

CR.- No, no lo has contado.

JD.- Dijo: "¡Qué rico olor a pan caliente!", subiendo la escala del, del Manuel Arnús. Y que una personalidad como esa, pues,

eh, [risa] se llenara el olfato con un olor a pan caliente... Inmediatamente, claro, le llevaron una cesta con panecillos que el señor empezó a comer. Y sí que había pues muchísima gente y estaban todos los comedores funcionando.

CR.- ¿Eran muchos comedores?

JD.- Pues sí, en el barco había como tres comedores.

CR.- ¿Con mucha capacidad?

JD.- Pues regular, como te digo, el barco era un barco para seiscientos pasajeros. Lo que pasa es que había, en cubierta había muchas mesitas, mesas largas, y en todos los sitios que cabían había una mesa y bancos, porque la gente... No había bastantes sillas para sentarse.

CR.- ¿Y quién sirvió esta primera comida, la tripulación?

JD.- La tripulación, y alguien yo creo que vendría a ayudar o algo así. Yo te digo que yo estaba más bien en la enfermería con los niños en las tinas.

CR.- Bueno, entonces una vez realizada la comida, y supongo que todos mundo se pondría a echar labia, a contar experiencias...

JD.- Pues sí, mucha gente también a dormir, alguna gente que venía cansadísima, porque fue muy, muy malo el paso por el Caribe, de ellos, pero muy malo, muy malo. Inmediatamente, ese mismo día,

esto lo tengo muy presente, se formaron unas oficinas, que no sé yo si ese día funcionaron, pero que ya se instalaron con máquinas, con machotes de, de los documentos que se iban a dar y todo. Y que al día siguiente, por la mañana, empezaron a funcionar y a dar a la gente pues un papel que les dijera que estaban en el país con todo el derecho.

CR.- ¿Dónde estaban estas oficinas?

JD.- Estaban en el barco, una de ellas en un saloncito fumador que había entre el comedor grande y lo que nosotros llamábamos la cubierta del capitán, pues era una cubierta como cualquier otra, pero claro que era la que se reservaban para salir los oficiales y todo eso. Y allí en un saloncito fumador se puso la primera oficina, después ya en uno de los comedores, y al final ya en las cubiertas, porque había veces que había doce, catorce oficiales funcionando.

CR.- Luego, luego me contarás esto. ¿Cómo se realizó el problema del alojamiento, cómo se repartió a la gente o cómo se distribuyó a la gente para que usaran estos catres que has mencionado?

JD.- Bueno, la gente pues... Se tuvo en cuenta a los más ancianos y a las mamás con bebés, y sobre todo a las mujeres embarazadas,

se les dieron las mejores oportunidades a ellos. Por ejemplo, mis hijos y yo la primera noche nos quedamos a dormir en la cubierta, porque esa familia que yo he dicho, de García Salcedo, venía con ellos una chica catalana que a los veintidós o veintitrés días dio a luz aquí, y esa durmió en la cama mía, lógicamente. Entonces también venía la mujer de García Salcedo con una nena pequeña, y ésa durmió en la cama de mi marido, Y en fin, se les fue cediendo a las madres con niños pequeños, a los ancianos y todo eso, se les fueron cediendo los camarotes que se pudieron habilitar bien, Y los demás a cubierta, y el que podía, pues se iba fuera. Yo nos sé si ya te he contado alguna vez la anécdota esa de que Antonio y Emilia se fueron a alquilar una habitación.

CR.- Antonio y Emilia, ¿qué?

JD.- Antonio Ballesteros y Emilia Elías encontraron, por un tostón, que ellos encontraron muy divertido que se llamara tostón, por cincuenta centavos al día encontraron una habitación para dormir. Entonces ellos venían al hotel, digamos, al Arnús a comer, a desayunar y a cenar, y a dormir a su casita donde pagaban un tostón. Y entonces aquella gente...se fue corriendo la voz y hubo varias casas en las que la gente ofrecía si querían

camas sin cobrar nada, que se llevaban a la gente refugiada, supongo que serían gente obrera y todo eso.

CR.- Bueno, en el Sinaia venían mil quinientos y pico de pasajeros...

JD.- Figúrate.

CR.- Aproximadamente seiscientos se alojaron...

JD.- No, muchísimos más.

CR.- En el Arnús.

JD.- El cupo del barco eran seiscientos, pero seiscientas gentes acostadas en cuartos, pero todo lo de las cubiertas, eso era extra. En el Manuel Arnús se alojarían mil cien o mil ciento cincuenta o algo así...

CR.- Bueno, se adaptaron otros locales como fue una Escuela Naval, como fue un, no sé, un galpón.

JD.- Una secundaria también. No me acuerdo qué secundaria.

CR.- Una secundaria, para que durmieran y...

JD.- Exactamente.

CR.- ...con todos los, las medidas higiénicas, baños, etcétera.

JD.- Sí.

CR.- Pero, ¿durante todo el tiempo que esa gente permaneció en Ve racruz, las comidas las hicieron en el Arnús?

JD.- Todas.

CR.- Todas.

JD.- Todas, menos el que quería irse por ahí, a darse un banquete de pescado o de mariscos a su costa.

CR.- ¿La tres comidas se hacían?

JD.- Las tres comidas, sí, los desayunos muy sobrios, café con leche con pan y mantequilla y nada más, se comía a las doce y media tipo, tipo barco, y se cenaba a las seis y media de la tarde, también tipo barco.

CR.- ¿Y la cena en qué consistía?

JD.- Pues una cosa parecida a lo de, a lo del medio día, pero generalmente a base de pescado en lugar de carne, porque allí comíamos un pescado riquísimo.

CR.- ¿Y quién surtía la comida del barco?

JD.- Bueno, yo no sé.

CR.- ¿El SERE, el go... el SERE o el gobierno mexicano?

JD.- Pues yo creo que el gobierno mexicano debía de ser, no lo sé, yo eso no lo sé. Yo sé que, que la comida nunca faltó y que fue muy abundante y que era bastante buena para la cantidad de tanta gente y tanta improvisación que tuvo que haber. Hay una cosa muy, muy... que da idea de la buenísima preparación que te-

nía todo; a los tres días de llegar el Sinaia había gente que empezó a viajar ya hacia el centro de la República con un trabajo, a los tres días de llegar.

CR.- Pasando este primer día de la llegada del Sinaia, los habitantes del Arnús y la tripulación del Arnús, ¿siguieron trabajando...?

JD.- ¡Ah!, claro, claro.

CR.- Tú concretamente, ¿qué hacías?

JD.- Yo nada, yo cuidar a mis hijos, nada más [risa] y evitar que no, que no estorbaran y que estuvieran por ahí. Además, yo también ya estaba en...pues no en fila todo el día, pero sí yo ya estaba intercalada en una de las colas porque yo también tenía que arreglar la, los papeles de mis hijos y míos. Así como lo de mi marido era automático, su paso, pero nosotros habíamos entrado con una documentación de emigrantes, que la tuvimos que cambiar por la tarjeta esa que daban; que yo no sé si era la FM-2,* sé que hay una de las tarjetas que ha sido la FM-2, pero no sé si era la que daban al principio, esa es la que nos dieron a nosotros.

CR.- ¿Y tú esto, entonces, lo arreglaste exactamente igual que los pasajeros del Sinaia?

* Forma migratoria mexicana que permite trabajar legalmente.

JD.- Exactamente igual. Solamente que ellos no daban nada, y yo en tregué los papeles que yo tenía al entrar aquí en el país.

CR.- ¿Y lo arreglaste en una de esas oficinas que se pusieron en el Arnús?

JD.- Sí, sí, en una oficina de cubierta, allí lo arreglé, y conservo la fotografía que nos hicieron, una que estamos los tres, los dos hijos y yo, de frente y otra de perfil, para nuestra, nuestro papeleo.

CR.- A ver, entonces ahora cuéntame un día común y corriente, después de la llegada del Sinaia, con los pasajeros del Sinaia a bordo del Arnús.

JD.- Bueno, los pasajeros tenían muchas ganas de bajar y de pasearse por tierra, porque ya no había nadie que los pudiera detener ni ningún policía que le dijera: "Señor, usted donde va". Nada. Todos éstos... Además estaba Veracruz ardiendo, todos sabían de la llegada del Sinaia, entonces a la gente le gustaba mucho salir, le gustaba mucho ir a las playas, hacía mucho calor como te digo. Y a las doce menos cuarto te asomabas a una borda del Arnús y veías pero unos cordones de gente que se dirigían allí a comer, en el comedor, en el restaurante, pa rece mentira que allí cupiera tanta gente y se hacía dos o tres

servicios en cada mesa, no sé cuántos, pero no uno solo.

CR.- ¿Y por la tarde?

JD.- Por la tarde pues la gente dormía la siesta, jugaban algunos niños, los dejaban jugar en la cubierta de arriba, que le pusieron las lonas, esas lonas tirantes que se ponen a los barcos cuando están en puerto, para que pudieran jugar. Y luego por la noche pues cenaban y salían un ratito al malecón o a la Plaza Veracruz. La gente muy preocupada también con la, con la cosa de sus trabajos. Ya comunicándose con gentes que había aquí que podían haber llegado por otros procedimientos, pagándose ellos el viaje. De estas gentes que llegaron aquí antes, hubo varias que se desplazaron a Veracruz a esperar, porque ya aquí ya estaban mirando: Pues mire, a ver si dónde... A mí me van a dar trabajo, a ver si puedes venir tú. Claro, es que la orden era: Todas las facilidades para los refugiados, todo lo que quieran.

CR.- ¿Cuánto tiempo estuvo el Sinaia anclado en Veracruz, no recuerdas?

JD.- Bueno, es que el Sinaia tuvo que... tuvieron que carenar un poco.

CR.- ¿Qué es eso?

JD.- Bueno, que tuvieron que picar un poco la quilla y tuvieron que arreglarla porque, como te digo, venían con un pequeño desperfecto, o sea lo metieron en dique... Yo ya no sé cuando salió.

CR.- Ya no...

JD.- Ya no sé cuándo...

CR.- Tú dices que...

JD.- A lo mejor se quedó allí todavía. Nosotros nos salimos el día veintinueve de junio.

CR.- El día veintinueve de junio vosotros abandonásteis Veracruz. Hasta el, duran... hasta el veinti... o sea, desde el trece de junio que llegó el Sinaia hasta el veintinueve de junio, que tú te fuiste, ¿todavía permanecía gente del Sinaia en el Arnús sin haber encontrado trabajo?

JD.- Sí.

CR.- ¿Mucha?

JD.- No, no. Yo no sé si sería como, como el ocho o el diez por ciento de los que llegaron, pero no más. No, no, si aquello por días era que se veía como se desbandaba aquéllo, y toda la gente se vino para acá.

CR.- De tu contacto directo con, con la gente que se aloja en el

Arnús, en el transcurso de estos días que conviviste con ellos, ¿qué recuerdos tienes, qué impresiones tenían?

JD.- No sé, la impresión un poco de que la gente venía muy desorientada, o sea creyendo que, que... no sé, que en Veracruz mismo iba todo el mundo a trabajar o algo así y muy contentos. Estaban pensando en todos los campos de concentración que habían quedado llenos y en la gente que se había tenido que ir a Africa, que había sido una cantidad de gente grande. Entonces, muy contentos, en un plano un poco egoísta, si tú quieres, de decir: "Bueno, yo ya me salvé", ¿no? Y la gente pues, yo oí decir, no sé si esto será verdad, que el ochenta por ciento de la gente que vino en el Sinaia se quedó en el D.F.* A mí el ochenta por ciento me parece muchísimo, pero yo no sé si, si esto sería capaz de absorber tanto. Nosotros salimos; lo que sí te puedo decir es que en Tepic, y en todo Nayarit, la única familia de refugiados fuimos nosotros. Vaya, hasta extrañaba eso de refugiados, qué son éstos y no... La gente no estaba demasiado enterada tampoco.

CR.- Tú decías antes que tú realmente no realizaste ningún trabajo cuando el Arnús se vuelve hotel, pero, ¿qué trabajo realiza tu marido como primer telegrafista del Arnús?

JD.- Bueno, mi marido, mi marido, pues yo no sé, pero a mi me pare-

*Distrito Federal, México.

ce que esos días estaba en plan de trabajo, del oficio, se puede decir, de telegrafista. A mí me parece que sí, porque una vez ya se encendieron, ya tenían las baterías, tenían todo, yo creo que la telegrafía ya no dejó de funcionar. Es más, lo que yo sí recuerdo es que cuando nosotros nos vinimos, sí, ellos estaban trabajando en eso, puesto que cuando mi marido salió, salimos nosotros el día veintinueve, se quedó el otro al frente de todo, y alguien le mandó otro radiotelegrafista de la Armada para que le ayudara. Lo que yo no sé es si este, este trabajo lo hacían todos los días, yo creo que no, que tenían algunas horas en donde trabajaban de esto, y con quién tendrían contactos yo no lo sé, desde luego, desde el barco se hablaba directamente con la Presidencia o con algo así muy de por aquí, había contacto directo desde el mismo barco.

CR.- ¿Con el gobierno de México?

JD.- Con el gobierno de México.

CR.- Antes decías que el doctor Francisco Barnés fue el enviado por el SERE para que organizara la llegada sanitaria, digamos.

JD.- Infantil.

CR.- Infantil. ¿El doctor Barnés siguió trabajando a bordo del Arnús una vez llegado el Sinaia, hizo falta hospital, digamos?

JD.- No, afortunadamente, no. A un niño o dos tuvieron que recluirlos, pero en un sanatorio de allí, infantil, y se solucionó enseguida. Los niños de verdad no venían enfermos, venían nada más con mucha fatiga y mucha deshidratación. Y él estuvo unos cuantos días todavía a bordo, muy bien considerado, muy bien mirado y se portó estupendamente bien el hombre, muy bien, todos los que trabajaron se portaron bien.

CR.- Muchos de los, de las gentes que venían en el Sinaia, venían con sarna de los campos de concentración, ¿eso se resolvió en el Arnús de alguna manera?

JD.- Pues yo sé que había tratamientos, lo que yo no sé es qué sistema tendrían de aislamiento, no creo que pudieran ser muy estrictos.

CR.- ¿No recuerdas ningún aislamiento en el Arnús?

JD.- No, yo no me acuerdo de ningún aislamiento. Ahora bien, como yo creo que esto estaba más entre los hombres que entre el elemento femenino, porque eran ellos los que venían de campos que estaban infectados... y sí, supongo, porque había muchísimos camarotes, de estos de seis y de ocho literas, en los que, por ejemplo, todos eran hombres, entonces supongo que ahí sí harían un poco de aislamiento, un poco de baños especiales.

CR.- ¿Había suficientes baños, había suficientes baños en el Arnús para todos los que se alojaban?

JD.- Bueno, funcionaban las regaderas día y noche, pero es que la gente estaba muy, con mucha ansia de agua [risa] de agua fría y de agua de mar.

CR.- ¿Y recuerdas que se hiciera algo de vacunación?

JD.- Sí, vacunación sí.

CR.- ¿Qué, qué vacunas?

JD.- No lo sé qué vacunación sería, pero a todos nos pusieron una vacuna, a todos.

CR.- ¿A los niños también?

JD.- A los niños, a los mayores, a todos, absolutamente a todos; lo que era, no sé.

CR.- Y aparte del alojamiento y de las comidas y de esta atención médica, ¿recuerdas si a bordo del Arnús hubo reparto de ropa?

JD.- Sí, cómo no, una ropa horrible que muchas compañeras, pues... Algunas agradecieron muchísimo lo del reparto de ropa, aunque la ropa era feísima, horrible.

CR.- ¿De dónde venía esa ropa?

JD.- Pues la mandaron de aquí de México, no sé. Sí sé que hubo una de las entidades esas, ¿cómo se llaman?, los mormones, estos que

por Chihuahua tienen una gran finca que hacen quesos y todo eso, esos mandaron toneladas de ropa, toneladas, de un mal gusto que ya no se puede decir; por ejemplo, los refajos, los fondos, eran de éstos muy brillantes, muy brillantes, que los lavaban y se hacían así. Pero había que ponerse y había que mudarse. Me acuerdo que se repartieron vestiditos sin mangas, muy fresquitos...

CR.- Para mujeres y niñas.

JD.- Para mujeres y niños. Fondos, sostenes, este, pantaletas y camisones, muchísimos camisones, y alguna batita de esas de levantar. Claro, enseguida veías que había ropa de diferentes categorías ¿no? Y claro, a la gente que venía pues con menos ropa y más necesitaba, era a la que se le daba la mejor.

CR.- Entonces, ¿no, no se daba una muda por persona, digamos, se daba, en ocasiones, más?

JD.- Bueno, es que había gente que renunciaba, había más ropa... De hombre no sé, porque yo en el reparto de la ropa de hombre nunca estuve, pero había más ropa de la que se necesitaba para una muda. A mí por ejemplo, cuando ya me dieron mis tarjetas y todo, me dijeron: "Toma, y ahora dos vestidos". Y me dieron dos vestidos, que a la primera criadita que tuve yo en Tepic se los

regalé; pobrecita, tenía menos que yo. Eran feísimos, de ésos de tela a cuadritos, pero de una tela que entonces valía veintidós o veintitrés centavos la vara, que era por lo que medían entonces, pero eran vestidos. La gente que venía, que no tenía qué cambiarse, tuvo ropa, y había gente que decía: "¡Pero es que es feísima!" "Bueno hija, pero si ahora no se trata de hacer una exhibición de modas, ahora se trata de poderse cambiar".

CR.- ¿Y repartieron dinero a bordo del Arnús?

JD.- No, yo nunca vi repartir dinero. Se repartió jabón de tocador mucho, no era que los dejaban en los baños, era que a la gente le daban jabón de tocador; se repartió la ropa; se repartieron muchas pastillitas de esas que se quemaban para los mosquitos, muchísimas, se repartieron porque es que no se podía estar allí, de la cantidad de mosquitos que había. Cosas de esas muy perentorias.

CR.- ¿Y de medicinas por ejemplo?

JD.- Medicinas las controlaba el doctor Barnés.

CR.- Durante la estancia de esta gente en el Arnús, ¿se llevaban a cabo algunas actividades a bordo?

JD.- ¿Actividades políticas, te refieres tú?

CR.- Políticas, sociales, culturales...

JD.- No, no, de cultural nada, ¡que va! La gente estaba preocupadísima, querían salir lo más pronto posible para su destino, y no había nada de cultural.

CR.- ¿Y políticas?

JD.- Pues no sé si alguna vez habría algún discurso o algo, pero no, tampoco, tampoco. Era muchísima la gente y era muy difícil reunirlos, como no fuera para...

CR.- Y toda esta gente que tenía que pasar por estas oficinas que eran, digamos, las oficinas de legalización, de entrega de papeles....

JD.- Claro que sí, claro, eso era de Gobernación, Gobernación plantó ahí sus oficinas.

CR.- Cuando, cuando a esta gente que llega, se le entregan los papeles, ¿la gente de Gobernación, era gente del SERE y era gente del gobierno de México?

JD.- Yo creo que sí, posiblemente, no lo sé.

CR.- ¿Se les ponen algunas condiciones para su estancia en México?

JD.- A mí no me pusieron ninguna, y yo tenía, los...

CR.- Condiciones verbales, me refiero, no en el papel.

JD.- Sí, sí, no, no. Ninguna condición, no, no ninguna condición.

Bueno, ¿que condición iba a poner?: "No hable usted mal del gobierno mexicano", no podían decir eso porque nadie era capaz de hablar mal del gobierno mexicano, "Trabaje usted", venía la gente con muchas ganas de trabajar, "¿Odia a Franco?", ya ese, ese odio estaba repartido desde arriba hasta abajo; así que no, que yo sepa, no se pusieron condiciones. No sé yo, no sé yo si lo que habría...claro, como yo, la documentación que yo tenía era la de la esposa y los hijos, porque íbamos todos en una tarjeta; pero yo no sé si en la, en las tarjetas de los jefes de familia, digamos, habría la obligación de decir dónde ibas a trabajar, y decir por qué ibas a trabajar allí, ¿verdad? A nosotros todo eso nos vino, el primer trabajo que tuvo mi marido, pues también por un vicesecretario, que había entonces en telégrafos, que era el ingeniero Tallabas. Ese señor, ese señor estuvo en España cuando una vez mandó. Cárdenas mandó armas a España, y entonces él pidió una gente para la radiotelegrafía de muchísima confianza, porque date cuenta lo que es, sin que nadie se dé cuenta, en una madrugadita tú dices: "Ahí vamos nosotros con armas para la República", y se arma, ¿no? Entonces este señor que era un revolucionario, a pesar de que era viceministro, pero era sencii-

llísimo, dijo: "Yo voy a llevar las armas a España". Y él fue de primer radiotelegrafista. Entonces, cuando el Arnús se vino para acá, dos o tres oficiales que habían ido, se vinieron, entonces el hombre se pasó el viaje en la radiotelegrafía con mi marido y se hicieron muy amigos.

CR.- Ese fue el que le dio el primer trabajo.

JD.- Ese fue el primero que le dio el trabajo, a mi marido.

CR.- Sí, eso me lo contaste. Bueno, una última pregunta sobre los pasajeros del Sinaia. ¿Los pasajeros del Sinaia realizan algún trabajo a bordo del Arnús para su propia organización, de limpieza, de servicio de comidas, etcétera?

JD.- No, no, no creo, no creo. Ellos, lo que si hay, los que vienen editando el periódico, que vienen editando un periódico, pues hay un par de días que siguen reunidos a bordo del Arnús y que sale el periódico, ya despidiéndose de la gente y todas esas cosas.

CR.- ¿Y se edita ese último número a bordo del Arnús?

JD.- A bordo, a bordo del Sinaia.

CR.- ¡Ah!, del Sinaia todavía.

JD.- Estaba fondeado, estaba fondeado. Sí, porque allí es donde tenían los, todos los implementos, que eran un ciclostil, de

esos [risa] me acuerdo que tenían, y con eso la hacían.

CR.- Bueno, pues ya no tengo ninguna pregunta más.

JD.- Pues poquitos datos te he podido dar, pero quizá sirvan para algo.

CR.- No, me has dado muchos; ¿y no, no quieres añadir nada más, no se te ocurre nada más?

JD.- Pues no se me ocurre nada más.

CR.- ¿No? Bueno, pues gracias.

A

- Africa: 191.
- América Latina: 7, 121, 124.
- Antilla (Cuba): 99.
- Asturias, revolución de: 8, 9.
- Atlántico, Océano: 40.
- Avenida Tacubaya (D.F. México): 136.
- Azcapotzalco, barrio (D.F. México): 59, 61, 62, 63.
- Cataluña (España): 40.
- Ceuta (Marruecos): 33.
- Clínica Barsky (D.F., México): 138,.
- CMQ, radioemisora cubana: 29.
- Colegio Ana Betancourt (Cuba): 109.
- Collioure (Francia): 161.
- Comesaña, Francisco: 138.
- Comités de Defensa de la Revolución (CDR, Cuba): 95.
- Compagnie Generale Transatlantique Francaise: 20, 41.
- Consulado de la República Española (Veracruz, México): 145, 149.
- Consulado de la República Española en Toulouse (Francia): 24.
- Cuba: 14, 15, 16, 25, 26, 28, 56, 88, 89, 90, 91, 93, 95, 96, 102, 103, 104, 105, 107, 109, 110, 115.
- Culiacán (Sinaloa, México): 47, 48, 49, 50.

B

- Bahamas, Islas: 25.
- Ballesteros, Antonio: 157, 164.
- Banda Madrid: 155.
- Bayo, Alberto: 55.
- Barcelona (España): 5, 8, 10, 11, 12, 16, 31, 39, 40.
- Barnés, Francisco: 153, 154, 172, 174.
- Baltista, Fulgencio: 14.
- Bélgica: 26.
- Benéfica Hispana (D.F. México): 139.
- Bermudas, Islas: 27.
- Bilbao (España): 11.
- Blum, León: 21.
- Brioche, pastelería (Guadalajara, Jalisco, México): 54.

CH

- Chihuahua (México): 173.
- Chile: 26.

C

- Caléxico (EUA): 65.
- Camacho, Marcelino: 72.
- Camilitos, Asociación Infantil (Cuba): 109.
- Canarias, Islas: 40.
- Cantos, Matilde: 70.
- Cárdenas del Río, Lázaro: 11, 16, 17, 35, 39, 143, 149, 153, 156, 178.
- Carrillo, Santiago: 136, 137.
- Casa de la República (Jalisco, México): 51.
- Castillo del Príncipe (La Habana, Cuba): 15.
- Castro, Fidel: 96, 104.
- Distrito Federal (México): 18, 41, 42, 52, 54, 57, 68, 135, 171.
- Durá Solera, Juana: 1, 48, 90, 142.
- Durá Vicens, Severino: 1, 38.

E

- Elías, Emilia: 69, 157, 164.
- Embajada de España (Cuba): 28, 29, 30.
- Embajada de España (México): 133.

Engels, Friedrich: 135.
Escuela Naval de Veracruz
(México); 165.
España: 17, 18, 19, 23, 28,
31, 32, 36, 39, 40, 52, 56,
59, 68, 69, 70, 71, 72, 75,
76, 81, 84, 88, 118, 120,
121, 122, 125, 127, 129,
130, 131, 133, 141, 147,
178, 179.
Espinosa, general: 48.
Estados Unidos de América
(EUA): 42, 50, 67, 115,
157.
Europa: 3, 7, 11, 26, 137.

F

Federación Anarquista Ibérica
FAI (España): 76.
Federación de Mujeres Cubanas:
92, 93, 96, 98, 99, 103, 106,
101, 113.
Francia: 17, 18, 21, 22, 23,
25, 26, 28, 29, 32, 40, 80,
83, 125, 137, 145, 158.
Franco Bahamonde, Francisco:
14, 33, 34, 120, 121, 130,
131, 133, 178.

G

García, Eduardo: 80.
García Salcedo, Rómulo: 157,
164.
García Téllez, Ignacio: 156.
Gibara (Cuba): 91, 95, 96,
101, 104, 105.
Godella (Valencia): 125.
Golfo de México: 27.
Grand Rond, parque (Toulouse,
Francia): 21.
Guadalajara (Jalisco, México):
44, 50, 52, 53, 54, 63,
65.

H

Holguín (Cuba): 105.

I

Inglaterra: 14, 15, 25.
Instituto Luis Vives (D.F., Mé-
xico): 55, 140.
Internacional Socialista: 76.
Italia: 82, 137.

J

Junta de Auxilio a Refugiados
Españoles (JARE): 41, 42.
Juventud Comunista Cubana: 30.

L

La Habana (Cuba): 14, 16, 26,
27, 29, 30, 31, 90, 105, 108,
110, 111.
Laredo Brú, Federico: 14.
La Rochelle (Francia): 20, 25.
Lenin Vladimir Lich: 102.
Lister, Enrique: 79, 80.
Lombardo Toledano, Vicente: 143.

M

Madrid: 2, 26.
Manuel Arnús, barco: 11, 17, 29,
30, 34, 35, 38, 142, 143, 144,
145, 146, 148, 149, 155, 156,
160, 161, 164, 165, 167, 168,
170, 171, 173, 174, 176, 179.
Manzanillo (Colima, México): 114.
Marqués de Comillas, barco: 11,
12.
Marx, Karl: 73, 107, 137.
Mas, Domerio: 136.
Mediterráneo, mar: 16.
Mexicali (Baja California Norte,
México): 65, 67, 72, 86, 87,
116.

México: 1, 17, 18, 19, 25, 31,
 32, 35, 52, 54, 56, 62, 64,
 67, 78, 83, 88, 101, 106,
 111, 113, 116, 117, 118, 119,
 120, 126, 127, 128, 130, 131,
 135, 137, 140, 143, 154, 155,
 167, 172, 174, 177.
 Ministerio de Hacienda (España):
 16.
 Ministerio de Marina (España):
 14.
 Ministerio de Salubridad (Cuba):
 107.
 Moré, J. médico: 136/8
 Moscú (URSS): 41.
 Murcia (España): 128.

N

Nayarit (México): 42, 44, 48,
 171
 Negrín, Juan: 156
 Nicaragua: 72
 Nícaro (Cuba): 98
 Nipe, Bahía de (Cuba): 96
 Nueva York (EUA): 27

O

Oriente (Cuba): 99, 105

P

Panamá, Canal de: 26
 París (Francia): 4, 5, 22, 24,
 41, 80, 148
 Partido Comunista de España:
 25, 51, 52, 53, 67, 69, 76,
 78, 80, 81, 104, 117, 119, 132,
 139, 158
 Partido Comunista Mexicano: 53,
 82, 118, 141
 Partido Socialista Obrero Espa-
 ñol (PSOE): 76, 77
 Parroquia de los Angeles (Gua-
 dalajara, México): 53, 54
 Perucho, Arturo: 157

Plaza Veracruz (Veracruz, Mé-
 xico): 167
 Polonia: 94
 Pons, Regina: 70
 Portugal: 11, 83
 Prieto, Indalecio: 144
 Primera Guerra Mundial: 2, 4
 Progreso, puerto (Yucatán,
 México): 27

R

Revolución Cubana: 104, 105,
 107, 110
 Rodríguez, Ramón: 56
 Ruiz Brú, Ramiro: 7
 Ruiz Durá, Ramiro: 89, 91, 96,
 115
 Ruiz, Rodrigo: 56

S

Sanatorio Español (D.F. México):
 139
 San Sebastián (Guizpúzcoa, Es-
 paña): 36
 Santiago de Cuba: 102, 104,
 105, 106
 Secretaría de Comunicaciones y
 Transportes (México): 17
 Secretaría de Gobernación (Mé-
 xico): 175
 Segunda República Española: 7,
 11, 14, 15, 17, 21, 33, 34,
 40, 41, 42, 55, 59, 82, 144,
 146
 Servicio de Evacuación de Re-
 publicanos Españoles (SERE):
 41, 42, 140, 141, 144, 165,
 170, 175
 Sinaia, barco: 38, 41, 49,
 142, 143, 144, 149, 150, 152,
 153, 154, 156, 160, 161, 165,
 167, 168, 169, 170, 171, 172,
 173, 179
 Sinaloa (México): 49, 50
 Socorro Rojo Internacional:
 12

✓ Soler, Rigoberto: 157.
✓ Solera Sánchez, María: 1.
✓ Soriano, Antonio: 138.
✓ Suárez, Adolfo: 134.

T

✓ Tallabas, Ricardo: 18, 43, 44,
45, 178.
✓ Tepic (Nayarit, México): 43,
49, 169, 173.
✓ Tepito, barrio (D.F., México):
57.
✓ Toulouse (Francia): 19, 20, 25.
✓ Tribunal Marítimo Comercial
Mundial: 15.
✓ Tribunal Marítimo Internacio-
nal: 14.

V

✓ Valencia: 1, 2, 4, 7, 10, 13,
16, 125, 126, 127, 128.
✓ Veracruz (México): 17, 27, 28,
32, 34, 35, 36, 38, 40, 41,
42, 44, 142, 145, 151, 152,
155, 159, 165, 169, 170, 171.
✓ Victoria de las Tunas (Cuba):
98, 99, 102, 103.
✓ Vita, barco: 41.

U

✓ UGT (vid: Unión General de
Trabajadores):
✓ Unión de Jóvenes Comunistas
(UJC México): 84.
✓ Unión de Mujeres Españolas
Antifascistas (México): 68,
69, 110, 111.
- ~~Unión de Repúblicas Españo-
las Antifascistas (México):
68, 69, 110, 111.~~
✓ Unión de Repúblicas Soviéticas
Socialistas (URSS): 41,
94, 158.

✓ Unión General de Trabajadores
(UGT, España): 11, 39, 40.
✓ Universidad de Santiago de Cu-
ba: 108.
✓ Universidad Nacional Autónoma
de México (UNAM, México): 73.

W

✓ Ward Line, empresa naviera:
27, 30.

X

✓ XELA, radiodifusora (D.F., Mé-
xico): 59.

Z

✓ Zozaya, Antonio: 161.